MI PIJA FAVORITA



JENNY DEL

MI PIJA FAVORITA

JENNY DEL

Primera edición.
Mi pija favorita
©Jenny Del.
©junio, 2024
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Capítulo 1



—Gala, ¡por fin vacaciones! —le comenté a mi amiga durante el vuelo a Sevilla, ya instaladas cómodamente en el avión.

—Sí, pero tú todavía no has hablado con tus padres. No tengo tan claro que vayas a pasar el verano de tu vida, Jimena.

—No seas pincha globos y déjame que yo les explique. Soy la niña de sus ojos, lo entenderán…

—Yo de ti no daría saltos todavía por si acaso, la verdad.

—Salto lo que me apetece porque nadie, absolutamente nadie, me va a jorobar este verano. Me merezco vivirlo a tope.

—Si tú lo dices…—dejó caer mientras se miraba su perfecta manicura. Antes de salir de Madrid las dos nos la habíamos hecho, aparte de otra serie de tratamientos corporales y en el pelo, porque quizás esté mal que yo lo diga, pero nosotras vivíamos como princesas.

—¿Tienes algo en mi contra? Porque si es así, lo puedes soltar ya. Es que parece que te dé rabia que vaya a vivir un buen verano, Gala. Ya me estás tocando las narices.

—Pues mira, ¿sabes lo que te digo? Que sí que me da rabia y te voy a contar la razón.

—Dale, venga, que ya tardaba en salir Doña Perfecta. Si ya sabía yo que a Sevilla no me dejabas llegar sin darme la chapa. No te cortes…

—Si lo hago es porque me sobra razón. Tendrías que haberte graduado conmigo, salir las dos juntas en la orla y no que a ti ¡te quedan todavía dos años!

—Porque Medicina es una carrera muy dura y llevamos mil cursos estudiando, que encima nosotras sacamos antes el grado de Técnico de Laboratorio porque nuestros padres se empeñaron.

—Se empeñaron porque no te veían preparada para marcharte a Madrid a estudiar conmigo, que yo lo sé. Por eso nos retuvieron más tiempo en casa.

—Pues mejor nos vino, porque esos años nos lo pasamos genial también y luego ya para Madrid, ¡¡a estudiar en la privada!!

—Eso, en la privada porque ni haciendo antes el grado te dio la nota.

—¿Y qué? Si te parece, vamos a estudiar nosotras en una universidad pública…

—Pues a mí no me habría importado nada. Pero como a ti no te daban las ganas de estudiar para más, tuvieron que apoquinar.

—Como no me daba la nota tuviste la oportunidad de venirte conmigo a la universidad más elitista de toda España, en la capital. Y menudas juergas que nos hemos corrido todos estos años…

—Unas más que otras, bonita. Que yo me he graduado y a ti te quedan todavía dos cursos. Normal, si es que este año no has dado palo al agua.

—Este ha sido un año medio sabático para oxigenarme. Si tú no hubieras tenido tanta prisa en terminar, todavía te quedarían un par de cursitos conmigo. Y no que el próximo tendré que volverme sola a Madrid, ¿no te da pena?

—Me da pena que desaproveches tanto el tiempo, Jimena. Y ya de paso, el dinero de tus padres. ¿Tú sabes lo que les cuesta cada curso en Madrid?

—Ni lo sé ni me importa porque ni a tus padres ni a los míos les supone eso ningún problema. Oye, ¿por qué no te vienes a mi casa y les convences de que yo también me merezco ese viaje a las Seychelles que te han regalado a ti?

—Claro, claro, en cuanto aterricemos voy.

—Si ya sabía yo que rajas mucho, ¡¡pero luego eres un amor!!

—Que sí, que voy y les digo que tú te mereces un descanso para reponerte del montón de suspensos que les llevas… Y ya, si eso, que se desternillen los dos: tu padre y tu madre.

—A ellos eso no les hará ninguna gracia porque son así, muy sevillanos y todo lo que quieras, pero cuando se les pone la cara larga no hay manera. Ni una pizquita de gracia les hará—repetí.

—Es que no la tiene, Jimena. Yo lo siento por ti, pero te has quedado sin viaje. Otro año será.

—¿Es que ni siquiera lo vas a intentar? Mala amiga, yo no esperaba esto de ti. Me estás haciendo una herida en el corazoncito.

—Jimena, yo te lo he avisado muchas veces. Y esta la has cagado por méritos propios. No le eches la culpa a nadie, hazme el favor, porque solo la tienes tú.

—Habla con mi mano—se la enseñé y entonces me hizo un gesto de que yo era una inmadura,

ante lo cual traté de contarle un chiste de peras, que iba de eso, pero no se rio.

Sí que estaba buena la cosa. Gala andaba más cabreada conmigo que un mico.

Vale que yo igual había perdido un poco el tiempo durante la carrera y más en el último curso. Tampoco tengo la culpa de que los chicos me gusten más que a un niño una piruleta y que, por ende, alguno que otro me hubiera distraído más de la cuenta.

En fin, que puestas las cosas así, ya estaba deseando llegar a mi casa en Sevilla y perder de vista a Gala, que seguía de morros. Y yo para eso no estaba, la verdad.

Para mí que mi amiga hasta llegaba a dudar de que algún día me graduara como médica, igual que había hecho ella. Menuda tontería. Pues claro que lo haría solo que "Despacito" como cantaría Luis Fonsi.

Yo tenía, a mis 26 añitos, la total convicción de que cada cosa lleva su ritmo y en mi caso no me alteraba por nada. Gala vivía demasiado acelerada, con responsabilidades de todo tipo y eso no podía ser bueno para el corazón. Ella, que ya era médica, debía saberlo.

Mi amiga y yo nos queríamos mucho, pero estábamos escogiendo caminos distintos. O quizás fuera el mismo, solo que yo lo transitaba pisando huevos mientras Gala se había convertido en la perfecta hija para sus padres.

Una vez aterrizamos, compartimos taxi hasta llegar a casa. Ambas vivíamos en la misma y exclusiva urbanización en la que nuestros padres, dos de los mejores abogados de Sevilla, compraron esas viviendas bastante cerca el uno del otro porque también eran excelentes amigos.

Capítulo 2



Entré en casa y casi me tengo que poner un casco azul de esos de la ONU, ¿es que había estallado la guerra? No entendía nada.

Digamos que yo les había “maquillado” a mis padres los resultados del curso, de manera que por mí no podían ser esos gritos. Otra cosa sería lo que pasara cuando se enterasen de que no había aprobado casi ninguna, que eso era más gordo.

—Fernanda, ¿qué sucede? —le pregunté a esa mujer que había estado a nuestro servicio desde que yo era una niña.

—Yo no debería decirte nada, Jimena. Pero las cosas están fatal entre tus padres… Llevan días discutiendo y para mí que va a ser el fin—me comentó sin dilación y salió andando.

¿Mis padres llevarse mal? Pero si ellos eran un matrimonio modelo… Más tarde me daría cuenta de que justo esa palabra la de “modelo” sería la que nos trajese de cabeza a mi madre y a mí a partir de ese momento.

Llegué hacia ellos con mi mejor sonrisa, esa de pija que sacaba a pasear siempre que pretendía salirme con la mía, y los saludé.

—¡Papi, mami! Ya he llegado lo más bonito de vuestras vidas, ¡¡abracitos!! —les pedí.

Ellos se miraron el uno al otro y, como si no me hubiesen escuchado, comenzaron de nuevo a dar voces a grito pelado mientras Fernanda cerraba las ventanas para no convertirnos en la comidilla de todo el vecindario.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? ¿Es que soy transparente? ¡Que ya ha llegado la niña de vuestros ojos! —insistí.

—No, la niña de los ojos de tu padre ahora es otra, hija—me comentó Magdalena, mi madre.

—Pero eso no puede ser, ¿es que papá tiene otra hija? Mamá, que no—resoplé fastidiada.

—No, no es otra hija… Es una amante que viene a tener poco más o menos que tu edad, Jimena

—me explicó enfurecida.

—¿Papá una amante? Anda, mamá, no me hagas reír, si él ya tiene unos años… ¿a esas edades se pueden tener amantes? —le pregunté sin demasiado sentido porque mi padre era un hombre que conservaba todavía un evidente atractivo y que no era mayor para nada. Pero claro, a mis ojos…

—Se puede y él la tiene. Una modelo que fue a su bufete a que le hiciera un contrato y que al final fue ella la que debió hacerle un trabajito que le volvió los ojos del revés. No hay más que verlo.

—Magdalena, no te consiento que hables así de Olivia. Ella no hizo nada de eso que estás insinuando. Simplemente, el amor llamó a nuestra puerta y ya.

—El amor dice, Jimena. Los ojos le hicieron chiribitas a esa niñata cuando se enteró de que eres uno de los mejores abogados de Sevilla. Y menos mal que puedes presumir de eso, porque como hombre no vales ya un duro a mis ojos, Ernesto. Qué decepción, yo creía que tú eras otro.

—Sí, otro que renunciara a vivir una ilusión como esta, ¿no? Pues lo siento mucho, Magdalena. Pero no, no pienso hacerlo.

—Pues que sepas que te voy a sacar los ojos, Ernesto. A tu hija y a mí no nos dejarás como si fuésemos dos pordioseras porque antes…

—A mí no me amenaces, Magdalena. Por las buenas todo lo que quieras, pero por las malas…

—¿Y encima quieres que me baje las bragas y te pida por favor lo que es nuestro? La llevas clara… Ah, no, calla, que las bragas ya se las bajó la niñata esa, literalmente y en tu despacho. Pues que sepas que iremos a la guerra, ¡¡te vas a cagar!! —le advirtió ella.

—Menudo miedo que me da—se mofó mi padre.

—Oye, de mamá no te rías, ¿eh? ¿No crees que ya le has hecho bastante daño?

—Tú no te metas, Jimena, que esto no va contigo…

—¿Cómo que no va conmigo? ¡Que sois mis padres!

—Sí, tú también, Ernesto. Puedes estar seguro de lo que dice la niña porque, a diferencia de ti, yo no te he puesto los cuernos nunca. Qué lástima haber tenido esa venda en los ojos, si lo llego a saber…

—No la mires así porque tiene razón, papá—me puse muy seria.

—Tú no te metas en esto, Jimena, te lo repito. Me encargaré de que termines el curso que te queda en la universidad y luego…

—Bueno, quizás sean dos—carraspeé porque había salido el temita de marras y, dado que la cosa estaba calentita, sería mejor abordarlo cuanto antes.
—¿Dos cursos? ¿Y eso por qué? —me miró mi padre con unas malas pulgas tremendas.

—Porque puede, y solo puede, que este último no lo haya sacado.

—A mí me da, a mí me da—hiperventiló mi madre—. Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecerme todo esto? Fernanda, por favor, tráeme un cubo de tila…

—Ahora mismo voy, señora. Ay, cielito santo, no permitas que me echen de esta casa, ¿qué va a ser de mí entonces? —se preguntó en alto.

Miré a mi padre colérica, porque nos estaba fastidiando y bien a todas.

—Papá, tú la estás liando mucho más que el pollito, ¿eh? Déjate ya de modelos y dale un beso a mamá, que mira lo colorada que se está poniendo. Para mí que se le está subiendo la tensión y todo.

—A mí también se me está subiendo, hija, ¿de manera que has suspendido el curso?

—Un poco, papá, un poco… Pero que no desvíes el tema, que estábamos hablando de ti.

—¿Lo ves, Magdalena? Te dije que debías tener más mano dura con la niña, ¡la culpa es tuya!

—¿Mía solamente? ¿Y tú qué?

—Yo me paso el día trabajando y espero que, al menos, las cosas en mi casa funcionen.

—¿Trabajando? Eso creía yo… Aunque ahora he comprendido que también te estabas trabajando a la niñata esa que…

Tuve que salir corriendo y refugiarme en mi dormitorio. Mis padres se estaban tirando los trastos a la cabeza y eso no era algo a lo que yo estuviese acostumbrada para nada.

Capítulo 3



La vida en mi casa cambió drásticamente a partir de ese día. Y eso que yo todavía no podía ni imaginarme lo que estaba por llegar.

Salí con Gala a tomar café un par de tardes después y ella alucinaba en colores.

—Es que no me lo puedo creer de Ernesto.

—Y yo tampoco. Para mí que nuestros padres ya estaban *pitopáusicos* perdidos y mira: resulta que tiene una amante ¡y que se ha ido a vivir con ella!

—¿En serio ha hecho eso? Entonces es que la cosa va en plan formal. Qué flipe…

—¿Tu padre no te ha contado nada?

—Qué va. No suelta prenda. Supongo que, como no puede decir nada bueno de su amigo en estos momentos, prefiere callarse. Y vosotras, ¿qué vais a hacer?

—Mi madre está buscando un buen abogado que le plante cara. Piensa sacarle hasta la cerilla de los oídos. Dice que nada de esto se va a quedar así. Y yo espero que lo consiga, porque mi padre se lo merece y porque yo también me lo merezco, en otro orden de cosas.

—¿Qué es lo que te mereces tú?

—Seguir manteniendo mi nivel de vida, por supuesto. Así que le he dicho a mi madre que ataque.

—Ni que fuera un perro rabioso…

—Mucho más peligrosa es ahora mismo. Nada más mortífero que una mujer despechada. Y ella lo está y mucho.

—No me extraña. Mi madre está conmocionada con todo lo que está pasando. Es muy fuerte.

—Y tanto que es fuerte. Con todo lo que se ha formado no he podido abrir la boca para irme

contigo a las Seychelles. Y es que encima mi padre está súper cabreado conmigo por no haber aprobado el curso.

—¿Y qué esperabas?

—Es que quien tiene que estar cabreada soy yo con él. Debo estar que trepo por las paredes, ¿no comprendes que se puede ver afectado mi pijo nivel de vida?

—¿Y eso es todo lo que te preocupa? ¡Que tu familia se desmorona, Jimena!

—Ya lo sé, pero una cosa no quita la otra.

—Es que parece que te importa más…

—Hombre, es que me toca muy de cerca. Me toca las narices exactamente. Yo creí que les convencería para irme contigo y ahora no puedo decir nada al respecto. Estoy por buscarme un buen psicólogo y que certifique que caeré en picado si no me llevas en tu maleta.

—Déjate de moñadas, que ahora debes estar apoyando a tu madre. Seguro que te necesita más que nunca.

—Mi madre ahora lo que necesita es un buen exorcista que le ayude a dejar de relatar en lenguas muertas, porque te juro que maldice en algunas que no conoce.

—Y no me extraña. Menudo palo… Quién lo hubiera dicho de tu padre.

—Ya te digo. Y encima que me ha cogido con el pie cambiado, ¿ese hombre no entiende que yo no he terminado mi formación? Si apenas soy una niña…

—Sí, están por salirte los dientes, qué capulla eres. Que te haya cogido así es solo tu responsabilidad y lo sabes.

—No seas cruel conmigo que estoy pasando por un proceso muy duro en casa. Ahora voy a tener que tensar la cuerda por los dos lados a ver qué puedo sacar, como hacen todos los hijos de divorciados.

—De verdad, Jimena, que te escucho y no me lo creo. Eso solo lo hacen los niños, ¿cómo se te ocurre? ¿Es que no ves que tu madre te necesita ahora más que nunca? Es hora de que le demuestres que eres una mujer.

—Si yo mujer soy, solo tienes que fijarte en lo que me gustan los hombres—le sonreí.

—Y ni eso: más bien te gustan los niñatos.

—No, no… Yo a partir de ahora pienso tener más ojo con todo.

—Pues eso es lo que te hace falta, porque igual las cosas se os ponen feas…

—¿De qué me estás hablando? No me agobies, Gala, que bastante tengo.

—Es que lo único que le he escuchado a mi padre es que igual el tuyo se vuelve un poco duro de pelar.

—No te entiendo…

—Que ellos saben mucho, Jimena, que son abogados… y que me da la sensación de que tu padre va a sacar toda la artillería pesada si tu madre le declara la guerra.

—Vamos a dejar de hablar en esos términos porque, como la cosa se ponga así de fea, me veo metiéndome a militar de tropa, ¿tú me imaginas a mí con un uniforme?

—La recluta Jimena, yo es que me parto, me parto…

—Yo sí que me partiría… Pero la cabeza contra una columna antes. No, tú ya sabes que yo no he nacido para eso.

—No, tú has nacido para marquesa, a lo Tamara Falcó.
—Más o menos, sí, con la diferencia de que mi padre no tiene un título.

—No lo tendrá nobiliario, pero sí uno de abogado colgado en la pared. ¿Puedes tú decir lo mismo? A estas alturas ya deberías ser médica y las cosas no se te complicarían tanto. Igual comenzarías a trabajar, ¡como voy a hacer yo! —me anunció a gritos de alegría.

—¿Qué me dices? ¿Tú no te ibas a liar con el MIR? —le pregunté sobre ese famoso examen que lleva a los médicos a obtener su plaza en la sanidad pública española.

—Sí, lo que sucede es que he encontrado otro que me gusta más. Y como la cosa va de cuernos, pues eso, ¡¡que me quedo con él!! —bromeó.

—Va, suéltalo, ¿cómo es eso de que comienzas a trabajar?

—Pues en la clínica de Claudio de Senillosa, un médico muy reputado que es cliente de nuestros padres. Resulta que mi padre me comentó ayer que le enviase mi currículum, ¡y me va a hacer un contrato!

—Serás asquerosa…

—No soy nada que tú no hubieras podido ser ya también a estas alturas, Jimena, así que espabila. Las condiciones son muy buenas para tratarse de un comienzo, ¡yo estoy como loca!

Capítulo 4



Yo también me puse loca unos días después, aunque no precisamente de contenta.

Mi madre llegó de hablar con su nuevo abogado, ese que había contratado, y con la cabeza a punto de estallar.

—En la vida, en la vida me hubiera imaginado esto de tu padre—me decía negando de lado a lado.

—¿Qué es lo que ha pasado, mami? ¿Le va a pagar tetas nuevas a su modelo? Eso entraba dentro de lo razonable, no te dejes impresionar. Vamos a hacer una cosa, cuando todo esto pase, vamos y que te las pongan también a ti. A ver quién puede más, porque tetas de plástico las podéis pagar las dos, pero el estilo que tú tienes… Ese no se compra ni se vende.

—Gracias, cariño mío. El problema no es ese, que igual sí que le pone tetas y hasta un piso al lado de la catedral. El problema es que nos va a dejar a nosotras sin blanca.

Yo me estaba tomando un té y la taza me resbaló de las manos, yendo a hacerse trizas en el suelo.

—Fernanda, corre, que la hemos liado—le pedí mientras seguía mirando a mi madre y recordaba que eso concordaba con lo que me comentó Gala.

—No sé para qué corro, si de aquí a nada una no va a cobrar un céntimo en esta casa. Se huele la desgracia de lejos—comentó ella mientras venía a recoger.

—No digas eso, Fernanda—le pidió mi madre.

—Y usted no mienta con toda la boca, señora, que la he escuchado. No le va a dar su marido ni para pipas. Hemos caído en desgracia.

—Mamá, eso no puede ser. Tú te casaste con papá en gananciales. Aunque no hayas trabajado nunca, porque así lo decidisteis para criarme muy bien a mí, a la vista están los resultados, la mitad de todo es tuyo.

—En teoría… El problema es que tu padre lo ha ido invirtiendo todo en los últimos años en unas sociedades que ahora, según me ha explicado mi abogado, quedan fuera de los gananciales. Así que aparte de media casa, que igual hasta nos tenemos que ir de aquí, poco más voy a percibir. Y no contento con eso, dice que igual se jubila y así la pensión compensatoria será irrisoria, igual que tu pensión. Mientras se aclara eso y no, me ha dicho que será mejor que no le apriete más las tuercas y que me conforme con esa mierda que no me da ni para pagar a Fernanda, eso es verdad.

—Si es que ya lo sabía yo, señora, ya lo sabía yo.

—Fernanda, tú tranquila, que de esta salimos—le dije temiendo que hasta soltara la fregona y me tocase a mí limpiar el desaguisado que formé en el suelo.

—Sí, con tu sueldo de médica vamos a salir, Jimena—me contestó ella.

Hasta Fernanda se mofaba de mí. Yo estaba que me daba y los ánimos se caldearon muchísimo en casa. Por esa razón, no me lo pensé dos veces y me fui a buscar a mi padre a su trabajo.

Entré como una furia y, ¡bingo! Me lo encontré con su modelito, porque era evidente que esa chica lo era.

—Así que pelando la pava con tu Olivia mientras nos avisas de que nos dejas tiesas a las dos, a mamá y a mí, ¿no te da vergüenza? —le pregunté sin anestesia nada más abrir la puerta, sin llamar y sin nada.

—Pues sí que me la da, sí. Más que nada porque esta clienta no es Olivia y no tiene por qué verse envuelta en un espectáculo de estos. ¡¡Sal ahora mismo de este despacho!! —me ordenó.

—De eso nada. Yo no me voy hasta que me atiendas, ¿me oyes? —le contesté pese a mi evidente metedura de pata.

—Eugenia, por favor, ¿serías tan amable de dejarme a solas con mi hija durante unos minutos? —le pidió.

—Más, más de unos minutos, Eugenia… Que la cosa va para largo. Y yo de ti contrataría a otro abogado porque este es un estafador que le ha fallado hasta a su familia, imagínate lo que te hará a ti. Picadillo te hará. Corre ahora que tienes oportunidad.

—Eugenia, no la escuches, por favor—le pidió mientras la chica me miraba asombrada.

Nos quedamos a solas y él me dirigió una mirada reprobatoria.

—¿Puedo saber a qué ha venido esa impertinencia, hija?

—A mí no me llames hija porque esa palabra te viene muy grande, ¿sabes? Y si me he tomado la molestia de acercarme hasta aquí es para decirte que te has convertido en un viejo verde que no mira más que por los ojos de tu nueva novia, por eso.

—¿Y algo más que me tengas que decir?

—Sí, que te deberías morir de vergüenza de tratar así a mamá, eso es lo que quiero que sepas también.

—Está bien, pues ahora que ya lo he escuchado todo, ya sabes dónde está la puerta.

—¿Y no me vas a decir nada?

—También estaría en mi derecho de decirte muchas cosas sobre tu comportamiento de estos años, pero no voy a entrar en esa guerra.

—No, bastante guerra le vas a plantar ya a mamá en los tribunales, ¡me das asco! Ella confiaba en ti, ella confiaba en ti—le comenté mientras, directamente, se levantó y me acompañó a la puerta.

Eso de que "tiran más dos tetas que dos carretas" debe ser verdad, pues mi padre ni se inmutó. Es que no lo hizo. Él debía andar en su nuevo y particular universo erótico con su modelo, la cual por lo visto no llegaba a los 30, y la sonrisa sarcástica se le había instalado en el rostro. Hasta náuseas me provocaba. Yo estaba que daba bocados. El que estaba predestinado a ser el verano de mi vida se había convertido en una pesadilla. Una pesadilla que todavía podía provocarme mucho más miedo, aunque yo en ese momento estuviera ajena a ella.

Capítulo 5



—Te lo dije, ni para pipas—me comentó mi madre a la semana siguiente cuando vino del juzgado.

—Pero nadie se cree que papá no tenga dinero, mamá. Yo misma iré a hablar, yo le contaré al juez.

—Tú por allí mejor no aparezcas, que la jueza te ha puesto prácticamente de zángana—me comentó.

—¿A mí? ¿A una futura médica con una trayectoria impecable, mami?

—¿Tengo que responderte a eso o ya te das por respondida, hija? No ha ayudado mucho que ella viese que este año no has hecho ni el huevo.

—Es que todos los cursos no son igual y este se me ha atravesado.

—Sí, ella también ha visto cómo "se te ha atravesado" entre fiesta y fiesta universitaria. Que lo tienes publicado todo, Jimena.

—Igual en eso no me he andado muy lista. La madre que me parió, que eres tú y no tienes culpa, pero vaya. Mamá, ¿para qué nos da tu pensión compensatoria?

—Para atender los gastos de la casa, comer y poco más. Y en cuanto a la tuya, han establecido una, pero con tu edad y tu trayectoria, es mínima.

—¿Mínima? ¿Quieres decir que está por debajo de los 2000 euros mensuales?

—Casi das en el clavo. 200 euros, teniendo en cuenta que tu padre ha comentado que se jubila. Lo prometió y lo ha cumplido, es su amenaza.

—¿200 euros? Fernanda, por favor, ven corriendo a subir el aire acondicionado, ¡¡que me da!!

—Sí, hombre, para lo que me van a pagar a partir de ahora… Que no estoy sorda.

—Fernanda, tú no te irás de esta casa, tranquila. No vas a pagar los platos rotos de los cuernos que me ha puesto mi marido.

—Sí, sí, es que como para pagar me voy a quedar, señora.

—Que no mujer, que tu sueldo está garantizado. Ya veremos de dónde hacemos los recortes, pero de ti no voy a prescindir. Lo he decidido.

—Claro que no, mamá. Hay muchas cosas de las que no podemos prescindir. Yo te voy a pasar una lista de las mías, sin las que no puedo vivir y que incluyen manicura, masajes, tratamientos para el pelo, un mínimo para viajes y…

—Y un cuerno, hija—me contestó mi madre.

—Mami, no te entiendo, ¿qué quieres decir con eso? Yo cuernos no necesito ni uno ni dos… Aunque creo que esos vienen por pares.

—Contéstele, señora, que de cuernos ya tiene usted hecho un máster—le comentó Fernanda.

—Sí, sí que lo he hecho. Mira, hija, yo llevo todo el año sabiendo que no estabas dando palo al agua y más de una bronca me ha costado con tu padre. En el fondo, el muy cabrito en eso tenía razón: debí apretarte las tuercas y no lo hice. Pero hasta hoy.

—No te entiendo, mami, ¿qué son tuercas?

—Señora, yo no sé qué es más esta niña: si pija o si inútil. No sabe lo que es una tuerca ni un mocho de fregona. Seguro que tampoco ha oído hablar del trapo del polvo…

—Del trapo no, pero del polvo, tela, Fernanda. Tú no sabes qué añito me he tirado en Madrid.

—Pues espero que lo hayas disfrutado bastante porque otro igual no se te repite, Jimena: te vas a poner a trabajar—me anunció mi madre en plan sentencia.

—Sí, claro, qué buen chiste… Mami, yo entiendo que todo esto que está pasando con papá te haya afectado a la memoria, así que te recuerdo que no soy médica todavía. No puedo trabajar—resoplé porque allí se nos iría la cabeza a todas, a ese paso.

—¿No le digo? ¡Esto es grande! —añadió Fernanda.

—Fernanda, por favor, retírate, que esto es entre mi hija y yo.

—Ok, aunque no andaré muy lejos, que esta conversación no me la pierdo—le comentó ella con ojos brillantes. ¿A qué había venido ese ataque tan gratuito?

—Mamá, en serio, ¿qué quieres que haga? Me faltan dos años de universidad. Bastante desgracia será que tenga que terminar mi carrera en la pública, que me tendré que graduar con una capucha en vez de con un birrete para que no me reconozcan—le comenté.

—Pues no sé con qué dinero la vas a terminar, porque aunque sea en la pública eso acarrea gastos de matrícula y de mucho más. Y tu padre nos ha cerrado el grifo por completo.

—Mami, yo creo que se está haciendo el duro, ya lo abrirá.

—Eso es lo que te conviene pensar. Jamás le he visto tan convencido de algo como de esto. Debes buscarte la vida, cariño.

—¿Y por dónde empiezo? Si no puedo trabajar de médica… ¿No estarás pensando en que me meta a dependienta o algo? —le pregunté y ella arqueó una ceja.

—Eres monísima, Jimena. Hay muchas cadenas de ropa que podrían contar contigo.

—¿Cadenas de ropa? Mamá, tú estás muy mal. Has perdido el juicio.

—No hay juicio que valga, hija. No se va ni a celebrar. Tu padre va muy en serio y lo tiene todo atado para no darnos ni un euro más. Paso de gastarme más en abogados.

—No hablaba de ese juicio, mami, sino de tu sentido común, que parece que te lo has olvidado en alguna parte, ¿cómo voy yo a trabajar en una cadena de ropa? ¿Tú sabes que la mayoría de esa gente es mileurista? Antes muerta…

—Pues tú sabrás, hija, porque yo no tengo para mantenerte. Es eso o irte de voluntaria a una ONG o algo donde no tengan gastos. Con tus conocimientos de Medicina.

—Calla, mamá, que solo de pensarlo me está entrando repelús.

—¿Tú no querías viajar? Pues una manera más barata de hacerlo no tendrás, eso ya te lo garantizo.

—Menos cachondeo, ¿eh? Yo de Sevilla no pienso moverme. En estos momentos tengo que servirte de apoyo moral.

—No, hija, pero sí yo estoy bien.

—Corneada, pero bien—le escuchamos decir a Fernanda, que estaba como la ratita del cuento, barriendo su casita justo al otro lado de la puerta, empapándose de todo.

Capítulo 6



Quedé esa tarde con Gala, quien venía luciendo un increíble bronceado de Seychelles.

—No quiero que me cuentes nada, mi pobre corazón no podría resistirlo—le comenté nada más verla aparecer.

—Ha sido fantástico, Jimena, fantástico… Di con un grupo de gente fenomenal y ¡hasta he conocido a alguien!

—Yo también he conocido a alguien: al cínico de mi padre, porque a ese no le conocía.

—Deja ya de lamentarte, cariño, que la vida es muy bonita como para eso.

—Claro, para ti, que lo sigues teniendo todo y encima vienes de vacaciones de Seychelles.

—¡Y con novio! —exclamó ella.

—¿No es broma? ¿Has conocido a un chico?

—Ya te digo que sí… Es que en el mismo avión nos reunimos un grupo que salía de aquí de Sevilla. Tiene seis años más que yo y agárrate que vienen curvas ¡trabaja de anestesista en la misma clínica en la que comienzo a trabajar!

—Y ahora me dirás que está más bueno que comer con los dedos. No me creo nada. Tú también me quieres poner las pilas y me estás tratando de dar envidia cochina con todo esto. Pues no lo logras, te he pillado.

—Se llama Jorge y es este—me comentó sacando una foto en la que se estaban comiendo lo que viene siendo todos los morros.

—Jo, pues sí que está bueno, quítamelo de delante, que me estás haciendo sentir fatal. Todo te va genial y a mí como el culo. No me puede ir peor, ahora mi madre quiere que me ponga a trabajar porque mi padre nos pasa una pensión de risa.

—Bueno, no es ninguna tragedia. Comenzar a trabajar te vendrá bien, ya lo verás.

—Qué cachonda, que yo no soy médica como tú, ¿qué es lo que me queda? ¿Trabajar en un Zara?

—¿Y qué tiene eso de malo? Mi prima Mencía es encargada de uno en el centro. Allí no se gana mal.

—Define que no se gana mil, ¿3000 euros al mes? A partir de ahí podríamos comenzar a negociar.

—Claro, a negociar dónde llegarás de la patada en el culo que te darán. Además, que ya puedes mostrar tu mejor versión porque hay tortas por coger uno de esos puestos. De todos modos, hablaré con Mencía por si te puede enchufar.

—Bueno, tú dile que tampoco corre tanta prisa, que si es para después del verano ya mejor. Aunque no sé para qué quiero librar estos meses. Mi padre ha cancelado mi tarjeta, no puedo irme de vacaciones y sigo sin querer que me cuentes las tuyas. Bastante he sufrido viendo tus fotos en el Insta, cacho perra.

—Venga, tontita… Si te he echado mogollón de menos.

—Claro que sí. Has salido en las fotos con una carilla de pena que vaya, qué lástima de ti.

Yo no podía estar de más mala uva. Menudo verano de mierda el mío y encima iba a unirse a un otoño en el que no sabía si podría estudiar siquiera. De pronto, es que hasta lamentaba cantidad no haberme comido los libros como Gala, quien encontró tiempo incluso para pasárselo bien durante el curso, pero sin descuidar sus asignaturas.

Llegué a casa y Fernanda estaba aplicándole compresas frías a mi madre en la frente.

—¿Qué te pasa, mami?

—Que la señora volvió a tener una bronca con el señor a cuenta de ti—me respondió Fernanda, a quien la separación de mis padres le había proporcionado una extraordinaria agilidad en la lengua. Esa mujer estaba en todo y no dudaba en soltarlo por la boca.

—¿Es eso verdad, mami?

—Sí, hija. He tratado de hacerle entrar en razón, pero ya te adelanto que no hay manera. Va a ser que ni por las buenas ni por las malas, tu padre no va a soltar ni un euro más.

—Maldita sea la tal Olivia. Si papá siempre ha tenido la cartera abierta para mí… Menudos sablazos que le llevo dando toda la vida. Si hubiera guardado la mitad de ese dinero…

—Ahora podrías comprarte tu propio piso, que no tienes ni donde caerte muerta, hija.

—Hala, qué exagerada… No tanto, pero sí que le sacaba…

—Hasta las muelas del juicio le has sacado a tu padre, que lo hemos visto todos—añadió Fernanda.

—Mamá, ¿no te planteas despedirla? Yo te echaría una mano a recoger la casa—le sugerí porque esa mujer cada vez se mostraba más mordaz. Qué mal le estaba sentando que su sueldo estuviese en el aire.

—Sí, claro… Vamos a hacer una prueba—soltó sibilina.

—Pues hablando de pruebas, igual voy a hablar con Mencía, la prima de Gala, para entrar a trabajar en Zara, mami.

—Por fin una buena noticia…

—No corra tanto, señora. Mejor le voy trayendo más compresas frías. Su hija trabajando… Eso no se lo cree nadie.

—Mami, dile que se calle, que me está estresando.

—Fernanda, Jimena se está dando cuenta de que no tiene más opción que trabajar, seguro que lo hace bien.

—¿Apostamos algo, señora?

Me estaba poniendo de los nervios. Yo, que no podía más con el estrés que la nueva situación me estaba generando y esa mujer que no callaba ni debajo del agua.

Solo me faltaba ella poniendo a mi madre en mi contra, porque se pasaba todo el día comiéndole la oreja. Yo les demostraría que podía trabajar como la primera, aunque prisa, lo que se dice prisa, no es que tuviera demasiada.

No esperaba que en un par de días me llamase Mencía para que fuese a hablar con ella. Y allí que me planté yo, con un *outfit* monísimo que derrochaba estilo, para que vieran que no había una candidata mejor. Eso era arte y poderío. Y lo demás, tonterías.

Capítulo 7



—A mí me estás dejando helada—le comenté mientras me tomaba con ella un batido también helado justamente, en el centro, porque verano y Sevilla es una combinación difícil de soportar si no combates sus rigores con algo fresquito.

—Pero vamos a ver, ¿tú qué parte es la que no esperabas?

—Que yo creí que esto dependía de ti y no de un proceso de selección, Mencía, eso es muy humillante.

—¿Humillante? En todos los trabajos hay que pasar cribas y demás, ¿tú en qué mundo vives? Mi prima me ha contado que no tienes la carrera ni experiencia en ningún trabajo.

—¿Qué experiencia voy a tener? Yo he estado estudiando toda mi vida.

—Claro, por eso tienes un título, bonita. Tú te has pegado la vida padre, ¿quieres que te incluya en el proceso o no?

—Esto es todo muy friki. Yo lo que necesito es un trabajo rapidito, sin tanto remilgo.

—Ya y que esté muy bien pagado.

—Eso es, aparte de que cuente con mis buenas vacaciones, privilegios como empleada y…

—Y te van a dar por detrás para que andes hacia delante, ¿tú te estás escuchando?

—Apenas, porque no me has dejado terminar. Tengo una larga lista de peticiones que, si no la oyes…

—Mira, mi prima me advirtió que debería tener paciencia contigo, pero no te soporto. No voy a perder el tiempo dando la cara por alguien como tú porque me voy a estrellar.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Si yo solo estoy exigiendo lo que creo que es justo, lo que pediría cualquiera.

—Sí, claro… lo que pediría cualquiera. Para mí que tú te estás chupando el dedo, niña. Mira, contigo no pierdo más el tiempo. Paso…

Se levantó y me dejó allí tirada, y sin entender ni una palabra. Según ella, perdería una oportunidad porque en pocos días se abriría uno de esos tediosos procesos de selección, ¿por qué tenía yo que medirme con nadie? Bien se veía a las claras lo que valía.

No, eso no era para mí. Descarté ese trabajo y todos los que fueran del mismo estilo.

—Mami, es que el problema está en que en ninguno me pueden escoger directamente para el puesto. Me voy a quedar con otras ofertas de trabajo y las estudiaré.

—¿Y de esas cuántas hay?

—De momento no he encontrado ninguna, es cuestión de paciencia. Total, ¿qué prisa tenemos?

—No, Jimena, esa no es la actitud. Gala ya empieza a trabajar y…

—No me lo recuerdes, que me acomplejas. Mamá, estoy haciendo todo lo que puedo, de verdad, ¿es que acaso no me crees? Pronto me saldrá algo, estoy segura.

Un par de semanas después, las cosas iban de mal en peor. Mi madre me estaba asfixiando y tuve que entrar en uno de esos procesos de selección. Y no del Zara, que ese tren lo perdí, sino de una empresa de seguros en la que, con suerte, me contratarían para hacer pólizas. A mí me iba a dar algo.

—Estoy muy orgullosa de ti—me comentó mi madre dándome un beso días después cuando me vio con el polito puesto.

—Sí, sí… Ya me voy. Mamá, si no vuelvo, que sepas que me habrán secuestrado.

—¿Cómo secuestrado, hija?

—Porque tengo que ir llamando a las puertas y eso entraña un riesgo enorme. Para eso, mejor me hubiera puesto a trabajar para un cártel colombiano de la droga, que sería más seguro. Y, sobre todo, más rentable.

—No me vas a poner mal cuerpo, hija. Es lo que te ha tocado.

—Y ya era hora—comentó Fernanda por detrás.

—Mamá, dile que se calle o no respondo, te lo prometo. Este polito me está dando alergia y siento una mala leche…

Me fui a trabajar a puerta fría, como se suele llamar a ese tipo de trabajo. En la vida me hubiese imaginado picando puerta… En qué mal momento renuncié al empleo de Zara cuando al menos allí hubiese estado en una tienda con su aire acondicionado. Qué cierto es que todo es susceptible

de empeorar y yo estaba por comprobarlo.

Me pasó de todo, salvo que vendiera una póliza, que esa breva no cayó. Qué va… Por lo demás me encontré desde un salido que quiso invitarme a entrar en su casa casi a la fuerza, hasta una abuelita que me dio un trozo de bizcocho de limón que acababa de preparar, pasando por un borracho que quiso darme a beber de la litrona que tenía en la mano y al que se le escapó un eructo que me explotó en toda la cara.

Para colmo, yo me había puesto unos vaqueros y unos zapatos de tacón de lo más monos, pero que me destrozaron los pies. Y cuando llegué a la oficina, la siesa de mi jefa me echó una bronca de mil demonios.

—Tenías que haber insistido más. El truco está en ganarte a la gente… Si te dicen que pases, pues pasas, ¿tú qué problema tienes?

—Ninguno, lo que ocurre es que no llevaba spray de pimienta en el bolso, ¿cómo me voy a colar yo en la casa de un tipo de esos?

—Con esa actitud no vas a llegar a ninguna parte. Aquí hay que tener parla y me da a mí que una pija como tú…

—Oye, que me he echado los pies abajo pateándome toda esa barriada hasta la que he llegado en autobús, ¡una hora montada y media esperándolo!

—Pues poco efectivo te ha sido porque no has ganado ni un euro…

—¿Eso cómo va a ser? ¡Que yo llevo toda la mañana trabajando!

—¿Y a mí qué? Si no vendes, no cobras… Creí que te habría quedado bien clarito.

—No me lo puedes estar diciendo en serio, eso es esclavitud, ¡ahora mismo me voy a comisaría y te denuncio!

—Pues ya puedes correr, Barbie, que eres una Barbie… Pero más vale que antes pases por la farmacia y te compres unas tiritas para las ampollas… O vas a ser la primera Barbie con los pies amputados.

No creáis que me tiré el moco. Yo me fui a comisaría y lo peor fue que el agente que me tomó declaración hasta mandó llamar a sus compañeros, haciendo un corrillo alrededor de mí.

—Y dices que no te han pagado. Está bien, vamos a ver si el juez de guardia puede atenderte… —me comentaron y me dejaron allí, como una hora sentada, hasta que me di cuenta de que estaban de cachondeo, que para eso se trataba de Sevilla. Lo único bueno que saqué fue que me descansaron los pies, los cuales llevaba de pena.

Capítulo 8



—Mami, necesito los 200 pavos de mierda que me pasa papá de pensión, dámelos—le pedí viendo que mi manicura no aguantaba más, como un par de días después.

—Qué risa, tía Felisa—le escuché decir a Fernanda, quien se había convertido en especialista en tocarme la moral.

—De eso nada, hija. Ese dinero está ya invertido y más que invertido—me respondió mi madre.

—No puede ser. Si papá lo ingresó ayer, te lo pregunté.

—Y ayer mismo fui a encargar una compra grande de comida, ¿o es que tú crees que la nevera se llena sola? No nos queda ni para un lujo…

—Si no te estoy pidiendo nada para lujos, ¿acaso no me explico? Te estoy hablando de la manicura, mami.

—Y yo no sé en qué idioma hablo, pero la nevera daba pena en vez de frío. Si quieres darte un lujo, coge un vasito de gazpacho fresco, que igual otro día ya no nos queda ni para eso.

—¿Cómo no nos va a quedar ni para comida?

—¿Te enseño mi cuenta corriente? Después de pagarle a Fernanda y hacer la compra, lo único que me ha quedado…

—Pues no le pagues a Fernanda, mami…

La escuché carraspear. Y no me refiero a mi madre, sino a la pájara de mal agüero esa, que era en lo que se había convertido.

—La señora insiste en que mi sueldo es sagrado y yo no puedo estar más de acuerdo…

—Claro que sí. A costa de que yo lleve las manos de pena.

—Yo no me pinto las uñas y bien bonitas que las tengo—quiso convencerme.

—Si tú lo dices… Mami, yo así no aguanto. Y ahora sí que estoy buscando trabajo en serio, pero no me sale.

—¿Y la prima de Gala qué dice?

—Que no quiere verme ni en pintura, eso dice. No le di demasiada buena impresión la otra vez y no entiendo la razón.

—¿Te la explico yo? —se ofreció Fernanda, quien era la mar de servicial ella.

—Mami, no aguanto… Me voy un rato con Gala, a ver qué me cuenta, aunque en realidad espero que nada. Qué agobio…

Me fui a buscar a mi amiga y, definitivamente, fue mucho peor de lo que esperaba. En el trabajo le iba genial y con Jorge estaba encantada, hasta tenían planes para irse de finde romántico.

Yo me estaba tomando un Bliss de limón, que suele caer bien en el estómago, pero más bien parecía que fuese nitroglicerina, porque me estaba quemando por dentro.

—Vale ya, ¿no? —le pedí que se callara.

—Perdona, bonita, pero me has llamado tú con la intención de vernos un rato.

—Sí, pero no para que me restriegues en la cara que tu vida es maravillosa y la mía para colgarse de un pino. No tengo pasta ni para ir a hacerme la manicura, con eso te lo digo todo.

—Si es por eso, yo te invito. Sonríe, guapa.

—Claro, me sobran los motivos para sonreír. Que no, que no necesito tu caridad. Ahora lo que quiero es ponerme a trabajar. Yo supongo que tu prima no querrá…

—La última vez que le hablé de ti, me colgó el teléfono. ¿Responde eso a tu pregunta? Oye, cariño, ¿y por qué no le pides ayuda a tu padre?

—¿A ese capullo integral que me ha dejado seca como la mojama? No me rebajo a pedirle un euro ni muerta… Que se lo gaste todo con su modelo antes de que ella le dé la patada. Porque se la dará por viejo verde y por pervertido.

—No te hablo de que le pidas dinero, sino de que te ayude a encontrar trabajo. Él conoce a muchísima gente y cuando compruebe que has cambiado de actitud te va a ayudar, yo estoy segura.

—No me rebajo a pedirle ni la hora, fíjate. Para mí ese señor está muerto y enterrado, no quiero saber nada de él. Oye, ¿y tu padre?

—¿Qué le pasa a mi padre? Él está vivo, ¿eh?

—Ya supongo, Galita. Me refiero a que si tu padre no podrá hablar por mí igual que lo hizo por ti.

—Hombre, si vas a responderle bien, yo se lo podría pedir. Pero solo si vas a hacerlo, ¿eh? No quiero pensar en que me vayas a dejar mal…

—Y dale, que no te dejaré mal, ¿es que no ves que estoy cambiando?

—Un poquito sí que lo veo, Vale, hablaré con él. ¿Tú de qué quieres trabajar?

—Menos bromas… Visto lo visto, ya de lo que sea. No le pienso hacer asco a nada. Lo único que quiero es tener para mis gastos y darle a mi padre en toda la cara. Nos ha dejado pobres como las ratas, ¿no? Pues le pienso demostrar que su hija tiene dos manitas para salir adelante sin su ayuda. Él que empleé las suyas en sobar a su novia… Dice que se va a jubilar para no tener que pasarnos nada más. Mejor que no lo haga, porque seguro que la tal Olivia le sale muy cara, pero que muy cara.

—Vale, vale. ¿Te vienes esta noche a una fiesta en el club? Hace mucho que no sales con la pandilla. Y así te presento a Jorge, que ellos ya lo conocen.

—No pienso ir porque no tengo nada que estrenar…

—Yo te dejo algo. Me he comprado ropita.

—No quiero tu caridad, te lo repito. Lo único que quiero es trabajar. Ahora he cambiado. Si me quieres ayudar, habla con tu padre, por favor.

—Eso está hecho, cariño. Seguro que en nada estás trabajando.

—¿Me lo prometes? —le pregunté porque me encontraba muy desesperada.

—Claro que te lo prometo, cielo, claro que sí…

Capítulo 9



Gala movió el culo y enseguida recibí una llamada por parte de su padre, a la que atendí a la velocidad del rayo.

—Verás, Jimena, ¿te ha hablado mi hija de Claudio de Senillosa? —me preguntó Alberto, que ese era su nombre.

—Sí, es el dueño de la clínica en la que ella trabaja.

—Exacto. Pues quizás tenga algo para ti.

—Pero te recuerdo que yo no poseo el título como tu hija. Me falta una chispita, ¿no le importará? —disimulé.

—De médica no puedes trabajar, eso es indudable. Pero en una clínica hay muchos puestos y me une una buena amistad a él. Estoy seguro de que podrás adecuarte a uno.

—Ay, qué contenta me estoy poniendo, Alberto. ¿Cuándo quiere que esté en la clínica? Hoy es viernes…

—El lunes, pero esa es la cosa.

—Dime, como si tengo que ir mañana sábado. Total, para lo que estoy saliendo…

—No, no es eso. El lunes está bien. El caso es que quiere verte en su clínica de Málaga, porque él tiene varias por toda España. Y parece ser que en Sevilla está todo completo.

—¿En Málaga? Pero ¿sería para vivir allí?

—Sí, claro. Piensa que Málaga está a dos pasos…

—Lo está, aunque yo no tengo coche. Mi padre me iba a regalar el que quisiera cuando terminase la carrera, pero no me ha dado tiempo porque se ha largado con una modelo que podía ser mi hermana, ya sé que estás al tanto.

—Cariño, yo solo te digo que no pierdas la oportunidad de presentarte el lunes allí—no quiso entrar al trapo de mi comentario—. Dile a Claudio que vas de mi parte y no habrá ningún problema.

No lo habría por ese lado, porque al rato salí de casa, para despejarme y pensar un poco en eso de trasladarme a vivir a Málaga, cuando me encontré a mi padre por la calle.

Me fastidió bastante verle y más aún que me parase, porque ningunas ganas tenía de hablar con él tras el encontronazo de la última ocasión.

—Hola, hija, ¿cómo estás? —me preguntó, queriendo quitar hierro al asunto.

—No tan bien como tú, que estarás preparando ya tus vacaciones con esa. Y por mamá, ¿no me preguntas por ella? —le ataqué.

—Tu madre es mayorcita para agenciárselas bien…

—Y eso que la has dejado pelada, pero se apaña, sí, porque tiene dignidad. No como otros. Aparta, que voy a seguir mi camino, no quiero que me contamines el aire.

—¿Y a ti cómo te va, Jimena?

—Me va genial, aunque desde luego que gracias a ti no será. Déjame en paz. Y desde ya te anuncio que la próxima semana tendré trabajo. Hay padres que ejercen hasta con quienes no somos sus hijas, como Alberto—le dije, poniéndole una banderilla de fuego.

No contestó nada porque no había contestación posible. Seguí mi camino y me fui.

Pasé rayada el fin de semana. La opción más económica, también la más engorrosa, era llegar a Málaga en autobús. Debía desplazarme hasta allí en la misma mañana del lunes, pues no tenía dinero ni para alojarme en un hotel la noche anterior, qué angustia.

—También puedes ir en Blablacar—me comentó Fernanda cuando me vio mirar los billetes, que estaba en todo.

—¿Y qué demonios es eso?

—Una App para compartir coche. Parece mentira que no la conozcas, yo siempre me muevo así.

—Pero ¿tú vas a alguna parte? Si creí que ocupabas todo tu tiempo espiándome.

—Te noto con mucha suspicacia y yo solo quiero ayudarte. Vamos a ver, se mete el trayecto, el día y… ¡ya lo tienes! Hay un chico que sale para allá a las seis de la mañana, ¡y bien baratito! Míralo…

—¿Eso es lo que me costará? Pues sí que es barato, dile que sí, que le haré el favor de ir con él.

—Claro, mujer. Y también que te tenga preparada una corona para cuando vayas a subir en el trono, digo en el coche. Yo te enseño a hacerlo, que es bien fácil, y ya a partir de ahora lo haces tú.

—No. Si yo solo lo voy a utilizar esta vez, ¿qué te has pensado? Una vez que esté en Málaga por fin tendré trabajo y hasta podré pensar en comprarme mi propio coche, que como tenga que esperar ahora a que me lo regale mi padre…

—Es verdad. El señor ahora prefiere ser espléndido con la modelo esa… De ti se ha olvidado, qué se le va a hacer—se puso a cantar.

No le faltaba razón, pero qué poquito tacto había que tener para soltármelo así y seguir cantando como si tal cosa.

El resto del fin de semana lo dediqué a prepararme la entrevista. Aún no sabía qué puesto me ofrecería Claudio de Senillosa en la clínica, pero sí que tendría que darle mi mejor imagen.

Atrás quedaba la angustia de esas otras tentativas de trabajo que me hicieron sentir tan mal, como si no fuera la pija que en el fondo seguía siendo. Hasta Málaga llegaba de otra manera, con un enchufe como Dios manda, y eso era algo que pensaba aprovechar como Jimena que me llamaba.

Cualquier cosa menos verme de nuevo en esas situaciones tan lamentables. Preparé mi equipaje con la intención de dar esa impoluta imagen de la que hablaba, la que me trasladaría directa a un trabajo que resolvería todos mis problemas.

Nadie decía que me fuera sencillo volar así del nido familiar. Por primera vez me enfrentaría al mundo laboral y eso poco tenía que ver con mi estancia de años en Madrid, con la vida ociosa de estudiante con todos los gastos pagados por mis padres. Era hora de encarar mi vida adulta y lo haría con entusiasmo o al menos lo intentaría, más que nada porque ya le había adelantado a mi padre que me pondría a trabajar y no quería dar mi brazo a torcer.

Capítulo 10



El chico del coche me recogió a la mañana siguiente en la puerta de casa, eso se lo tuve que agradecer.

Fernanda estaba a mi lado porque le comenté que me ayudase y lo hizo a regañadientes, pero lo hizo.

—Le va a parecer que es mucho equipaje, Jimena.

—Claro que no, si son tres maletitas de nada. Es que igual no puedo volver en una o dos semanas, qué se yo, para recoger más. Y todo lo que llevo es imprescindible.

—¿Imprescindible? Aquí llevas ropa para tres vidas y estas maletas pesan como muertos. Espero que donde vayas a vivir tenga ascensor, porque como te toque subir escaleras…

—Espera, ¿qué estás insinuando? ¿Es que hay pisos que no tienen ascensor? Pero, ¿eso cómo va a ser? ¡¡Es imposible!!

—Imposible es que te hayan criado a ti así, aunque algo me dice que ahora te vas a enterar de lo que es bueno.

—Si vas a seguir con esa actitud, te metes para dentro y me dejas sola. Aunque en realidad… Cierra el pico, pero no te vayas.

—Yo no cierro nada porque de pronto me siento libre como el viento para hablar, que aquí han cambiado mucho las cosas. Ya no eres la princesa que te creías, ahora te va tocar arrimar el hombro como a toda hija de vecina.

—¿Arrimar el hombro? Pues sin problema… Mira, yo los hombros los tengo definidos como Doña Letizia.

—Sí, pues a ver si te sigue quedando tiempo para ir al gimnasio cuando estés allí, que igual se te agría el potaje.

—¿Potaje? ¿Eso qué es? Fernanda, tú y yo parece que no hablamos el mismo idioma, te lo digo

muy en serio.

—Mira, por ahí viene el chico. Por fin…

—Oye, ¿y esa música que trae? ¿Eso qué es?

Venía sonando desde lejos y el chaval se movía como bailoteando.

—Es lo mejor del mundo… ¡Es Camela! ¿No la conoces? *"Sueño contigo, ¿qué me has dado?..."* —comenzó a cantar.

—A ti no sé, pero a ese parece que le han dado alguna droga de diseño, mira qué movimientos.

Paró el coche, que por cierto estaba de pena, y ella se rio.

—Ay, que me parto… Si el coche tiene más bollos que el orinal de un loco—decía mientras yo la miraba aterrorizada.

—Buenos días, aquí estoy porque he venido—me dijo tratando de darme dos besos aquel melenudo, de los cuales me zafé, más que nada porque tenía un flequillo con tanta grasa que se podía exprimir. Ay, qué asco, madre del cielo.

—Buenos días. Esto no va a resultar fácil, ¿nos vamos ya? —le pregunté porque tenía un olorcito encima tremendo, producto de no haberse duchado en varios días seguro. Y en Sevilla. Y en verano, para más inri.

—Nos vamos en cuanto me digas qué maleta es la tuya, bombón.

Y encima me llamaba bombón. A mí me iba a dar algo… Es que me daba, no lo digo en broma.

—Pues ¿qué maleta va a ser? ¡¡Las tres!! —exclamé mirándole como si fuera idiota, que en parte debía serlo, por su gesto.

—Qué cachonda la tía, y tan de buena mañana…

Cabe resaltar que apenas había amanecido todavía y que yo tan solo tenía un café en el cuerpo que, visto lo visto, se me quedaría muy corto.

—No sé dónde ves tú el cachondeo. Son tres solo, no te entiendo…

—Tres solo, dice. ¿Y al resto del personal qué? ¿Les digo que no pueden meter nada en el maletero porque lo llevo llena de maletas de la Barbie?

Otro que me llamaba Barbie. Cierto que mi larga melena rubia, mis ojos claros y mi tipazo, así como mi evidente estilo, se prestaban a ello, lo cual no significa que me hiciera ni pizca de gracia.

—Espera, ¿de qué otros hablas? ¿Es que va a viajar más gente aquí? Si esto parece una lata de

anchoas…

—Y abollada—añadió Fernanda, a quien le encantaba hacer sangre.

—¿Qué dices de una lata de anchoas? Este coche va como uno de Fórmula 1. Ya verás cuando empecemos a coger velocidad…

—No, si encima volcaréis. Yo es que me troncho…

—Fernanda, ¿tú te puedes meter ya en casa?

—Sí, venga, dale un beso a la pija de tu niña y dile adiós, que se nos está haciendo tarde. Y llévate las dos maletas que te parezcan.

—Ella no es mi madre, ¿es que acaso nos parecemos? Y no se lleva nada. O metes mis tres maletas o me quedo en tierra.

—Pues aquí te quedas, so pija.

Le vi meterse en el coche y los ojos se me inyectaron en sangre. Aquel desaprensivo, que no parecía tener corazón, estaba más que dispuesto a dejarme en tierra, así que ya podía espabilar si quería convencerle de lo contrario.

—Va, va, va… Espera—di con mis manos en el cristal—. No te vayas, que no puedo permitírmelo…

—Pues dile a tu madre que…

—Que no es mi madre, que es la mujer de servicio.

—¿Con servicio y viajando en Blablacar? ¿Esto qué es? ¿Algún experimento para un trabajo de una universidad pija? Yo paso de esas mierdas, a mí no me cogéis de conejillo de indias.

—No, tranquilo, si esta la universidad pija ya no puede ni olerla. Espera, que esto lo arreglo yo—le comentó Fernanda y, ni corta ni perezosa, comenzó a abrir las maletas.

—¿Qué haces? ¿Qué haces? —me quejé porque no podía creerme lo que estaban viendo mis ojos.

—Vamos a meter todo lo que necesitas en una, ¿o es que no ves que no te va a esperar más?

—Dos minutos tenéis—nos dijo el tío—. Como Rocky que me puso mi madre que no te doy ni uno más.

—Eso es broma, ¿no? ¿Cómo te vas a llamar Rocky?

—Mira esta, ¿y tú cómo te llamabas?

—Jimena, yo me llamo Jimena.

—¿Así no se llamaba la mujer del Cid Campeador?

—¿Tú conoces ese libro? No me lo puedo creer, ahora sí que me has dejado loca del todo. Para mí que solo conoces la música esa que llevas puesta.

—¿Camela? Eso también es cultura. Pata negra, *mi arma*… Pero que yo controlo de muchas más cosas, ya lo verás a lo largo del viaje.

Mientras, Fernanda iba sacando todas mis pertenencias de las maletas y poniéndolas, ¡¡sobre la acera!!

—¡Cuidado! Que esos zapatos valen una fortuna—le indiqué por varios pares de tacón, una verdadera maravilla.

—Si los tienes en todos los colores, puedes poner con ellos un mercadillo—se rio el tal Rocky, que ya debía ser hortera su madre para llamarle así.

—¿Un mercadillo? ¿Eso qué es? Fernanda, por Dios, ¡que te estés quieta! —exclamé.

—No sabes lo que es un mercadillo, pero ¿tú de dónde has salido? Todo lo que yo llevo encima es de ellos y mira qué calidad.

—Ay, Dios mío… Esto va a ser muy duro.

—Pues sí que lo va a ser, porque ya nada de lo demás cabe. Listo, ¡¡todo en una maleta!! Ya me llevo yo el resto para dentro—indicó ella.

—Y di tú que no se quede con nada—me quemó la sangre el niñato aquel.

—Ni se te ocurra, ¿eh, Fernanda? Es que ni se te ocurra, vaya.

—No, no… Si a mí estos zapatos no me valen. Cada par me queda como dos barcas—me comentó ella, probándose unos.

—Quítate eso…

—Es verdad, menudos pies más grandes que tienes—se burló el otro.

—Porque soy bien alta, no como tú, que eres un tapón de alberca…

—Si hasta tiene gracia la pija… Yo es que no he crecido porque el peso de mis pelotas no me lo permitió, ¿cómo se te queda el cuerpo?

—Ay, qué tío con más gracia—a Fernanda se les saltaban las lágrimas de la risa.

—¿Con más gracia vas a decir? No se puede ser más soez…

—Soez no sé lo que es, pero la gracia la tiene a esportones—me comentó ella, cogiendo toda mi ropa al puñado… —Ah, ¿y esto está usado? Porque si no, me lo quedo para mí—me preguntó poniéndome roja como una amapola. Yo no recordaba haber metido mi Satisfyer entre el equipaje, cosa que hice para calmar mis evidentes nervios.

—¿Eso es lo que yo creo que es, pija? Me da un ataque de risa, me da…

—Que te calles, chalado, ¿qué sabrás tú de sus cualidades terapéuticas?

—Todo lo que tú quieras, pero donde se ponga un buen polvo de toda la vida de Dios que se quiten esos cacharros… Me tiro al suelo, es que me tiro… ¿Tú quieres que yo te lo demuestre? Un polvete rápido matutino antes de recoger a los demás.

—Cállate, idiota. Y entonces, ¿es cierto que vamos a recoger a más gente?

—Pues claro, que la gasolina está por las nubes y yo la tengo que amortizar, ¿tú en qué mundo vives?

—De eso te podría dar yo un montón de explicaciones, pero entonces no llegáis a Málaga esta mañana—le comentó Fernanda mientras corría con todos mis enseres, encima de los cuales llevaba mi Satysfier. No me iba a quedar nada bueno en la vida.

No era broma lo que decía aquel. Camino de Málaga, recogimos a tres personas más. La única que parecía estar buena del coco era una estudiante de Filosofía que, eso sí, nos dio una murga tremenda con su visión del mundo…

Menos mal que yo iba delante y con la ventanilla abierta, que al cacharro aquel no le funcionaba el aire acondicionado. Y no lo digo porque su conversación me estuviera volviendo majara, que también, sino porque el chaval que iba en el medio comenzó a fumar porros y le pasó uno a Rocky, que se convirtió de inmediato en un fumeta al volante. Lo que me faltaba. Menos mal que, al menos, el olor a hierba enmascaró el que él llevaba encima, que igual me vino hasta bien.

El quinto ocupante del coche era un monologuista que iba a presentarse a un concurso y que nos repitió como mil veces el monólogo que tenía preparado, hasta el punto de que cuando me bajase del coche yo misma podría presentarme también, porque me lo aprendí de memoria. Y encima nos hacía aplaudir cada vez que lo soltaba, momento en el que Rocky seguía conduciendo solo con los pies y yo rezaba todo aquello de lo que me acordaba. Qué malita me estaba poniendo.

En fin, que se trató del viaje más complicado de mi vida y encima, al bajarme, vi que a mi maleta Samsonite rígida, que era una virguería, le habían hecho entre todos los mismos bollos que llevaba el coche a consecuencia de los golpes que le dieron en el maletero para meter las suyas.

—Pues ya sabes, *mi arma*, la próxima vez que tengas que moverte a algún lado, llamas a Rocky, que yo estoy todo el día pico pala en carretera e igual coincidimos—me dijo dándome un abrazo que me anestesió la nariz para todo el día. Por Dios, cómo le cantaba el alerón a ese tipo…

Y hablando de cantar, os juro que se me quedaron las letras de Camela en la cabeza, porque esas

tampoco pararon de sonar en todo el trayecto. Yo sí que iba a soñar, pero con todos ellos… Y sí sabía qué me habían dado… Me habían dado un tremendo dolor de cabeza y hasta iba colocada perdida a consecuencia de los muchos porros que se habían fumado en el coche.

En fin, que cogí mi maletón y entré en la clínica, porque no tenía dónde dejarlo. Y por el camino iba notando una sensación de lentitud, como si todos fueran de lo más relajados, aparte de un sueñecito y de llevar los ojos más rojos que un caramelo de Drácula, que daba miedo vérmelos.

Capítulo 11



Entré en el despacho de Claudio de Senillosa de esa guisa. Se trataba de un hombre muy elegante, unos diez años mayor que mi padre, y muy amable.

—Tú debes ser Jimena—me comentó.

—Yo creo que sí, aunque sí le digo la verdad no lo tengo ni muy claro en estos momentos. ¿Le importa si me siento? Es que si no, igual me caigo.

—No, no, claro, toma asiento. Oye, ¿te importa si te hago una pregunta?

—Claro que no, para eso he venido, para que me pregunte todo lo que valgo, que es un montón. Y no solo en el físico, que salta a la vista, sino que tengo una cabeza…

Sin duda, una cabeza que se me estaba yendo a consecuencia de los porros, los cuales no había fumado, pero era igual. Me había colocado tela.

—Sí, sí, pero ¿tú has venido fumada?

—Sé lo que puede parecer y es evidente que si me hace ahora mismo una prueba hasta doy positivo incluso en rúcula, de todas las hierbas que se ha fumado esa gente, pero esto no es lo que parece, que yo soy muy seria—le comenté y entonces, justo en ese momento, me dio un ataque de risa incontrolable.

—Ya lo veo, ya… En fin, ¿qué puedes argumentar en tu favor?

—Pues mire, como se ha puesto usted muy solemne, yo voy a aparentar que estoy en un juicio y le contaré la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad—le comenté—. No me mire así, que va en serio. Toda la culpa ha sido del Blablacar…

Le conté por encima y parece que hasta le convencí, menos mal, porque la bromita del coche me pudo salir cara. Claudio no me lo tuvo en cuenta y eso que no fue el único ataque de risa que me dio durante la conversación.

—Bueno, Jimena, pues verás… Sé por Alberto que tu situación es complicada y que ahora

mismo te agarras a un clavo ardiendo si hace falta, eso me ha dicho él, que ha dado la cara por ti.

—Sí, sí… Hombre, no me agarro literalmente, que fíjese en las manos tan finas que tengo, pero póngame a prueba. Yo, además de casi médica, cursé también el grado de Técnico de Laboratorio y…

—Sí, sí, ya me comentó Alberto. Y será una buena opción para cuando quede una plaza libre también de eso. El problema es que ahora mismo no la hay.

—Pues usted dirá de qué voy a trabajar entonces, porque evidentemente de auxiliar no va a ser. No es por nada, ¿eh? Pero es que yo soy muy escrupulosa y limpiar a los enfermos como que…

—No, no te preocupes, que a los enfermos no los tendrás que limpiar.

—Menos mal, menos mal… Es que no creo que pudiera, la verdad. Suerte que usted parece un hombre comprensivo.

—Claro, cada uno tiene sus escrúpulos. Espero que no tengas tantos a la hora de coger la fregona —me comentó.

—¿La fregona? ¿A qué se refiere? Yo es que no he cogido una nunca—le contesté sintiendo mareos tanto por el efecto de los porros como por lo que me estaba insinuando, que yo tonta no soy por mucho que me lo haga.

—A que tu puesto, si es que lo quieres, será como limpiadora de esta clínica.

—¿Como limpiadora? Debe haber algún error… Yo es que soy…

—Ya sé lo que eres y es más, quién eres… Pero Alberto me comentó que estabas desesperada y yo el resto de los puestos los tengo cubiertos también aquí en Málaga. La única plaza que se me ha quedado libre es una de limpiadora y él me comentó que no habría problema. Recuerda que dio la cara por ti.

La cabeza me estallaba de pronto y caí en que por los porros no era. Esos me habían colocado, pero lo gordo era lo que me estaba descolocando eso que me decía Claudio de Senillosa.

—No, no. Y lo estoy. Yo necesito trabajar.

—Pues entonces, no se diga más. Puedes empezar mañana mismo. El sueldo no es que sea una maravilla, pero tal y como están las cosas hoy en día y para empezar… Bueno, pasa por administración y allí te lo comentarán todo. Bienvenida a nuestra plantilla, Jimena.

Me puse de pie muy digna, pero ahí sí que hicieron de nuevo los porros de las suyas y me caí de culo. Igual era una especie de adelanto de lo que me pasaría a partir de ese momento: que iría de culo.

—Si no te encuentras muy bien, te puedes quedar un ratito ahí mientras asimilas la noticia—me

comentó ese hombre elegante y amable que, pese a todo, me acababa de asestar un buen mazazo, ¿limpiadora yo?

Por unos minutos, en los cuales me quedé allí a solas mientras él fue a por una botellita de agua para mí, pensé en renunciar. En salir corriendo de allí y volver a mi casa, donde me las dieron todas.

No obstante, pensé en que mi madre estaba con el agua al cuello y en que, si volvía con el rabo entre las piernas como suele decirse, por mucho que yo no tuviese rabo, le daría la razón a mi padre en que no servía ni para hacer puñetas.

En fin, que cuando el efecto de la hierba se me fue pasando, entendí que debía aceptar ese puesto de trabajo que no estaba hecho para mí, pero que debería estarlo. Y pensé que no sería tan complicado, que tampoco era como convertirte en astronauta de la NASA y que yo podría con eso y con mucho más.

En todo eso pensé mientras me tomaba a sorbitos cortos esa botellita de agua que me refrescó la garganta, la cual se me había quedado seca como el esparto, tras tanto sobresalto como viví aquella mañana en la que el cielo de Málaga brillaba a tope, pero en la que yo veía unos tremendos nubarrones negros, fruto de mi evidente agobio.

Capítulo 12



Un rato después pasé por administración. El sueldo era de 1200 euros para un contrato de 40 horas semanales.

—Te puedes dar con un canto en los dientes. En otros sitios pagan mucho peor, pero eso sí, aquí se da el callo—me comentó la chica que me lo explicó todo.

Mala frase había utilizado porque yo tenía el temor de que justo eso, callos, me salieran en mis finas manos. Y encima tenía otro problema, que para quedarme allí no tenía dinero para alquilar nada.

Lo hablé con mi madre, quien no se rasgó las vestiduras porque fuese a trabajar de limpiadora. Las cosas habían cambiado mucho en mi casa, ¡y tanto que habían cambiado! Me dijo que en un ratito me llamaría para dar con alguna solución y lo hizo.

—Que dice Fernanda que ella te presta el dinero del alquiler de la habitación hasta que cobres, pero que se lo devuelvas con intereses.

—¿Esa usurera me piensa cobrar intereses? Mamá…

—Que dice que te está escuchando, hija. Y que sí que te los piensa cobrar, que ella no es el Banco de España. Es lo que hay, Jimena. Ya quisiera yo poder ayudarte, pero sabes de sobra cómo están las cosas.

—Lo sé, mami, lo sé… Oye, ¿y qué es eso que has dicho del alquiler de la habitación? Yo me pillaré un apartamento y con vistas a la playa, ¿no? Menudo estrés va a suponerme el trabajito como para otra cosa. Oye, ¿qué son esas risas que estoy escuchando?

—Son las carcajadas de Fernanda, que me pregunta si tú ya les has echado un ojito a los precios de los alquileres en Málaga, ¡y en verano!

—Pues está sonando muy tétrica, mamá. Dile que se calle…

—Dice que ella se calla, pero que tú cuelgues, que te escucharemos chillar desde aquí cuando veas lo que te está diciendo. Ah, y que no te demores.

Me fui a la cafetería y me pedí un zumo fresquito mientras abría la página de una App de alquileres. Cuando vi los precios, creí que me había equivocado y que estaba mirando, por lo menos, en la Quinta Avenida de Nueva York, porque eran prohibitivos.

Me dieron ganas de chillar, en eso la agorera de Fernanda tenía toda la razón, pero no lo hice por no darle el gusto. Eso sí, debí quedarme hasta bizca, ¡qué mal!

—Oye, ¿estás buscando sitio para vivir? —me preguntó una chica que se sentó a mi lado, porque el resto de las mesas estaban pilladas y allí se compartían.

—Pues sí, pero no veas cómo está la cosa. La renta de un apartamento de alquiler es mucho más alta que mi sueldo, ¿eso cómo puede ser?

—¿Es la primera vez que vives sola? Bienvenida al mundo real. El truco está en unir fuerzas y estás de suerte, no te preocupes, yo alquilo una habitación.

—¿No me digas? ¿Está cerquita de aquí?

—Claro… A media hora en autobús.

—Jo, pues muy cerca no es que esté—resoplé.

—Chica, a ver si vas a querer caerte de la cama y aterrizar aquí. Lejos no está tampoco y es un piso muy decente.

—Vale, vale… ¿Cuánto pides por la habitación?

—300 euros, es una bicoca. Eso sí, el baño y la cocina se comparten, igual que el salón, así que también podrás disfrutar de las zonas comunes. Los gastos de suministro van aparte.

—Claro, las zonas comunes como la terraza.

—¿De qué terraza me hablas? —me preguntó y preferí no indagar más.

Quedé con la chica, que se llamaba Virginia y era celadora para ir al piso al mediodía, a la salida de su turno. Entre las dos subimos mi maletón al autobús, ante la atónita mirada del chófer, y comenzamos a alejarnos del centro de Málaga para llegar a una zona del extrarradio.

—Ahora pasamos este barrio y ya llegamos al nuestro, ¿no? —le pregunté con un cierto repelús al ver aquel.

—No, no, si ya este es el nuestro. Igual no te mola demasiado de entrada, pero enseguida comprobarás que aquí hay mucho arte.

Lo había, eso era innegable, más que nada porque nos encontramos con varios grupos de chavales que a plena luz del día hacían sus pinitos cantando y bailando, desde rumbitas flamencas hasta letras de rap de lo más complicadas. Hasta una me compusieron al pasar, con

una rima con pija con la que no me quedé, pero que fijo que iba por mí.

Me acordé de Fernanda a la hora de subir la maleta, que vaya tela si pesaba, porque allí, tal como pronosticó, no había ascensor.

"Tengo una amiga en Sevilla
Que quiere que pase a verla
Que quiere que pase a verla
Tengo una amiga en Sevilla
Que quiere que pase a verla
Hace tiempo que me escribe
Pá que me escape con ella"

Esa letra de sevillanas se me metió en la cabeza mientras que subía las escaleras con la inestimable ayuda de Virginia, que he de decir que no me dejó sola en ningún momento.

—Por Dios, ¿eso qué es?

—Chiquilla, esas son las sevillanas de moda de este año. Anda que no están pegando fuerte. Son las de Omar Montes.

—¿Las de quién?

—Oye, ¿tú de dónde has salido? A ti tenemos que reformarte Roberto y yo… Ya verás que en nada las estás bailando en la feria.

—¿Perdona? ¿Quién es Roberto? ¿Tu novio? ¿Voy a vivir con una pareja? Ay, Dios, no se puede caer más bajo…

—Que no es mi novio…

Fue decirlo y se me fue el cuerpo… Lo que se me cayó entonces, y por el hueco de la escalera, fue la maleta. Madre de mi vida, que ya íbamos por el tercero y solo nos quedaba una planta más para llegar a la nuestra… Y vuelta a empezar.

El ruido de la maleta al caer vino a ser, más o menos, como el de una bomba. Y eso mismo debió pensar una señora mayor que, totalmente a la defensiva, salió escoba en mano.

—¿El Putin no tiene bastante con Ucrania y ahora apunta a Málaga? Pues que sepa que aquí le vamos a dar más palos que a una estera.

—Doña Rocío, que no, quédese tranquila. Ha sido la maleta de mi amiga, que se le ha caído.

—¡¡Esos niños!! ¿Qué están haciendo? —le pregunté porque varios críos que correteaban por allí se acercaron a mi maleta, que se abrió del golpe.

—¡¡Este vestido para mi hermana!! —decía uno de ellos mientras salía corriendo.

—Y esta falda para mi prima—añadió el otro mientras hacía lo propio.

Yo sí que corría hacia abajo, porque como no lo hiciera me quedaría sin nada que ponerme, así que me lancé como si tuviera alas más que pies.

Vuelta a empezar de nuevo y la maleta que ya se había reventado del todo, quedando en dos partes.

—Casi que mejor, así cada una subimos una parte—me comentó ella, que parecía muy buena chica.

—Ay, Virginia… Qué día más malo estoy pasando. Y encima es que tengo todavía el efecto de los porros encima…

—Fumando porros y no invitas, eso es de ser muy mala amiga, que una caladita de vez en cuando sienta muy bien. Ya verás que en este barrio todo es solidaridad—rio ella.

—Sí, aunque también hay mangantes a punta pala, que yo lo he visto.

—Los chiquillos, en algo tienen que entretenerse. Yo es que soy muy tolerante, conmigo no tendrás ningún problema. No me tomo la vida en serio ni mucho menos. En esta casa todo es cachondeo.

—Cachondeo del bueno—escuché detrás de mí y entonces vi a un chaval que subía los escalones de tres en tres. Ese no venía de fumar porros, porque menuda agilidad la suya.

Era bastante atractivo y sobre todo contaba con una sonrisa muy pícara. Aparte era alto, más que yo, lo cual ya era bastante. Y fuerte, con el pelo castaño y los ojos color miel, una monada y muy simpático.

—Mira, ya llegó la alegría de la huerta. Este es Roberto, el fortachón que va a terminar de subir la maleta.

—¿Esa maleta venía en un huevo Kinder? Lo digo porque hay que montarla por partes, aunque por su tamaño ya veo que no. ¿Eres la nueva compi de piso? Ya me dijo Virginia que una incauta había picado—me guiñó el ojo.

—Menos cháchara y cógela, que no podemos más—le pidió ella.

—Sí, por favor—le pedí mientras él cogía las dos mitades a la vez sin que pareciera costarle el más mínimo esfuerzo.

—Menos mal que has aparecido, porque ya íbamos con la lengua fuera, niño—le comentó ella.

—Oye, ¿tú qué llevas en esta maleta? ¿Ropa para todo el barrio? —me preguntó él.

—Más o menos, porque ya algo ha repartido—le respondió ella con cachondeo.

—Pues yo siento que me faltará de todo.

—Sí, a Jimena le falta hasta el aire. No está acostumbrada a subir tantas escaleras cargada, me parece a mí. Ya verás cuando le toque subir la bombona.

—¿Bombona? ¿Es una broma? ¿Eso existe todavía?

—Mira esta, Roberto, dice que si existe… Pues claro, con el típico bombonero y todo, el mismo que se niega a subir al cuarto por las escaleras. Hay que bajar y ya una se las apaña para subirla…

—No puede ser… Bueno, lo mío aquí igual es temporal. Lo mismo pronto me sale algo cerca de la playita, que es lo que yo quiero.

—Claro, si yo estoy igual, sé que esto es provisional—me comentó ella.

—¿Tú también te vendrás a vivir al paseo marítimo?

—Pues claro, en cuanto me toque la Bonoloto. No hay ni una semana que deje de echarla, por eso…

Llegamos al portón de la casa y entonces ella hizo el intento de abrirlo. Y digo el intento porque era cuestión de echarle paciencia.

—Es que el bombín no va muy bien, pero es cuestión de maña, más que de fuerza. Mira lo que tienes que hacer para abrir—comenzó a darme tantas instrucciones que me mareé—. ¿Lo ves? Y al final tiras del pomo fuerte y… Hazlo tú—me invitó—. Y lo hice, con tan mala pata que la puerta se terminó de abrir de golpe y salí disparada contra el suelo de la entrada de la casa…

—Me he partido la barbilla, aquí hay sangre, lo noto—les decía mientras Roberto corrió a recogerme.

—Chica, no seas alarmista, que no es sangre…

—¿Y entonces qué es? Porque esto es muy líquido y huele, ¿a qué rayos huele esto? —le pregunté y los dos se echaron a reír.

—Ya se ha meado otra vez Gusiluz de alegría al escucharnos—dijo ella.

—¿Orinado? ¿Y quién es Gusiluz?

—Mi chihuahua, mujer, ¿no te dije que tenía una mascota? Pues la tengo. Espera que lo busco, que entre lo menudo que es el jodido y que sabe que la ha cagado con eso de hacerse pipí, ese se ha escondido.

—No, menos mal que cagarla no la ha cagado… Yo me muero, ¡necesito una ducha!

—Claro, ahora te doy toallas, ¿dónde está la cosita más bonita y más chiquitita de mamá? —le preguntaba ella al bichillo. El condenado sabía de sobra que la había liado y bien, así que no aparecía.

Me metí en el cuarto de baño y no podía creer lo que veían mis ojos, ¿cómo podía ser tan pequeño? Si es que había que entrar de canto…

No exagero, contaba con el sitio justo para poder cerrar la puerta sin que diera con el diminuto lavabo, enfrente del cual se situaba la minúscula placa de ducha y, a su lado, el wáter, del cual enseguida vi que contaba con la cisterna atascada, razón por la que habían colocado un cubo al lado… Eso no podía estar pasando.

Lo primero que hice fue frotarme la barbilla bien de jabón, que a punto estuve de despellejármela, y a continuación me quité la ropa y me metí en la ducha.

—¡No va el agua caliente! —grité a esos dos para que hicieran algo. Vale que era verano, pero al menos que saliera tibia, que fría del todo yo no la soportaba.

—Sí que va, cariño… Un poquito de paciencia, ya verás que sí—me comentó ella. Es que no se regula bien. Cuando te quieres dar cuenta, de repente, sale un chorro ardiendo, hay que tener cuidado porque puedes mudar la piel.

—Anda, pues qué bien—le comenté porque para hablarme de ello había entrado en el baño.

No había mampara de ducha y tan solo una cortina de plástico me separaba de mi compi, algo que enseguida traería consecuencias también.

—Madre mía, qué barbaridad. Ten cuidado, niña, que esto parecen las Cataratas del Niágara. Voy a por las botas de agua para recogerlo.

—Ya llega el agua hasta el salón—le escuché decir a Roberto.

—Ay, Dios, lo siento. Dejadlo, que ya salgo y lo recojo yo, con eso hago las prácticas.

No quería que mis compañeros de piso me tomaran por alguien más inútil que la “g” de gnomo, de manera que terminé a la carrera y salí, poniéndome un conjuntito de algodón para estar en casa.

A continuación, corrí hacia la cocina y busqué el cubo de la fregona.

—Está en el mueble escobero—me comentó Roberto mientras comenzaba a sacar algo de comida que preparar del frigo.

—¿Dónde has dicho?

—En el mueble escobero, ¿no sabes lo que es? Ese alto en el que se guardan todos los bártulos de limpieza.

—Ah, claro… Sí, sí que lo sé. Más despistada yo.

Cogí el cubo y la fregona. Enseguida tomé un bote que había allí y casi lo tumbo en el agua que eché.

—Quieta, quieta, que eso es cera—me advirtió.

—¿Cera? No sé, yo he visto aquí este bote y he pensado…

—No, mujer, el friegasuelos es este… Si llegas a echar la cera habrías convertido el piso en una pista de patinaje, pero sin patines y sin nada.

—Y este sabe de lo que habla, que él patina genial—me contó Virginia—. Deja, Roberto, que hoy me ocupo yo de la cocina, me toca a mí. Voy a preparar un salmorejo que os chuparéis los dedos.

—¿Cómo es eso de que te toca?

—Es que, chica, como la cocina es tan pequeña, pasamos de meternos todos a la vez porque parece que estemos perreando bien pegaditos. Así que cada día cocina uno para los demás. También lo hacíamos igual con Adela, la chica que se ha marchado, dejando tu habitación libre.

—Yo es que de cocina ando regular, pero vaya, que seguro que aprendo enseguida. Si soy muy apañada—apreté los dientes.

Todo el tiempo que pasé estudiando en Madrid viví en una residencia universitaria con Gala en la que nos hacían hasta la cama, con eso os lo digo todo. Y no había frito un huevo en mi vida, que allí comíamos poco menos que a la carta. Es más, no sabía ni cómo partir un huevo, aunque con lo patosa que era, capaz que partía un cartón entero en cualquier momento. En fin…

—Yo te ayudo a recoger el agua antes de que llegue hasta la puerta—se ofreció Roberto.

—No, hombre, no. Si no hace falta, con eso voy haciendo las prácticas, que mañana comienzo a trabajar de limpiadora.

—Vale, y luego te enseñamos tu habitación, que ni la has visto todavía.

El piso no podía ser más modesto, no solo en sí, sino también en la decoración y demás, que era cualquier cosa menos coqueta. En él destacaban muebles antiguos con algún otro de Ikea, más nuevo, no pegando ni con cola los unos con los otros. Era lo que había…

Me fui a la puerta del baño y mis zapatillas de felpa se empaparon al encharcarse. Si no me haría falta al final ni recoger, toda el agua se lo llevarían ellas.

Roberto me miraba y yo esperé durante unos segundos a que se marchase para comenzar a recoger, algo que no sucedió. Por ese motivo, tuve que ponerme manos a la obra sin pensarlo demasiado y a él sus bonitos ojos color miel le dieron vueltas en la cara.

—Oye, ¿tú has hecho esto alguna vez?

—Sí, sí—disimulé.

—Madre mía, pero si Freddy Mercury pasaba con mucho más ahínco la aspiradora en su vídeo y eso que iba por libre…

—Ya, ya, porque ese hombre tenía mucho garbo para todo, a mí se me resiste la bandida…

—Es que verás… Tienes que recoger, luego exprimir y vuelta a empezar… Si no exprimes, sale igual y cada vez hay más agua. Mira, lo hago yo.

Las mejillas me entraron en erupción porque no podía disimular más. No tenía ni bendita idea de cómo funcionaba una fregona. Y unos mínimos debía yo cumplir para presentarme en mi puesto al día siguiente.

—Creo que ya me he quedado con el cante—le comenté viéndolo hacerlo.

—Mujer, si es más sencillo que el mecanismo de un botijo. Venga, dale…

Sí que lo era, pero aun así se me resistía. Ay, Dios mío… Qué mal lo estaba pasando y él que no dejaba de mirarme.

—Oye, ¿a ti te importaría poner el aire acondicionado? Es que acabo de salir de la ducha y ya estoy sudando a chorros.

—De eso no hay, pero tenemos un buen ventilador. Espera, que lo traigo…

—No, no te tomes tantas molestias—le pedí yo, viendo que del sudor los pelos se me habían pegado a la cara y mi aspecto pedía a gritos otra ducha.

Enseguida lo trajo y lo enchufó. Era muy simpático, porque si lo ponía en el suelo no me llegaba el aire, de modo que él se quedó en pie con el ventilador enfocando hacia mí en todo momento. Y yo que no terminaba de recoger la dichosa agua ni para Dios… Si hasta llegué a pensar que tuviese la culpa del problema de la sequía. Qué horror…

Capítulo 13



Gusiluz era una monada, eso es verdad, pero no paraba ni un momento de dar saltitos y hacer trastadas.

—No le des nada de comer porque luego se va por la patilla—me comentó Virginia.

—No entiendo, ¿a dónde se va? Si es muy pequeño para irse solo a ninguna parte.

—Y eso que es un trotamundos. Mujer, que digo que se va por la patilla, que se caga más que un pollo en un canasto—me comentó ella muerta de la risa.

No estaba acostumbrada a ese tipo de expresiones, que no era las que utilizaba con Gala ni con el resto de mis amistades. Aquellos chicos eran muy distintos, pero te lo daban todo y simpáticos para qué contar… Con ellos me reiría bastante, y más me valía, pues lo llevaba crudo en mi nueva vida.

Tras el almuerzo, que estaba bien rico porque el salmorejo le salió de vicio a Virginia, me instalé en mi dormitorio, el cual tenía todavía algunos agujeros a la vista en las paredes, que me quedé mirando.

—Eso no es nada, Adela se llevó algunos cuadros y no los recogió, pero con un poquillo de masilla te los recojo yo, si quieres—me comentó Roberto, que era encantador—. Y hasta podemos pintar la habitación si quieres, que ya quedarían más monas las paredes. Lo importante es que estés a gusto aquí—me sugirió.

—A mí es que me vas a tener que perdonar, pero muy a gusto no podré estar aquí, las cosas como son. Bastante me supone ya tener que quedarme—le contesté mirando a mi alrededor—. ¿Qué tipos de muebles son estos? Yo es que no los conozco—le pregunté.

—Es un estilo que se llevaba hace mogollón de años, provenzal creo que se llama. Si no te gustan, con el tiempo podrías cambiarlos. En Ikea valen dos duros. Con tal de que los dejaras aquí el día que te fueras… Al dueño le daría igual. Es más, estaría encantado, ¿no ves que serían más nuevos?

—Es que para comprar muebles estoy yo—suspiré.

—Si hay una tarjeta con la que los financias hasta a pocos euros al mes. Ni te enteras…

—¿Pocos euros? ¿Es broma? ¿Quién financia los muebles a una miseria?

—Pues mucha gente y con la que está cayendo… Tú también podrías hacerlo y hasta darle una manita de pintura al dormitorio, te lo repito.

—¿¿Yo?? Si yo no soy pintora. Yo voy para médica, lo que pasa es que se me ha colado una china en el zapato. Bueno, en realidad se me ha colado una modelo, que se ha liado con mi padre. Es una larga historia…

—Da igual, convierte tus problemas en retos, no en obstáculos. Yo pienso así. Y que sepas que para pintar unas paredes no hay que ser pintor, igual que no hay que ser sastre para coser un botón.

—No, no… Si una prenda pierde un botón, se dona a quien le haga falta y se compra otra nueva, clara.

—Yo me refería más bien a coser el botón, pero tú misma—rio.

—Ay, vale, es que a veces pierdo el hilo de las conversaciones. Estoy un poco emporrada todavía.

—Y que seas muy pija también influye, pero ese es un mal que se va curando con el tiempo—me comentó Virginia quien pasó por la puerta de mi dormitorio comiéndose a besos a su Gusiluz. Ella sabía toda mi historia porque se la conté en el trayecto del autobús a casa. Y sí, quisiera yo o no quisiera, esa era mi casa.

—No, esa es una condición que va con la persona y es para toda la vida, como el grupo sanguíneo—alegué—. Oye, ¿por qué le pusiste ese nombre a tu perrito?

—Ya lo verás esta noche, te vas a reír poco—me contestó él. En eso tenía razón, porque a pesar de que no tenía ganas ni de mirarme, con ellos me comenzaba a reír.

A media tarde le hice una videollamada a mi madre para enseñarle el piso. Y cómo no, Fernanda se asomó por detrás con toda su guasa, esa que la caracterizaba.

—Mami, es bastante deprimente, pero es lo que hay—le decía yo por lo bajini para que los otros dos no se enterasen. No quería ofenderles porque se estaban portando de lujo conmigo.

—No está tan mal, cariño.

—Es que la niña se quería meter a vivir en el Taj Mahal, señora, lo que sucedió es que está en la India y no en Málaga, de manera que tuvo que conformarse.

—Mamá, dile que se calle. Que no se meta en esto…

—Señora, recuérdele que depende de que yo le envíe el Bizum para pagar la habitación. Y que si me toca las narices, dormirá en una caseta de campaña, que en Wallapop las hay muy baratitas.

—Mira que os gusta deciros cosas, aunque más os queréis—advertía mi madre.

Yo no sé de dónde había sacado ella esa idea, porque Fernanda aprovechó el tsunami que pasó por mi casa para coger la sartén por el mango y estaba insoportable. Y encima yo dependía de ella, así que tuve que cerrar el pico.

A la hora de la cena, Virginia llamó a mi puerta.

—Que dice Roberto que de qué te gusta a ti la pizza, que vamos a pedir.

—No, gracias. Yo me tomaré una sopita de sobre que compré antes. Es que estoy a dieta—disimulé.

—¿A dieta? Si tú no tienes barriga, yo no sé dónde llevas las tripas. Tú lo que no tienes es pasta, pero dice que él invita.

Sí que había solidaridad en esa casa, lo mismo que ella me comentó del barrio entero.

—Pues dile que de ahumados, por favor, y que muchas gracias.

—Sal y díselo tú, mujer, que no muerde. Y es una pena, porque está macizo—me guiñó el ojo.

—Tienes razón…

—Hombre, claro que la tengo. Y ojos en la cara también para verlo, niña.

—No, si digo en eso de que debo salir, es que me da corte.

—¿Lo de estar canina y sin un euro? Hoy por ti y mañana por nosotros. Ya nos invitarás cuando puedas.

—Eso es verdad, he estado echando cuentas y más o menos me las podré apañar. Espera, que en un ratito salgo.

—Y en lo otro también tengo razón, en que Roberto está macizo, que no se te olvide.

—Ya, ya. A mí me tiene sin cuidado, ataca tú.

—No, nosotros somos muy buenos amigos, pero no hay chispa…

—Vale, vale—le dije cerrándole la puerta y volviendo a videollamar a mi madre, porque una cosa se me olvidó hablar con ella.

Descolgó y enseguida me echó una sonrisita. Y me refiero a una diabólica, porque era Fernanda.

—Me echas de menos, ¿eh, bonita? —me preguntó con retintín.

—Oye, que yo he llamado a mi madre. Eso que estás haciendo es un delito.

—¿Descolgar una llamada? Pues sí que me tienes ganas, di algo más y te quedas sin Bizum y sin piso.

Me dieron ganas de responderle que ella también se quedaría sin algo… Sin pelos concretamente, pero me mordí la lengua.

—Vale, vale. Llama a mi madre, por favor.

—Señora, la inútil de su niña, que seguro que no sabe ni calentarse la cena—le dijo mientras dejaba en móvil encima de la mesa.

Yo estaba roja de la rabia cuando llegó. Me fastidiaba mucho porque mi madre, de pronto, no le paraba los pies a Fernanda para nada. Como siguiera así, en cualquier momento se convertía en la dueña de nuestra casa y a mi madre le ponía el uniforme de sirvienta.

—¿Tú la has escuchado, mami?

—Sí, es que es más bromista, ¿qué te pasa hija?

—Sí, súper bromista es. Mira, me pasa que estaba yo pensando que si me podrás transferir a partir del mes que viene los 200 euros de mi pensión alimenticia, la que me paga papá. Porque yo ya no te haré gasto y así, entre lo que gane y eso que le sume, igual hasta llego a fin de mes. Jodida, muy jodida y sin un capricho, pero igual hasta llego.

—La llevas clara, Jimena, hija.

—Mami, ¿por qué? Yo voy a hacer todo lo posible por salir adelante, pero me tenéis que echar un cable, que sola no puedo—refunfuñé.

—Es que tu padre no te va a pasar más la pensión, cariño.

—¿Qué estás diciendo, mami? Él no puede hacer algo así, el juez admitió esa pensión y…

—En las medidas provisionales, según me ha explicado él hace un rato, que me llamó para decirme que sabía por Alberto que tenías trabajo y que eso lo cambia todo, que cara al convenio definitivo ya no hay pensión que valga. Que ya puedes valerte por ti solita.

—Maldita rata sarnosa. Eso es cosa de Olivia, mami, que va a sumar los 200 euros para sus tratamientos de belleza todos los meses. No se lo gastase en aspirinas…

—Hija, no tengas pensamientos negativos para nadie, que hacen efecto boomerang y luego te caen encima.

—Oye, lo dices como ti tú no hubieses despotricado. Todavía no sé en cuántos idiomas lo has hecho. A la niña del exorcista la has dejado como a una principiante, mami.

—Pero eso era antes, Jimena. Ahora he comenzado con el yoga y la meditación y no te imaginas la paz que siento.

—La misma que me estás quitando a mí, ¿ya no estás enfadada con papá?

—Es que me he dado cuenta de que ese tipo de actitudes no llevan a nada bueno, hija. Hay que dejar que las malas energías se vayan y entren las buenas.

—Yo de energías no sé mucho, mamá, pero de mala leche… Esa no sabes cómo me está entrando.

—Libérate, Jimena, libérate de todo lo malo—me decía ella.

—Mamá, ¿tú también has fumado porros?

—Yo no, hija, ¿y tú?

—Ella igual no… Pero el chico que se la llevó en Blablacar tenía una pinta de porreta que no podía con ella—afirmo Fernanda, que esa mujer no solo estaba en todo, sino que las veía venir. A esa no la cogía el toro, no…

Yo también salí como un toro de mi dormitorio, echando arena para atrás del enfado que sentía hacia mi padre.

Roberto y Virginia me miraron y entonces vi una especie de haz de luz corriendo por todo el salón que me sacó la sonrisa.

—Por eso lo llama Gusiluz—me comentó él.

—Es que desde cachorrito le puse ese collar fluorescente que por la noche hace que se parezca a uno de esos muñecos. Como es tan retaco y se esconde a cada momento, así lo tengo controlado.

—Eres tremenda, Virginia… por favor, si parece un loquillo galáctico.

—Eso mismo pienso yo, además, porque es un crack y del Real Madrid—me comentó ella.

—¿Cómo va a ser ese bichito del Real Madrid? —le pregunté riéndome.

—Claro que lo es, ¿tú de qué equipo eres? —me preguntó ella.

—Yo de ninguno, a mí no me gusta el fútbol.

—¿Cómo no te va a gustar el fútbol, malaje? ¿Qué deporte practicabas tú de pequeña? Yo salía a la calle a dar balonazos con mis amigas, ¿tú no?

—Yo no he tocado un balón en mi vida. En mi caso, practicaba la hípica con Gala.

—¿Gala era tu yegua? Lo digo porque aquí abajo hay una peluquería que se llama "La gata Gala", igual tú se lo pusiste.

—¡¡No!! Gala es mi amiga…

—Ah, pues con ese nombre tiene que ser una pija de mucho cuidado.

—¿Y tú qué esperabas si es amiga de ella? —le preguntó Roberto cogiendo el mando de la tele —. Pero tú tranquila, que todo se arregla, Jimena. De aquí a nada, hasta te haces fan de un equipo de fútbol.

—No, no, me niego—le aclaré.

Un poco después llegaron las pizzas y, por primera vez en mi vida, me tomé la mía viendo un partido de fútbol. Y no era ya eso, sino que cada vez que marcaba el Málaga, el bloque entero se movía de los gritos de la gente. Yo a eso no estaba acostumbrada y sentía un agobio tremendo. Suerte que mis amigos me hacían reírme e integrarme, pero qué trabajito me iba a costar hacerme a vivir en un barrio como aquel.

Capítulo 14



El día amaneció demasiado temprano. O lo hizo a la misma hora de todos los días, con la diferencia de que yo debía levantarme a la hora que el reloj marcaba, que eran las seis de la mañana.

Mi trabajo, igual que el de mis compañeros, comenzaba a las siete y teníamos que desayunar, coger el autobús… Y entrar por turnos en el baño, que eso sí que era fuerte.

Aquello parecía un verdadero zafarrancho de combate y de buena mañana. Y encima la cisterna seguía sin ir, de manera que había que echar el dichoso cubito de agua, como si hubiéramos retrocedido dos siglos.

Recordaba mi baño propio en mi casa y pensaba que era como cinco veces aquél y eso tirando por la parte más corta. En fin…

—¿No te vas a recoger el pelo, Jimena? —me preguntó Virginia. Ella ya lo llevaba en una bonita trenza que no sé en qué momento ni dónde se hizo, porque el ajetreo era monumental—. Por comodidad, cariño. El turno se hace muy largo, el pelo molesta…

—No, no. Yo es que mi melena casi nunca me la recojo, vaya. Además, que anoche me entretuve un buen rato alisándomela. Mira, ¿no me digas que no parezco una japonesa pero en rubia?

—Sí, sí, valías para un anuncio de champú. Pero eso ahora, ya veremos cómo vuelves, ¿no quieres que te lo recoja? Se me da bien.

—No, no gracias. Yo podré renunciar a muchas cosas, pero no a mi esencia.

—Vale, como tú digas. Yo solo te lo recomendaba por tu bien.

—Y yo te lo agradezco mucho, de verdad, pero no.

Nos subimos en el autobús y me impresionó ver que iba hasta la bandera, no se cabía en él.

—Y yo que pensaba en echarme un sueñecito de camino al hospital—le comenté bostezando.

—Un sueño será que puedas sentarte alguna vez de camino a él. Esta es hora punta, mucha gente entra a trabajar a esta hora.

—Yo a esta hora es que no sabía ni que se pudiese trabajar—suspiré.

—Pues ahora te vas a enterar.

Y sí, tenía razón. Llegué con la ilusión de tomarme otro cafecito antes de comenzar a trabajar. Poco sabía que Sonia era una especie de tirana, ¡y la encargada de la limpieza!

Algo me había prevenido Virginia, aunque creo que mi compañera de piso se quedó corta para no asustarme.

—Tú, la pija—me señaló en cuanto me vio en el cuarto en el que me indicaron que se repartía el trabajo.

—¿Yo? —me volví entendiendo que eso debía ir por mí, porque entre mis compañeras no veía a nadie más a la que se le pudiera llamar así.

—¿Ves por aquí a alguna otra pija? ¿Y qué haces con el pelo suelto? ¿Te crees que nos vamos a la feria? ¿Qué te pasa a ti por la cabeza?

—Pues la verdad es que se me pasa la idea de irme, pero se da la circunstancia de que necesito el trabajo y no puedo—le comenté tal como me salió.

—Vaya, pobrecita, ¿la habéis escuchado? Que necesita el trabajo dice. No como las demás, que venimos aquí por gusto.

—¿Alguien limpia por gusto? Pues yo por gusto me voy a un SPA, pero cada una tiene sus preferencias. Ah, vale, que es broma, no lo había pillado—le comenté cuando vi las risillas de las demás.

—Yo no sé si eres idiota o si te haces la graciosa. Pero seas lo que seas, aquí se te van a quitar las ganas. Toma la planilla y comprueba cuál es tu faena. Y espero que no se te caigan los anillos por hacerla bien, que no me fío ni un pelo.

—¿Qué anillos? Si no llevo… Ah, vale, que tampoco es literal. Yo es que a estas horas ando todavía un poco dormida.

—Pues yo muy pronto te despierto, ¡¡a gritos!! —me chilló al lado del oído.

—Eso de gritarle a una persona tan cerca no es bueno. El tímpano se podría ver afectado y… En serio, no me mires así, que yo voy para médica. Me ha faltado una chispita, pero que ya se andará.

—Eso lo explica todo. Así que aquí la pija va para médica, pero de momento ha cambiado el estetoscopio por el mocho, qué mona ella…

—No ha sido una elección personal, también te digo. Y no me pienso poner medallas por eso. Ha sido mi padre, que no me quiere seguir pagando los estudios y…

—¿Y tú te crees que aquí te van a pagar porque nos sueltes tus problemas de niña pija? Ya mismo te quiero ver corriendo por los pasillos.

—¿En qué quedamos? ¿Corro o limpio? Porque al final me vas a confundir.

—No, la que no debe confundirse eres tú, ¿te estás riendo de mí?

—No, no, que yo a estas horas ganas de reírme no tengo ningunas. Y menos después de mirar la planilla, Sonia, ¿tú crees que a mí me dará tiempo de limpiar tanto en esta semana? No sé yo, ¿eh?

—¿En esta semana? ¡¡Ese es el trabajo de hoy!! —me chilló.

Era como un militar de esos antiguos que todo lo lograba a gritos. A mí me estaba amedrentando y encima es que ya no sabía qué era realidad y qué no.

—¿No se trata de una broma? Mira que estás viendo que no las cazo al vuelo. Mi esencia de pija me lo impide.

—¿Tú me ves a mí cara de estar bromeando? Coge el mocho y sal volando.

—Ay, pero eso de volar, ¿no se hacía en escoba? ¿Lo ves? Me estás liando…

Capítulo 15



El carrito de la limpieza me resultaba de lo más aparatoso. Había que ir tirando de él y encima, a esas horas, ya comenzaban a estar muy concurridos los pasillos de las plantas, con los médicos yendo y viniendo, y todo el resto del personal también.

Me las estaban dando todas juntas y en el mismo lado. Qué mal me sentía. Siempre pensé que la primera vez que pisase un hospital para hacer turnos sería ya como médica. Y el percal, pese a ello, había cambiado y bastante.

Maldije mi suerte en el momento en el que el carrito se me frenó en seco, porque las ruedas no le iban demasiado bien, y entonces me di con él en toda la espinilla. Hasta ese día pensaba que lo peor que te podía pasar, así en plan golpes tontos, es cuando te das con el dedo meñique, que llevas por fuera de la chancla, con cualquier cosa y ves las estrellas. Pues bien, como lo normal es que en esta vida no te acuestes cada día sin saber una cosita más, ese aprendí que un buen leñazo en la espinilla no es que sepa a gloria precisamente.

Me paré y me llevé la mano hacia ella y, cuando quise darme cuenta, ya estaba allí Sonia, quien debía tener una especie de cámara de vigilancia en los ojos que pudiera inspeccionar a la vez todas las plantas. Ya me lo había advertido Lucía, una compi muy simpática que también debía limpiar mi planta conmigo, aunque ella había comenzado por la otra parte del pasillo.

—Tú, pija, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí parada? Espero que no estés mirando el móvil ni nada de eso porque te prometo que, como te vea perdiendo el tiempo, te pongo de patitas en la calle—me comentó con esa suavidad que caracterizaba su bonito carácter.

—Nada de eso, Sonia, si lo he puesto en modo de avión para que nadie me moleste. Yo no sabía que existía esa crueldad de que el móvil no se pueda consultar en horas de trabajo, pero como no quiero problemas…

—Ay, pobrecita. ¿He sido demasiado dura? Si quieres, te dejo un ratito para que chatees.

—Anda, ¿ves que no eres tan siesa como dicen? ¿Puedo escoger yo el ratito? A partir de las diez hay más gente conectada de la que yo conozco.

—Claro que sí, pija, porque a esa hora comenzarán a levantarse tus amigos. Mira, no te cojo el

móvil y te lo meto en el cubo de la fregona porque me has pillado de buenas, que si no…

¿Y esa era su cara de estar de buenas? Pues no me quería yo imaginar…

—No, mujer, y porque es un Iphone último modelo. Perdona que no haya captado tu ironía. Ya lo dejo yo guardado.

—Más te vale o no tendrás que incluir este puesto en tu currículum de pija, ¿me oyes? Porque te prometo que haré que te despidan hoy mismo, ¡¡hoy mismo!!

Qué carácter más avinagrado tenía la jodida, quien me dio otra serie de gritos que alertaron a Lucía, mi compi, la cual no tardó en acudir con el mocho en la mano.

—Tú ni caso. Haz tu trabajo bien y pasa de la bruja esa—me comentó al ver que se marchaba.

—Ganas me dan de ir a hablar con Claudio, te lo prometo. El caso es que no quiero gresca ni señalarme como pija.

—Lo de no señalarte como pija ya lo tienes más complicado—rio—. Pero bueno, bonita, que tú anímate. ¿Y te refieres a Don Claudio de Senillosa? ¿El dueño de esta clínica? No puedo creerme que le conozcas.

—Ah, sí, por eso estoy trabajando aquí, ¿de qué si no? Si yo no sé si la mopa se coge por arriba o por abajo. Para mí es un misterio total y el itinerario ese que nos han dado para ir limpiando, un laberinto. Yo es que aquí, por razones que no vienen al caso, llegué emporrada. Pero para mí que los efectos no se me pasan.

—Eres muy graciosa, dices unas cosas… Muy de pija, no te lo voy a negar, pero que me caes muy bien. No eres tonta ni miras a nadie como si fueras más.

—Es que anda que estoy yo en situación de dármelas de nada—resoplé.

—Y tampoco lo harías. Eres buena niña, muy pija, pero buena niña. Yo te voy a ayudar, tú no te preocupes. Y respecto a lo que has dicho... Don Claudio solo pasa por aquí muy de vez en cuando, él vive en Sevilla.

—Ya, como yo—suspiré.

—¿Y has venido hasta aquí solo para coger este trabajo? Eso es mérito, chiquilla.

—Eso es necesidad, la cual yo no conocía hasta ahora—le aclaré—. Mira, ¿tú me podrías explicar un poquillo para qué sirve todo lo que llevamos en el carrito? Es que me temo que no tengo ni la más mínima idea y que puedo liar una que la planta termine como una fiesta de la espuma.

—Ay, madre, igual me conviene, con lo que me gusta a mí una de esas y nunca he visto ninguna más que en la tele.

—¿No has ido a una fiesta de la espuma? En Ibiza las hay por todas partes.

—Mira mis manos, cariño, ¿tienen pinta de haber estado alguna vez en Ibiza? —me enseñó sus palmas y le habían salido callos en los callos.

—Ay, pobre, ¿qué te ha pasado ahí?

—Muchas horas de fregona, Jimena. Yo por las tardes, después de la panzada de currar aquí, limpio también oficinas, ¿sabes?

—Chica, pues qué quieres que te diga… Mira que a mí me gusta darme mis caprichos, pero a costa de trabajar como si fuera una esclava no, ¿a ti eso te merece la pena?

—¿Caprichos? ¿Tú sabes cuándo fue la última vez que yo me di uno? Si tengo dos trabajos es porque he de mantener a mis mellizos, Javi y Dani, que tienen tres añitos.

—¿Tienes dos hijos? Pero si tú debes tener mi edad más o menos.

—22 tengo…

—Anda, pues bastante más joven todavía, perdona por no haber calculado bien.

—No, cielo, es que la más joven de las dos pareces tú. Yo llevo una vida muy dura y eso pasa factura.

—Ay, pobre, que me están entrando ganas de llorar.

—Y no me extraña… Todavía no hemos empezado y mira todo lo que tenemos que limpiar. Debes ponerte las pilas, Jimena. Yo te voy a ayudar, pero no puedo hacerlo todo sola.

—No, no, claro… Tú cuéntame cómo funciona todo esto, que yo te grabo a modo de tutorial…

Capítulo 16



A media mañana estaba que me iba a dar un síncope. Todo lo que ya no maldecía mi madre, a quien el yoga y la meditación le vino de lujo, lo estaba maldiciendo yo.

—Será posible, casi se cae mi madre al levantarse de la cama, ¡¡menudo charco!! —se quejó un hombre con muy malas pulgas cuando yo iba hacia fuera de la habitación.

Hacía todo lo que podía, lo prometo… Pero el ritmo era muy fuerte y yo no quería que Lucía, en el otro lado de la planta, se lo terminase por cargar todo cuando terminase con lo suyo.

—Perdone, que ha sido un despiste. Ahora mismo lo recojo…

—Más te vale o llamaré a dirección. Si mi madre se llega a caer te la cargas. Es que hay gente que no sirve ni para limpiar, manda cojones—blasfemó el tío.

Esa mañana no solo iba a aprender el manejo de los bártulos de limpieza, sino lo idiotas que pueden ser muchos que menosprecian una profesión tan dura y tan digna como aquella.

—Debería ver todo lo que tenemos que hacer nosotras, igual no pensaba lo mismo cuando…

—Pues tanto no tendrás que hacer cuando estás aquí replicando, ¡¡recoge ya y lárgate!!

Lo hice y con lágrimas en los ojos. De buena gana, me habría quedado para explicarle que él sí que era un patán que no servía ni para estar escondido, puesto que alguien que trata así de mal a los demás es un auténtico imbécil, pero supe que si el altercado llegaba a oídos de Sonia peligraría mi puesto de trabajo y eso no podía permitírmelo. Todo menos que mi padre pensara que la responsabilidad me vino grande.

Muy nerviosa comencé a recoger, con tan mala suerte de que como el tío no paraba de relatar, comencé a temblar y el cubo del agua se me terminó derramando… Aquello parecía el desbordamiento de un río y entonces no dudó en dar gritos a pleno pulmón.

—¡Hay que ser inútil! ¡Pero inútil de verdad! —chillaba.

Las lágrimas se asomaron a mis ojos porque yo no podía más. De veras que lo estaba haciendo

todo lo mejor que podía y no había manera. Pese a eso era de locura lo mal que se me estaba dando.

En ese momento tan embarazoso, porque lo fue a tope, vi avanzar por el pasillo a Roberto y para mí fue como si se tratase de Dios, porque con su sonrisa me tranquilizó.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —le preguntó con mucha decisión.

—¿Y tú quién mierda eres para presentarte aquí con esos humos? —le preguntó el otro.

—Humos los tuyos, ¿o es que no te das cuenta de que le estás chillando lo más grande a esta chica solo por cometer un error? ¿Tú no los cometes?

Menudo carácter el suyo. Me gustó mucho porque Roberto era celador como Virginia y por tanto también tenía mucho que perder ante la denuncia del familiar de una paciente, algo que no pareció asustarle en lo más mínimo.

—Me vas a decir ahora mismo cuál es tu nombre porque pienso ir a poner una queja.

—Aquí lo tienes en la chapa, puedes ir donde te venga en gana. Pero me haces el favor y no vuelvas a tratar a nadie de esta clínica así, ¿me oyes?

—Tú no sabes con quién estás hablando, niñato, no tienes ni idea—le respondió el tipo mientras yo trataba de que mi compañero de piso se callase.

—Roberto ya, si da igual… El error ha sido mío.

—¿Lo ves? Hasta ella lo reconoce, que es muy inútil. A ver si dejas de meter las narices donde no te llaman, que esto no te incumbe.

—No le digas inútil a la muchacha, Bernardo, que la tienes asustada y solo está haciendo su trabajo—le pidió su anciana madre que era a quien supuestamente estaba “cuidando”. Y lo digo así porque el tipo parecía mucho más interesado en achararme que en otra cosa.

—¡Tú te callas, mamá! —se revolvió hacia ella como un bicho.

—No se te ocurra volver a hablarle así a tu madre o serás tú quien tengas problemas—le comentó Roberto y me quedé fría, porque lo dijo sin vacilar.

—¿Perdona? ¿Tú qué estás diciendo, gilipollas? ¿Que yo no cuido bien a mi madre?

—Te estoy diciendo que no se te ocurra volver a hablarle así si no quieres problemas.

Por si era poca toda la que se estaba armando, el tipo levantó el puño con la clara intención de darle a Roberto un puñetazo. Tenía una pinta de borrico impresionante y yo me eché a morir, aunque él no se vino abajo en ningún momento y, dando dos pasos hacia el otro, le plantó cara.

—No te voy a dar por lo que no te voy a dar—le dijo.

—Ayuda a tu madre a ir al baño, que es lo que tienes que hacer.

—No, si todavía te doy. Te la estás buscando…

—Señora, deje, que ya la ayudo yo—le comentó con mucha humanidad.

—Sí, muchacho, por favor, que ya no puedo más…

—Deja, que ya lo hago yo—se metió el otro por medio viendo que le acababa de dar una buena lección.

Capítulo 17



Al día siguiente llegué a trabajar con agujetas en las agujetas. Era duro, aunque más duro se me hacía enfrentarme a Sonia y a lo que pensaba de mí.

—Hoy vais a dejar todas las cristaleras como la patena—nos indicó—. Luego iré yo a inspeccionarlas, y a la que vea una sola mota de polvo…

Yo cristales tampoco había limpiado en mi vida y se trataba de un nuevo reto. Al final del día anterior, ya le fui cogiendo el truco a la fregona, pero en lo tocante a los cristales… Ahí tendría que emplearme a fondo.

Un rato después de comenzar, ya estaba yo desesperada.

—Tranquila, ¿cómo vas? —me preguntó Lucía, quien esa mañana apareció con unas ojeras tremendas.

—Fatal, mira… Si es que trato de secar y se me queda todo muy mal, borroso, peor que cuando empecé… Y estas pelusas, ¿de dónde salen?

—Es que no puedes hacerlo con esas bayetas, sino con estas otras de microfibra. Tú mira cómo lo hago yo y te será mucho más fácil.

La pobre trataba de darse toda la prisa, pero se le notaba que estaba que se caía de sueño.

—Vale, ya lo anoto. Después lo haré, pero ahora nos vamos a por un cafelito, que ha llegado el ratito de descanso.

—Un litro entero me tendré que tomar, es que los niños están malitos y no han pegado ojo en toda la noche. Entonces, imagínate yo—me contaba mientras, hecha un zombi, nos dirigíamos a la cafetería.

Allí nos encontramos a Roberto, quien nos hizo un gesto con la mano y yo le respondí para que se sentara con nosotras.

—Anda, pero si es tu salvador—me comentó ella.

—Sí, qué mono. Ayer me sentí súper mal porque se la jugó por mí.

—Tampoco tanto—me comentó él porque no solo debía tener buenos los reflejos para pararles los pies a los imbéciles, sino también el oído.

—Ella tiene razón—le comentó Lucía mientras bostezaba.

—Sí que la tengo. No me canso de darte las gracias. Si el tío ese te llega a denunciar, te busca las cosquillas.

—No tenía derecho a hablarte así—me comentó sin darse la más mínima importancia mientras miraba su móvil—. Mierda, vaya—comentó.

—¿Qué te pasa? ¿Algún problema? —le pregunté preocupada por si tenía que ver con el incidente del día anterior.

—Una amiga, que me dice que tiene Covid…

—Pero eso ya no es importante, yo misma lo pasé hace un par de meses sin enterarme, hombre…

—Claro, claro—me miró risueño—. Pero que este fin de semana se celebra un festival de música muy cañero y ella iba a venir conmigo—resopló fastidiado—. Tengo una entrada de más…

—Bueno, se lo puedes pedir a Virginia. Os lleváis muy bien, ella te acompañará encantada.

—No, esa música es demasiado cañera para ella… Virginia es más de Pablo Alborán y esas cosas—se encogió de hombros.

—¿Y tú? —me preguntó Lucía.

—¿Yo? También me gusta Pablo Alborán, sí, pero que me vuelve loca cualquier tipo de música, hasta la electrónica. Yo escucho una nota, la que sea, y ya estoy bailando hasta el día siguiente—lo ejemplifiqué bailando en mi silla, con los brazos, con la mala suerte de que Sonia entró en ese momento en la cafetería.

—Si pusieras tanto empeño en limpiar como en hacer el tonto… Ha llegado a mis oídos que ayer la liaste con el cubo del agua. Mucho cuidadito con sacar los pies del tiesto que…

—Sonia, fue un error, le puede pasar a cualquiera y más siendo novata. El problema fue del otro tipo, que era un hijo de mala madre aunque la suya fuera muy buena, por cierto. Que también estaba allí la mujer sufriéndolo…

Ya estaba dando la cara otra vez por mí Roberto. No se lo pensó ni un momento.

—Ya veo que te buscas tus defensores. Pero de nada te valdrá si no espabilas, te lo advierto—me dijo ella con ese carácter suyo tan agriado y a continuación se fue a por un café.

Solo y sin azúcar se lo tomaba la tipa. Eso explicaba muchas cosas porque ese café debía estar más fuerte que el vinagre.

Nosotros tres seguimos hablando y Roberto se mostraba muy complacido porque yo le acompañase al concierto. Me había gran ilusión porque yo planes no tenía ningunos todavía allí en Málaga, más que trabajar a tope y, cuando salía, coger el sofá porque terminada totalmente molida. El finde sería distinto. Ahí me pondría ideal y saldría a darlo todo con ese compi tan simpático.

El resto de la mañana me la pasé tratando de que las cristaleras me quedasen lo mejor posible. Ni tan mal con los consejos que me dio Lucía, aunque las uñas sí que las tenía de pena.

Yo, que siempre las llevaba largas y cuidadas, tendría que pensar en cortármelas porque se me estaban astillando.

Esa tarde videollamé a mi madre, como hacía muchas veces, y le conté que estaba muerta matada.

—Mamá, por favor, ¿es necesario que Fernanda siempre se entere de nuestras conversaciones? —le pedí porque la otra se reía recitando eso de "La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?". Una burla más de las suyas y encima no podía enviarla a freír espárragos porque ya me había hecho el Bizum para pagar el mes de alquiler de la habitación.

¿Cuándo? ¿En qué momento de mi vida pasó aquel tsunami que lo cambió todo? Debía llevar el nombre de Olivia, que esa se estaría pegando la gran vida a nuestra costa, pero yo no pensaba dejarme derrotar.

Cuando colgué, miré mis manos y pensé en que se terminarían pareciendo a las de Lucía, pues las primeras ampollas ya comenzaban a aparecer en ellas.

Luego vi que me estaba llamando Gala y no descolgué el teléfono. Mi amiga había subido como la espuma mientras yo descendí a los infiernos… Y eso era algo que no llevaba bien. Por mucho que yo quisiera no lo llevaba nada bien porque de más a menos nunca es fácil acoplarse.

Capítulo 18



Al día siguiente estaba en la cafetería con Lucía cuando noté que aquel hombre tenía los ojos puestos en nuestra mesa. Debía andar por los 40 y estaba bien bueno.

—Se llama Abel y es neurocirujano, con eso te lo digo todo. Y te está mirando, ni te muevas, pero te está mirando—me decía Lucía.

—¿Y por qué va a ser a mí y no a ti? Hay un 50% de posibilidades…

—Porque a mí me ha visto mil veces y soy transparente para él.

—Oye, no me has dicho todavía si tus niños tienen padre—me interesé.

—Pues claro, guapa, a ver si te crees que yo soy como la Virgen María… Para lo poco que me duró lo bueno con Arturo, al menos que recuerde cuando hicimos a los niños, que ahí estábamos bien—entrecerró los ojos ella.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me quedé embarazada sin buscarlo… Él no quería tener el bebé y menos cuando se enteró de que eran dos. Todo le vino muy grande.

—¿Y tú sí querías?

—Sí, éramos un par de críos, imagínate, pero yo me sentía incapaz de otra cosa. Le dije que saldríamos adelante, aunque no pudo ser.

—¿Y qué ocurrió?

—Se metió en el ejército, en Marina, que era su sueño… De tropa, porque no tenía estudios igual que yo, pero era su sueño igualmente. Ahora anda en Ferrol, con el tiempo las cosas se pusieron feas y ni les pasa la pensión a los niños. Tiene una nueva novia y está que no caga con ella. Yo me he tenido que buscar un abogado y todo es un lío. Pero que a mis niños no les falta de nada, ¿eh?

—¿Y tus padres no te ayudan? —le pregunté entendiendo que ella lo tenía mucho más crudo que yo.

—Mi padre se largó cuando yo era una cría y mi madre pasa de todo. Cuando me quedé embarazada me advirtió que, si seguía adelante, me tendría que buscar la vida, que ella no quería saber nada. Oye, que te sigue mirando ese hombre. A mí me impone, me mira uno así y me caigo muerta.

Virginia nos vio, pues acababa de entrar en la cafetería, y vino a sentarse.
—Virginia, ¿la mira o no la mira Abel?

—La mira, la mira… No, si la pija habrá llegado la última, pero va a triunfar.

—No digáis tontería, mirará porque soy la novedad. No me conoce.

—Sí y te estará haciendo la ficha mental, porque Abel no se pierde ni una. Es el médico más codiciado de la clínica, menudo tío… Todas están locas por echarle el guante y no hay manera, él no se deja cazar.

—Pues para las demás. Que yo lo único que quiero es salir adelante. Tengo que lograr pasta para terminar mis estudios.

—Eso es verdad, nena. Sería una lástima que no lo hicieras a dos años de convertirte en médica.

—Médica, para mí eso es como ministra por lo menos—opinó Lucía, cuya procedencia era muy humilde y lo magnificaba todo.

Unas horas después, al final de mi turno, coincidí con Abel en un pasillo. Es que no se podía ser más torpe, me refiero a mí. Andaba limpiando deprisa y corriendo, como pollo sin cabeza, cuando me topé con él y se le cayó al suelo la carpeta con todos los papeles que llevaba.

Por si fuera poco el apuro que sentí, algunos de ellos fueron a parar al interior de mi cubo de la fregona y me puse hasta bizca.

—¡Ya los saco yo! —exclamé metiendo las manos con tan mala suerte que había una pequeña arista en el interior del cubo y me hice una herida en el dedo pulgar—. ¡Ay! —exclamé.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me sacaba la mano del cubo.

—Sí, que me he raspado un poco…

—Algo más que un simple raspón es. Ven conmigo, por favor, que te lo curo.

—Pero si usted es un neurocirujano, cómo me va a hacer una cura de nada.

—¿Es que no te duele? —me preguntó muy diligente.

—Un poco sí, la verdad, porque encima se me ha colado el detergente en la herida…

—Lo entiendo, porque a mí también me duele que me llames de usted, hay cosas que escuecen—bromeó.

—Vale, perdona, es que no te conozco de nada.

—De algo me conocerás cuando sabes a qué me dedico—me comentó audaz.

—Bueno, eso sí. Lo escuché decir. En serio, que no vale la pena que pierdas el tiempo con esto. Y mira tus papeles, te los he arruinado…

—No tengo más que sacar unas copias, ¿puedes no sufrir más y venir conmigo a que te haga esa cura?

—Vale, vale…

Me la hizo en enfermería y yo me sentía muy apurada. Era el tipo de hombre exitoso con el que, pese a ser bastante mayor que yo, habría pasteleado de encontrarme en mi salsa. No me encontraba, eso desde luego, sino que me sentía en franca desventaja, como si su posición estuviera muy por encima de la mía, como si en cierto modo me avergonzase.

Sus ojos negros hacían juego con su pelo. Era un tipo muy atractivo. Alto, no tan fuerte como por ejemplo Roberto, pero tonificado, con un cuerpo de gimnasio y un olor a perfume del caro de ese que enamora.

—Yo también estoy a punto de ser médica, ¿sabes? Es casualidad que me veas así.

—¿No me digas? —me preguntó en un tono como burlón.

—Oye, que no lo digo en broma. Estoy a dos años de serlo, lo que sucede es que las cosas se me han torcido, de momento.

—Ya se te enderezarán. Tienes unos ojos muy vivos, ojos de querer vivir muchas cosas—me comentó con esa voz suya, grave y varonil, mientras me colocaba un apósito que cubriera la herida.

—Gracias, yo soy Jimena.

—Ya lo sé. También lo pone en tu chapa.

—Anda, pues es verdad—le comenté apurada mientras me dio un pellizquito en el brazo porque había terminado.

Capítulo 19



Y por fin llegó el fin de semana. El festival se celebraría el sábado por la noche, pero ya desde el viernes a la hora del almuerzo Roberto estaba enloquecido.

"Esa falda chiquitita qué bonita
Te queda
La veía to' los día', ahora es
Cuando se pueda
Y de la uni yo la saco hasta
Donde se hospeda
Y las dema' que sigan
Envidiando, por eso no
Prosperan"

Roberto cantaba por Myke Towers con todo el arte y yo me puse a bailar con él en la cocina mientras Gusiluz daba saltitos a nuestro alrededor.

—Pero bueno, mira qué dos bailarines tenemos aquí… Tres—carraspeó Virginia viendo cómo su bichito saltaba nervioso.

—Es que estamos de finde, ¡y mañana nos vamos de festival!

—Eso está muy bien, así me dejáis la casa para mí por si quiero traerme a un ligue—nos guiñó el ojo—. Pero esta noche nos vamos a bailar los tres, ¿eh?

—Pero si yo sigo sin blanca. Estoy comiendo a vuestra costa, casi. No voy a consentir que me paguéis las copas.

—Tápale la boca, que no diga ni una carajotura más—le pidió Virginia porque ambos eran muy generosos.

—Yo se la tapo, ¿eh? —le contestó el otro riéndose, mirándome y como con ganas de darme un beso. Tenía mucho morbillo y mucho arte.

—No, si al final aquí habrá hasta tema—rio ella—. Ven aquí, mi vidita, que te voy a poner de comer—le dijo al perrito.

También Roberto nos puso a nosotros. De momento, me habían dispensado de mi turno de cocinar, a cambio de que fuese mirando y aprendiendo.

—Yo pronto ya os voy a hacer también unos platos de cocina *gourmet*—les informé.

—Ella es así, muy pija. No puede decir de rechupete ni nada parecido, claro que no…

—¿Qué he dicho ahora? —me quejé.

Nos sentamos a almorzar una riquísima tortilla de patatas con un puré de calabacines que quedó del día anterior.

"Viviré a solas si te vas
Moriré por verte una vez más.
Y en silencio susurraré al viento
Cómo dices que no
Si lo llevas dentro…"

A través del patio de luces de la cocina, ese concepto que yo no conocía y que también servía para tender la ropa, escuché esa canción que no conocía, mientras comíamos.

—¿Eso también es Camela?

—No, mujer, son Kiko y Sara, que la cantan con Andy y Lucas.

—¿Andy y quién, Virginia? Yo es que me pierdo un poco…

—Sí, pero de comer tortilla de patatas no te pierdes, qué velocidad—me indicó ella.

—Es que llegas de trabajar con un hambre canina, ya lo veo—añadió él.

—Y lo hacéis todo muy bien, pero que muy bien… Y tenemos planes para el finde, eso está guay.

—Ni tan mal, ¿no? —me preguntó Roberto.

—Hombre, depende de con qué lo compares, porque las estoy pasando canutas. Pero también os tengo que agradecer mucho todo lo que estáis haciendo conmigo.

—Y no solo nosotros, que la cura esa de la mano se la hizo Abel—le comentó Virginia con retintín.

—¿Abel Castillo? ¿El neurocirujano? Qué nivel, Maribel—comentó él.

—Bueno, bueno, que fue un accidente y solo me echó un cable. Entonces, ¿dónde vamos esta noche?

—A una disco que hay aquí cerca. No será como una de esas fiestas ibicencas a las que estás acostumbrada, pero ya verás que la gente está muy animada y que los DJs lo viven. Es gente amateur que le pone muchas ganas. Un local de marcha de barrio con mucha vida. Te va a gustar…

No lo tenía yo tan claro, porque a mí las salidas me gustaban a lo grande. En mi vida, el postureo había ocupado un lugar fundamental, aunque ya eso quedó atrás porque tenía mis redes totalmente abandonadas.

Poca explicación tengo que dar al respecto, ¿qué iba a subir? ¿Mi nueva manicura? Uñas cortadas a ras y sin posibilidad ni de pintármelas, porque al día siguiente había que volver al tajo, como lo llamaba la gente y que a mí me llamaba la atención, porque hasta entonces creí que el Tajo solo era un río. Ahora bien, en el finde sí que me las pintaría, sin duda.

Por la tarde noche, después de echarme una buena y reparadora siesta, elegí uno de mis vestidos, y me dispuse a arreglarme.

Ya casi que había olvidado esa sensación y me dio mucha alegría.

—Pero bueno, las hay pijas y luego estás tú, ¿y ese mono?

—Es de Guess, Virginia. ¿Te gusta?

—Pues claro, estás rompedora con él—me comentó respecto a aquel tan ceñido, de estilo jean, y de un color azul muy alegre—. Lo único que, en vez de Guess, me habría encantado que fuera tuyo para que me lo dejases un día—bromeó porque era muy chistosa.

—Póntelo cuando quieras, guapa, claro…

—No me tientes que le reventaría todas las costuras. Yo soy más anchita. Oye, de verdad que vas a triunfar. Qué tía…

Mi larga melena me caía por la espalda y cierto que el mono me favorecía mucho. Me vi ideal y eso sacó mi mejor sonrisa.

—Joder, ¡esto se avisa! Ahora me has dado un fogonazo en los ojos y ya no los puedo abrir—se burló Roberto.

—Venga ya, tonto… Si solo me he arreglado un poco.

—¿Un poco? Deslumbras, Jimena. Mañana para ir al festival mejor no te pongas así o los músicos llorarán por las esquinas.

—¿Qué dices de que van a llorar, bobo?

—Porque tú acapararás toda la atención, guapísima.

Él también iba divino con unos jeans que le hacían culazo y una preciosa camisa blanca de lino con cuello mao. Muy bronceado, lucía súper atractivo.

En cuanto a Virginia, se puso un vestido largo con la espalda fuera que también le favorecía cantidad.

Capítulo 20



Lo mejor de la gente que no tiene demasiado es su poco problema a la hora de compartirlo. Mientras, hay otros que tienen mucho y quieren más, atesorándolo todo para ellos.

Yo había visto, en mi grupo pijo de amigos, cómo dos de ellos se enzarzaban porque uno había pagado un cubata más que el otro. Y, sin embargo, mis nuevos compis no llevaban la cuenta para nada de las copas a las que me habían invitado, y todas les parecían pocas.

La disco estaba de bote en bote. Aunque para botes, los que estábamos dando nosotros, bailándolo todo.

—¿Esas no son Merche e Inma? Y están con Chema y Jero—señaló Virginia.

—Son otros compañeros de trabajo. Ven, que te los presentaremos—me comentó Roberto mientras me cogió suavemente por la cintura para que avanzase.

Hacía mucho que nadie tenía un gesto así conmigo, ya me consideraba medio desentrenada y, aunque él no pudo verlo porque estaba de espaldas a mí, avancé hacia aquellos otros con una sonrisa en los labios.

—Jero se muere cuando le presentemos a Jimena así como va—se reía Virginia mientras la música sonaba a tope.

—¿Qué le pasa a ese tal Jero?

—Que se separó hace poco y va más salido que el pico de una plancha—me comentó él en el oído, acercándose tanto que me estremeció.

—¿Va en plan baboso? No, por favor, que me dan mucho asquito.

—No tienes nada que temer, guapa—me comentó.

—Eso ya lo sabes tú, que estás con tu salvador—se volvió Virginia a decirme.

En eso tenía razón. Roberto daba la cara por mí en cualquier situación, menudo era.

Llegamos hasta sus amigos y me presentaron. Muy cierto que al tal Jero casi le tienen que poner un babero.

—Pero ¿este ángel de dónde ha salido? ¿Es que han abierto las puertas del cielo y nadie me ha avisado? —preguntó tratando de caerme bien. Qué equivocado estaba si creía que así podía hacerlo.

—Este ángel se llama Jimena y es nuestra nueva compañera de piso—le aclaró Roberto.

—Anda que avisáis para hacer una fiestecita o algo, ¿cuándo os dejaréis caer?

—Cuando se encarte, pero tú tranquilito, que te veo con un ansia viva—le comentó Virginia.

—Hombre, claro, me ponéis el caramelo por delante y luego…

—El caramelo tiene un nombre, y ya te hemos dicho que es Jimena—le paró los pies Roberto, porque el tipo se iba embalando.

—Oye, ¿y si vamos a bailar tú y yo? —le ofrecí antes de que el otro patoso fuera a más y nos diese la noche.

—Claro…

—Qué suerte tienen algunos—le soltó Jero y Roberto le lanzó una miradita de que ya estaba bien.

Bailando, llegamos hasta la pista. Sonaba “Todo cambia”, esa canción tan pegadiza.

“Me hablabas de un lugar que te
Encantaba
Te notaba bajar por mi garganta
No sé quién eres y no me hace
Falta
No me convence y luego todo
Cambia
Me abrías un champán mientras
Bailabas
Te escucho susurrar que esto se
Acaba…”

Comenzamos a bailarla muy cerquita el uno del otro, para desesperación del mamarracho ese que no nos quitaba el ojo de encima. Pasamos de él por completo mientras enlazamos una canción con otra.

Había pasado como una media hora cuando lo vimos avanzar hacia la pista. Yo coqueteaba con mi pelo y Roberto me miraba con su mejor sonrisa, esa tan atractiva.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —le preguntó el otro, a quien habíamos visto tomarse un par de copas muy seguidas que, unidas a las que ya tuviera en el cuerpo de antes, se le estaban subiendo a toda pastilla.

—¿Cómo dices? —le preguntó Roberto. El aliento a alcohol de Jero tiraba para atrás.

—Que no seas avaricioso y compartas, yo también quiero bailar con ella—le comentó mientras me tomaba por la muñeca.

—¡¡Que me sueltes!! —le grité tratando de escaparme de sus manos porque iba ya muy pedo. Igual hasta llevaba en el cuerpo algo más que alcohol, dado que hay gente que desfasa mucho.

—Cuando bailes conmigo—me dijo tirando de mí.

—¡¡La vas a soltar ya!! —le chilló Roberto mientras la gente, con la música a tope, no se enteraba de nada y hasta algunos chocaban contra nosotros.

—¿Y si no qué? —me soltó una muñeca y trató de asestarle un golpe.

No había terminado de hacerlo cuando Roberto ya lo tenía reducido y en el suelo. Ni siquiera le hizo falta golpearlo, yo no sé cómo se las apañó.

—Vale, vale, tío. Está bien, déjame, que te jodan—le dijo el otro, avergonzado y con toda la gente haciendo un corrillo alrededor, porque al caer al suelo sí que llamó la atención.

—Que te jodan a ti, aprende a beber. Y no te vuelvas a acercar a ella—le dijo con mucha tranquilidad, porque no por lo que había ocurrido parecía alterado para nada. Tenía mucho control de sí mismo.

—Gracias—murmuré.

—No tienes de qué darlas, ¿estás bien? —me levantó el mentón porque me quedé cabizbaja y eso me jodió, ya que estaba siendo una gran noche que no esperaba y ese desesperado llegó para jodérnosla.

—Sí. Siento haberte metido en un lío, creo que me voy para casa.

—¿Bromeas? ¿Vas a dejar que ese imbécil nos arruine una noche que no ha hecho más que empezar? —me sonrió.

—Pues también tienes razón, ¿por dónde íbamos?

—Creo que tú te estabas acercando mucho a mí, eso es lo que recuerdo.

—Mentirosillo, te crecerá la nariz dos palmos. Eras tú quien te acercabas.

—Memoria de pez en todo caso, mi sirenita…

—Yo soy rubia, no puedo ser esa.

—¿Tú no has visto la última versión de la peli?

—¿La de Halle Bailey? Sí, es verdad.

—Pues eso, que ahora la sirenita puede ser como nos dé la gana. Y hablando de Bailey, vamos a seguir bailando—me invitó mientras la música lo envolvía todo y yo caía en sus brazos, a los cuales me aferraba. Definitivamente, era mi salvador y eso molaba mucho.

Seguimos bailando durante horas y llegamos a casa con algunas copas en el cuerpo y muchas ganas de reír, tanto nosotros como Virginia, con quien compartía cuarto de baño mientras nos desmaquillábamos.

—Ese está por ti, ya te digo yo que lo está—me decía borrachina y yo me reía.

Capítulo 21



La tarde siguiente resultó muy divertida en casa. Después de una mañana que nos pasamos todos durmiendo, nos levantamos para almorzar y nos volvimos a echar la siesta.

Hacía mucho calor y pusimos el ventilador en el salón. Virginia estaba tumbada en el sofá de dos plazas mientras que Roberto y yo andábamos en el de tres, con los cuerpos medio enredados y dormidos, como si nos hubieran tirado desde la azotea del edificio y hubiésemos caído de cualquier manera.

Nos despertamos a media tarde y porque Gusiluz gemía llamando la atención de su dueña.

—Este enano quiere comer otra vez. No se ha creído ni él que voy a dejar que se ponga como un barrilete—nos decía nuestra compi y nosotros dos reíamos.

—Las siete y media, Roberto—murmuré al mirar al móvil.

—¿Qué dices? ¡¡Que el festival comienza a las nueve!

—Venga ya… ¡y yo con estos pelos! —me los señalé porque los tenía como Dios me había dado a entender.

—Venga, arreglaos vosotros, os cedo el cuarto de baño. Por separados o juntos, que yo no digo nada.

—Tú no dices nada, pero eres una provocadora—le comenté a Virginia porque claro que lo era. Le encantaba provocarnos.

A mí también me gustaba provocar, pero de otro modo. Por eso opté para el festival por ponerme unos shorts blancos de lo más monos, con unos botines altos de esos calados, muy veraniegos, y una camiseta ajustada con nudo en la cintura.

Me veía genial en el espejo y eso que todavía me quedaba por arreglarme el pelo, que dado lo largo que lo tenía, no era moco de pavo.

Con mucha paciencia, Roberto me cedió el baño hasta que por fin salí. Entonces hizo un gracioso

gesto, moviendo la cabeza de un lado a otro alternativamente.

—No sé si nos van a dejar entrar en el festival. Definitivamente, vas a acaparar todas las miradas y eso a los músicos no les mola, que son muy suyos ellos.

—Venga ya… Vámonos, ¿tú ya estás?

—Yo ya estoy enamorado—me contestó entre risas.

Había llamado a un taxi que nos esperaba en la puerta. Era muy detallista y me trataba súper bien.

Cuando llegamos al festival la gente estaba animadísima. Me di cuenta de que había elegido genial porque la cosa iría para largo y mis coquetos botines me resultaban, además, súper cómodos.

Para combatir el rigor de las altas temperaturas que asolaban Málaga aquel día, comienzo de una ola de calor, él enseguida fue a por bebida y apareció también con un par de perritos calientes.

—Qué buena idea, ¡y qué buena pinta! —le comenté tirándome sobre el mío, el cual mordisqueé en cuanto me lo puso en la mano.

—Quién fuera perrito—me comentó él risueño—. Espera, que se te ha quedado un poco de kétchup aquí—me indicó y me lo quitó de la comisura del labio.

—Vaya, qué corte, ¿tengo algo más? —le pregunté levantando la cara para que lo pudiera ver con claridad.

—Tienes la sonrisa más bonita de toda Málaga, eso es lo que tienes. Así que esa, por favor, no la quites.

—No, no, claro… Oye, come, que se te enfriará el tuyo. O peor todavía, que puede que te lo quite en cuanto me coma el mío—le amenacé.

—¿Sigues con hambre? Qué alegría, una mujer que me coma bien…

—Oye, eso ha sonado regular.

—¿No me digas? Porque lo he dicho a propósito. Cómetelo también, anda, que yo iré a por más.

—No te voy a decir que no, ¿puedo? —le pedí mientras él asentía y llevaba su perrito cerca de mi boca, dándomelo a probar.

—Trae, anda, que al final se caerá y será una pena—le indiqué un poco ruborizada.

—Sí que lo será, sí. Voy a por más, ¿cuántas docenas te traigo?

—Tonto, por mí ya está bien…

Trajo un par para él, aunque puso en mi mano un paquete de bolitas de chocolate increíblemente buenas que también vendían en la barra.

Ya antes de empezar nos pusimos hasta las cejas, aunque eso no fue más que el comienzo. Una vez que la música sonó, con varias horas por delante, él no paró de ir en toda la noche a la barra.

El calor era brutal y apetecía bajarlo a base de bebidas fresquitas. Y si llevaban alcohol, como era el caso, no digamos ya.

El alcohol entraba solo y nuestros cuerpos cada vez estaban más pegados. Mi short era una provocación total para él, quien así me lo dejó caer más de una vez en el oído mientras yo me movía juguetona.

Hasta entonces, no me había planteado liarme con él porque era mi compi de piso y no quería mezclar más las cosas, pero esa noche debió ser precisamente la mezcla del alcohol con mi sangre la que dio rienda suelta a mis impulsos… Y también a Roberto debió ocurrirle lo mismo.

Ya antes de salir de allí, con mucho baile, mucho morbo y muchas copas en el cuerpo, nos estábamos besando. También lo hicimos cuando, al borde de la madrugada, esperábamos a un taxi que tardó en venir, pero que esperamos con los morros del uno pegados a los del otro.

El alcohol hacía de las suyas y no parábamos de decir disparates. Yo miraba a sus ojos color miel, los cuales esa noche me parecían anaranjados, puesto que las llamas de la pasión hacían acto de presencia en ellos.

La ola de calor tampoco ayudó a renunciar a lo que venía, puesto que la temperatura, pese a ser ya de madrugada, seguía siendo sofocante. Y él trataba de rebajar la mía soplándome entre risas… Unos soplidos que me ponían mucho y que terminaban en nuevos besos que nos dimos incluso en el interior del taxi. Suerte que el taxista iba a lo suyo y no se metió en nada.

Capítulo 22



Era posible que también Virginia hubiera pillado cacho con alguien porque no estaba en el piso cuando llegamos. Abrimos la puerta a duras penas, pues el bombín seguía fastidiado y, aunque le teníamos cogido el truco, el alcohol como que no ayudaba demasiado para atinar.

—Por fin, creí que tendríamos que hacerlo en medio de la escalera, y no era plan.

—¿Hacer qué? —me preguntó él, seductor.

—Pues no te hagas el tonto, terminar lo que ya hemos empezado. Ven aquí, que te voy a tirar de la corbata—le indiqué.

—¿De qué corbata, preciosa? Si yo no llevo…

—Ah, es que ya no sé ni lo que veo… Que si tienes, mírala…

—Esa es la correa de Gusiluz, que se me ha enredado en el cuello…

—Ah, vale, ya decía yo—nos echamos a reír los dos a la vez.

Cuando terminamos de reír, nos quedamos mirando muy serios. Y entonces comenzó la función.

—Venga, cada uno que se desnude, que es más rápido—le propuse como mirando a un cronómetro y él más se reía.

No llevábamos demasiada ropa, la cual dejamos regada por el salón, y corriendo nos fuimos a meternos en su dormitorio. Suerte que íbamos descalzos porque no vi avanzar a Gusiluz hacia mí, ni porque llevase su collar fluorescente puesto, y el animalito voló gimiendo porque le di un buen pisotón.

—Ay, madre, qué mal me siento. Ha sido un accidente—le comenté.

—Un accidente será el que creas sufrir ahora. Te vas a pensar que te ha atropellado una locomotora—me decía él mientras venía hacia mí.

Roberto estaba potente y con pinta de empotrador. Yo hacía tiempo que no echaba un polvo y estaba que chorreaba, decir cualquier otra cosa sería tratar de disimular lo evidente.

Yo ignoraba el tiempo que él llevaba sin sexo, aunque no me cabía la menor duda de que ganas tenía. Como mínimo, las mismas que yo. Su erección, dura y alta, así me lo indicaba.

Le eché mano a su pene en cuanto pude y comencé a masajearlo. Él tampoco perdió el tiempo e introdujo sus dedos entre los labios de mi vagina, separándolos, para enseguida seguir dentro y conocerme más a fondo, dejémoslo así.

Lancé un gemido y me estremecí. Me gustó esa entrada suya, súbita y espontánea, que me puso a mil el corazón. Me dejé hacer, permití que sus dedos se fueran colando en mí uno por uno mientras yo seguía masajeando un miembro que también andaba con ganas de probar. Todo a su debido tiempo porque para mí que lo primero sería penetrarme.

No esperaba correrme tan pronto y eso me supuso una gran sorpresa. Sugerente, me eché hacia atrás y entonces le ofrecí mis senos, sobre los cuales cayó de boca. Lo hizo sin abandonar para nada ese movimiento de dedos que me estaba haciendo sentir muy loca, aunque el hecho de que lo combinara con la succión de sus senos lo potenció.

A punto como estaba de correrme de nuevo, entró en mí. Y entonces consiguió esa explosión con su sexo. Yo me notaba muy caliente, demasiado… Parecía arder en fiebre y solo quería comenzar a dar botes sobre él mientras dejaba nuevamente mis senos a la altura de su boca para que siguiera haciendo eso que tan bien se le daba hacer.

Su entusiasmo, igualmente iba a más gracias a esos botes míos que le empaparon por completo un pene que yo trataba de sujetar por dentro, haciendo esfuerzos por estrecharme para que la fricción fuera bestial.

Apreciando ese gesto, él me tomaba por la cintura para facilitar que siguiera botando, llevándome hacia arriba y hacia abajo hasta que la explosión no se hizo esperar de nuevo.

Tanta era mi excitación que, entre eso y el alcohol sentí que no podía más, momento en el que Roberto salió de mí y, tumbándome en la cama, me preguntó.

—¿Estás bien, preciosa? Si quieres lo dejamos aquí—me susurró mientras me acariciaba el desnudo cuerpo.

—Intentas dejarlo aquí y eres hombre muerto, palabra de pija—le comenté y él se reía.

—Eres una pija muy especial, debes tener palabra y yo no quiero morir…

Mientras me retiraba un mechón de pelo de la frente, me penetró desde arriba, llegándome muy dentro.

—Si es que estás muy bueno—le solté en ese momento en el que nuestras risas salieron a pasear.

—Pues anda que tú, encanto. No me hagas hablar, que me desconcentras y quiero estar muy concentrado—murmuró.

—Yo te veo muy concentrado, mucho…

—Pues yo a ti te veo como la chica más apetecible del mundo, así te veo. Ven aquí—me tomó por la cintura y comenzó a embestirme.

Sus movimientos eran muy poderosos y yo notaba que no podía estar más húmeda. Roberto entraba y salía de mí con una facilidad pasmosa, provocándome un placer infinito.

Cuando él terminó, yo ya lo había hecho un número incontable de veces y tenía una boba sonrisa de felicidad en la cara.

—¿Y ahora qué? —me preguntó besándome.

—Ahora te callas y te duermes, que yo no puedo más—le dije notando cómo las persianitas de los ojos se me iban bajando solas.

—Siempre estás guapa, pero en estos momentos…

—En estos momentos estoy guapa y somnolienta, buenas noches—le aclaré tomándole por el cuello.

Ni siquiera apagamos la luz. Lo sé porque cuando escuchamos ruido en la cocina, de buena mañana, esta seguía encendida.

Miré a Roberto, quien estaba totalmente desnudo, y me miré a mí, que no tenía ni un centímetro de tela encima. Y entonces recordé que toda nuestra ropa se había quedado la noche anterior en el salón. Sin hacer ruido para no despertarle, agarré una de sus camisetas y abrí el pomo de la puerta.

No tenía ni la menor idea de cuánto habría dormido Virginia esa noche, pero sí de que el oído lo seguía conservando divinamente, porque fue salir de puntillas del dormitorio de Roberto y escuchar un “te pillé”.

Capítulo 23



Virginia parecía del CNI esa mañana en la que quería saberlo todo. Yo entré corriendo en mi dormitorio a ponerme algo decente, tras lo cual salí y recogí el salón.

—Siento que se quedase todo por medio—le comenté mientras Roberto, al que despertamos con nuestras voces, se desperezaba saliendo de su dormitorio.

—Así se hace, con dos cojones. Y nunca mejor dicho—observó ella y él se quedó patidifuso.

—Perdón, perdón… ¡No me había dado cuenta! — Volando, se encerró en su dormitorio porque no lo hizo a propósito ni mucho menos. Se levantó emocionado por lo vivido la noche anterior y sin darse cuenta de que estaba como su madre lo echó al mundo.

Cerró de un portazo y ella se tiraba al suelo de la risa.

—Yo no es por nada, pero por lo que veo el muñeco este está muy bien terminado.

—Sí, sí, y funciona estupendamente—añadí.
—¡Que os estoy escuchando! —exclamó él desde su dormitorio.

—Pues a lo tuyo, que esto no va contigo—le comentamos y él no daba crédito.

—Así que al final te lo has tirado, si es que era lógico. Se os nota el *feeling* de lejos.

—Guapa, que lo dices como si nos fuéramos a casar. Solo ha sido un polvo liberador, fruto de las muchas ganas que yo tenía, pero muchas—recalqué—, de darle una alegría al cuerpo.

—Y bien que te lo mereces…

—¿Es imaginación mía o tú también te has llevado un repaso esta noche?

—Ah, pues sí. Me encontré con un antiguo compañero, de cuando trabajaba hace años en otra clínica, y chica… Que de pronto me espeta que yo siempre le gusté, cuando a mí también me temblaban las canillas cuando le veía y no tenía ni idea. Oye, ¿tu mente de pija ha entendido lo del temblor de canillas o eso tampoco lo has escuchado nunca?

—Pues no, pero ya me imagino lo que es… Que te entró un calentón de los gordos y que te lo llevaste puesto.

—Si al final vas a terminar hablando el mismo idioma que nosotros, qué orgullosa estoy de ti, mi niña—bromeó dándome un beso—. Y mucho más que lo estaré cuando me cuentes qué tal con el semental este.

—Oye, que os sigo escuchando—se quejó Roberto desde el dormitorio.

—¿Y eso cómo puede ser si ya te estás vistiendo? Eres hombre, de sobra es sabido que no puedes hacer dos cosas al mismo tiempo—se mofó ella.

—Vaya dos estáis hechas vosotras… Reíros, que quien ríe el último…

—Mi reino por una tacita de café y te lo cuento todo—le comenté.

—Traidora—prosiguió él, ya abriendo la puerta de su dormitorio.

—Tú chitón o hago correr por la clínica el bulo de que te levantaste en bolas para corretearnos a las dos—le amenazó Virginia, que era de armas tomar.

—¿A las dos? No, yo me temo que soy más clásico. Buenos días, preciosa—vino a darme un beso en los labios.

—¿Es broma, no? —le hice una cobra—. Virginia, necesito más café, bastante más.

Yo con Roberto no iba a tener nada, eso no se me pasaba ni por la cabeza. No os voy a mentir, yo seguía siendo una pija. Una pija venida a menos por las circunstancias, pero con mi alma de pija intacta. Y en mi cabeza no podía entrar el tener una relación con un celador, por muy noble que fuese y por mucha ternura que derrochase conmigo.

Quizás, no os voy a decir que no, le dejé algo cortado con mi reacción de ese día, ¿y qué? Me había dejado llevar por la excitación del momento con alguien a quien comenzaba a apreciar mucho porque era ese “salvador” al que ya he hecho mención en más de un momento.

Dicho esto, las cosas no se deben forzar y yo no tenía la más mínima intención de hacerlo. El polvo que eché con él estuvo sensacional y me sirvió para quitarme un montón de telarañas, pero punto. No había más donde rascar.

Roberto lo entendió y no me habló más del tema en un día que pasamos los tres juntos, a ratos dormidos. Y en el que por la tarde noche salimos a tomarnos unas cervezas.

Yo estaba de muy buen humor. Nunca lo hubiera pensado tiempo atrás. Lo único que me fastidiaba era que, cada vez que le daba la vuelta a las palmas de mis manos, estas me recordaban que el día siguiente era lunes y que en la clínica me estaría esperando la tirana de Sonia con el látigo en la mano. Metafóricamente, claro, que por mucho que esa se creyese no era una princesa guerrera ni nada parecido.

Por la noche, videollamé a mi madre desde mi dormitorio para ver qué tal había pasado el finde, en el que no hablamos apenas, y no me lo cogió. Por esa razón, llamé al teléfono de la casa para comprobar que todo estuviera bien y descolgó Fernanda.

—La señora es que ha salido porque tenía una cita, por eso no habrá podido descolgar. Igual está la mar de liada, tú me entiendes…

—¿Cómo va a tener mi madre una cita? Si no me ha dicho nada.

—¿Y por qué tenía que decírtelo? ¿Es que acaso tú le cuentas todo? Claro, como cuando te caían los suspensos de dos en dos en la carrera y callabas, so lista.

—Pero vamos a ver, Fernanda, ¿tú qué tienes en mi contra?

—¿Yo? Nada de nada… Eso sí, te voy a meter unos intereses en el préstamo que te vas a cagar. De ahí me saco para ponerme el bótox.

—¿A mi costa? Pero si tú estás la mar de guapa, mujer. Qué bótox ni bótox si a ti no te hace falta.

—A mí no me engañas, so cuca. Tengo marcas de expresión, pero ya te advierto que gracias a ti se me van a quitar—rio maliciosa.

Capítulo 24



Lo peor del fin de semana es que termina demasiado pronto y la amenaza del lunes se hace real en nada.

Digamos que éramos tres zombis vagando por la casa al despertarnos. Y yo más todavía, pues después de una existencia de pija durante tantos años me estaba costando lo mío hacerme a esos madrugones que eran inhumanos.

—Toma un cafecito, que seguro que te ayuda—me comentó Roberto poniendo uno en mi mano antes de salir por las puertas para la clínica.

—Eso, muy bonito. Y a mí que me parta un rayo. No, si no hay nada como los favoritismos en la vida—se rio Virginia.

—Perdona, cariño, qué poco talento he tenido…

—De poco talento nada, que tú tienes tus miras—le comentó ella por lo bajini.

—Ahora soy yo quien os está escuchando—me quejé a aquellos dos que parecían estar conchabados a la hora de que yo tuviera algo con Roberto.

Ese día llegamos al autobús a lo justo. A mí me seguía chocando eso del transporte público, aunque a todo se me iría haciendo el cuerpo, eso pensaba, porque la situación en principio iba para largo.

Llegué a mi puesto a lo justo, con la lengua fuera, pues para colmo el autobús sufrió un pequeño retraso al encontrarse con un accidente en una de las principales arterias de la ciudad.

—Tú, aquí se viene puntual o no se viene. Otro retraso como este y te pongo el carné del paro en la mano, ¿me has oído o no me has oído? —me comentó Sonia.

—Es que solo han sido dos minutos y no por mi culpa. El autobús…

—A mí no me cuentes tu vida, que no me importa para nada.

Había gente siesa y luego estaba ella. Menos mal que también me rodeaba de otra que era magnífica, como todos mis compis, entre los que se encontraba Lucía, quien siempre trataba de quitarle importancia a las cosas de Sonia para que yo no sufriera.

Era muy grande esa chica. Con todos los problemas que tenía para sacar a sus peques adelante y su mucha juventud, y allí estaba al pie del cañón y con una sonrisa en los labios.

—Tú ni caso. El truco está en ponerle siempre una sonrisa a la vida, cariño. Y en disfrutar de las cosas más pequeñitas. Mira, yo este finde me lo he pasado entero haciendo un montón de cosas con mis niños. Baratitas, ¿eh? Que no llega para más. Pero para mí llevarles al parque, verles disfrutar y que jueguen con otros niños es lo más. Y mira que acabaron como dos gorrinos en un charco, que se revolcaron por el suelo y todo. Y yo por la noche sacando manchas de su ropita, ¿y qué? Soy muy feliz con eso.

—Ay, chiquitina, qué linda eres—le decía yo notando cómo mis manos se resentían en cuanto cogía la fregona.

—Con el tiempo ni te enteras, ya lo verás.

—Verás, Lucía. Yo te agradezco que me lo digas, pero es que yo con el tiempo no pienso estar limpiando—le dije y noté que se apuró.

—Es verdad. Tú has nacido para otras cosas, cariño…

—No, mujer, si tampoco es eso.

—Sí, sí. Y yo me alegro mucho por ti, de verdad. Bueno, te dejo, que ya veo venir a Sonia y esa embiste. Yo no sé si tiene pareja, si le pone los cuernos o qué… Pero embestir, embiste.

Pasó por mi lado y me miró mal. Esa mujer me la tenía jurada, era como si no me pudiera ver, seguramente por el tema de que estaba allí enchufada.

Llevaba un rato dale que te pego con el mocho cuando pasó Abel y ya desde lejos me echó una miradita sonriente.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí, ¿cómo está esa herida? —me preguntó enseguida.

—Bien, muy bien… Ya está perfecta—le sonreí contenta porque así fue.

—Me quedaré más tranquilo cuando me la enseñes…

Me daba hasta vergüenza, más que nada porque las ampollas afeaban mis manos y no quería que reparase en ello. Era como, si en el fondo, yo no terminase de aceptar mi destino de limpiadora y que las circunstancias me habían cambiado. Y mucho.

—Está bien, es cierto que no tiene mala pinta y me alegro mucho. También me alegro cantidad de verte—me comentó con un guiño de ojo que hizo que me sonrojase mientras descolgaba una

llamada de su teléfono—. Perdona, tengo que coger.

—Claro, claro…

No se trataba de trabajo, sino que comenzó a hablar con alguien del que debía ser su caballo, lo cual me hizo suspirar porque probablemente él montase, como lo había hecho yo toda la vida.

Mientras hablaba, Abel seguía a mi lado y me sonreía. La suya era una sonrisa muy seductora y yo lo miraba de reojo mientras seguía cumpliendo con mi cometido, porque si algo había aprendido de Lucía era que allí no había tiempo que perder.

En cuanto terminó, una enfermera le reclamó y no tuvimos tiempo de intercambiar una palabra más, pues se veía que le necesitaban. No obstante, tuvo un segundo para despedirse de mí.

—Hasta luego, Jimena, espero que pases una buena mañana.

—Se hará lo que se pueda—le comenté pensando en que no lo tenía precisamente fácil para eso. Allí había mañanas que eran una verdadera pesadilla y otras jodidas, dejémoslo así, pero buenas lo que se dice buenas, no las había conocido ni creía que las conociera.

Y eso teniendo en cuenta que todo es susceptible de empeorar y que en cualquier momento podía venir Sonia a supervisar mi trabajo y entonces pondría el grito en el cielo, porque yo todavía no estaba muy puesta y ella sí lo estaba… Sobre todo en darme unos gritos que me estremecían y que se oían en toda la planta. Cielos, cómo detestaba a esa chillona.

Roberto, todo hay que decirlo, también hizo por cruzarse conmigo en varios momentos durante aquellas horas. Cada vez que lo hacía, se interesaba por cómo estaba y yo le hacía graciosos gestitos.

—Ya, que has tenido días mejores… En el Caribe, por ejemplo. Pues cuando te agobies, cierra los ojos y piensa que algún día volverás allí.

—Sí, en eso estaba yo pensando… En cerrar los ojos y que me atrinque Sonia así. Es que me los saca, vaya.

—Que se atreva—me comentó vacilón.

Capítulo 25



El jueves, la semana iba transcurriendo sin mayores sobresaltos. Hasta que Sonia debió pensar que ella necesitaba uno, que le resultaba muy aburrido.

Una a una, nos fue llamando al cuarto donde nos repartía el trabajo y demás. Y como si fuera del CNI también ella, nos interrogó. Cuando me tocó el turno, me quedé patidifusa.

—Vamos a ver, estoy preguntando a todas porque me han birlado la cartera, Jimena.

—¿Birlado? No entiendo—le comenté.

—Vaya con la pija, si es que me ha tocado la lotería contigo. Vamos a ver, niña, que me la han mangado, que me la han robado.

—¿Te han robado aquí en la clínica? ¿Quién haría algo así?

—Pues si hablases menos y escuchases más, entenderías que eso es lo que estoy deseando descubrir…

—Ya, ya, perdona.

—Sí, perdona, claro… El caso es que tú has sido la última en salir de este cuarto y encima has tardado más que otros días, ¿me lo puedes explicar?

—¿Me estás acusando de algo, Sonia? Porque yo te prometo que…

—Yo te prometo, yo te prometo—se burló—. Solo te falta prometérmelo por Snoopy, pija. Mira, yo llevaba una cierta cantidad de dinero para hacer unos pagos. Y me resulta muy sospechoso que…

—No, no. Yo no te he robado nada, Sonia.

—Eso habría que verlo—me acusó.

—Pero que a mí no me puedes acusar así por la cara, no es justo…

—No, claro, no es justo porque tú vales más que las demás, ¿no? Estás muy equivocada, Jimena, pero que muy equivocada. Para mí, lejos de valer más, vales mucho menos.

—Me tienes enfilada, Sonia, enfilada…

—Y tú sabes muy bien la razón, así que no me busques la lengua. Hay muchas personas que necesitan más este puesto que tú. Y tú lo has obtenido por tu cara bonita. Que tenéis mucha ventaja en la vida los de tu clase.

—Vale, no puedo negar que me echaran un cable para entrar. Y aun así estoy tratando de defender mi puesto con toda la dignidad del mundo.

—Si tú lo ves así… Y por mucho que me digas, a ti no te llega el sueldo para todo lo que necesitas.

—Lo cual no me convierte en ninguna ladrona, ¡¡no hay derecho!! —le chillé.

—Menos humos o te pongo en la calle igual. Claudio es un hombre justo, lo cual no significa que vaya a tolerar las faltas de respeto en el trabajo. Y mucho menos que se cometan delitos. Confiesa, ¿qué hay de mi cartera?

—¡Que yo no sé nada de tu cartera! —le repetí y no pude más con la presión. Quizás me la jugué, levantándome y saliendo al pasillo, donde comencé a llorar a mares porque no podía soportar la desconfianza de esa mujer.

Llevaba allí como cinco minutos, en los que ella no se dignó salir, cuando pasó Roberto. Para mí, como si viera pasar a Dios. Enseguida se me acercó y borró mis lágrimas con sus dedos.

—Ey, ey, ¿se puede saber qué le pasa a mi pija preferida? —me preguntó.

—Que Sonia me está acusando de haberle robado la cartera del bolso. Y yo seré muy pija y le caeré como el culo, pero te prometo que no le he robado nada.

—¿Te está acusando de haberle robado? ¿Dónde está?

—Ahí dentro, pero Roberto, no se te ocurra hacer nada, que cualquier día te ves tú en un problema también y no quiero.

—Y yo no quiero ver que ciertas personas se toman algunas licencias que no deberían. Déjame a mí.

Cerró la puerta cuando quise entrar. Yo solo escuchaba gritos por parte de ambos hasta que finalmente solo era él quien elevaba la voz, indignadísimo.

No me sentía nada bien porque no deseaba que se la jugase por mí. Estábamos en esas cuando vi a Lucía corriendo con la susodicha cartera en la mano.

—Se le debió caer del bolso a Sonia, una mujer me la ha dado, se la ha encontrado en el suelo.

—Gracias a Dios—suspiré.

Ella entró cuando Roberto salía y él entonces se paró y se la quedó mirando.

—Ya, qué casualidad, y seguro que el dinero ya voló—le comentó por todo "gracias" a Lucía, la cual se encogió de hombros porque no tenía ni idea. Esa era la única realidad.

—Lo primero que deberías hacer es comprobarlo—le comentó Roberto, mirándola con total indignación.

—Bueno, pues parece que sí, que el dinero está—tuvo que dar ella su brazo a torcer porque era evidente.

—¿No me digas? Quizás, en ese caso, deberías salir a pedirle excusas a alguien, ¿no crees? —le preguntó él con sorna.

Ella lo hizo, de mala gana, pero lo hizo. No se notaba que fuera de corazón, aunque era evidente que había metido la pata hasta el fondo.

—Jimena, la cartera ha aparecido. Puedes quedarte tranquila—me dijo con cara de asco.

—¿Y eso es todo? ¿Ni una disculpa? —le recriminó Roberto.

—Se ve que me equivoqué contigo, lo siento—pronunció casi en un murmullo porque se notaba lo mucho que le jodía tener que admitir su tremenda cagada.

—Vale, no pasa nada—le comenté tratando de hacerme la digna y sin lágrimas ya en mi rostro.

—No, claro que pasa… Pasa que no se puede acusar a la gente por toda la cara. Eso es lo que pasa, Sonia—añadió él en el colmo del fastidio, que era como estaba.

Sonia salió andando y Lucía se acercó a Roberto.

—Ole tú y ole tu arte… Nadie nos había defendido así nunca, gracias—se las dio de corazón y se fue también.

—Muchas gracias, de verdad—añadí yo mientras él me daba un abrazo.

—De nada, pequeña, de nada… Y ahora, tú y yo nos vamos a ir a tomar un café—me dijo mientras me hacía una carantoña.

—Qué va, no puedo. Si Sonia me descubre holgazaneando…

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi pija favorita? ¿Acaso es holgazanear tomarse un cafecito a media mañana? Venga, va…

—Espero que no nos vea. No quiero más problemas con esa mujer.

—Con esa bruja, habrás querido decir. Si te sobrevuela de nuevo con su escoba, me avisas.

—¿Y qué harás? Ella tiene cierto poder, es la coordinadora de todas nosotras y…

—Lo mismo es más fácil que todo eso, tú no sabes la buena puntería que tengo yo a pedradas— me comentó entre risas.

Capítulo 26



Al día siguiente me encontré con Abel, como ocurría cada mañana. Siempre tenía un momentito para pararse a hablar conmigo, de lo más amable.

—Buenos días, ¿qué tal? —le pregunté.

—Un poco estresado, pero no creo que tenga derecho a quejarme. Tu trabajo es más duro que el mío y te veo con una sonrisa.

—Es que me ha hecho gracia, porque una mujer iba canturreando por El Arrebato y cuando ha pasado he seguido la letra. Me la he aprendido de escuchársela a los chicos del barrio, que la cantan en la puerta.

—Qué barrio tan pintoresco ese, ¿no?

—No lo sabes tú bien. Es en el que comparto piso aquí en Málaga con mis compis, nada que ver con donde he vivido hasta ahora en Sevilla.

—Oye, me tienes que contar un día ese cambio de vida tuyo porque hay muchas cosas que no me cuadran—me sonrió.

—Ni a mí tampoco y mira, aquí estoy—le devolví la sonrisa.
—¿Y con tiempo para un cafecito?

—Creo que no, lo siento de veras. Es que Sonia es muy estricta y hemos tenido una semana muy complicada con ella. En realidad, ninguna es buena con esa mujer, pero que esta es peor porque la hemos cogido…

—Con los cuernos de punta, así la habéis cogido.

—Ya, es una manera de hablar, ¿no?

—No, es real. Sonia tiene problemas con su marido, al que encontró siéndole infiel, y me parece que está pagando con quien no debe.

—Caray, más de una vez hemos especulado y hasta bromeado con eso, si bien no tenía ni idea de que fuese real. Madre mía…

—Bien, pues ahora que ya lo sabes, comprende que un cafecito no es un delito.

—Si te ha salido un pareado…

Me fui con él. Y lo más curioso fue que, lejos de tomarlo en la cafetería, me llevó a su despacho, el cual estaba muy bien decorado por él, con mucho estilo, y resultaba muy confortable.

—No esperaba tomarlo aquí.

—Sí, perdona… Parece que estemos gafados. Debo atender esta llamada—me dijo al volver a sonarle el teléfono.

—Claro, por favor, te espero fuera.

—No, para nada, toma asiento, por favor.

Lo hice y le escuché hablar. Sin duda lo hacía sobre un caballo de nuevo y las noticias eran buenas. Cuando terminó, se disculpó.

—Lo siento. Era el veterinario de las cuadras. Resulta que Libre, mi caballo, ya está bien del todo después de una lesión que sufrió en una pata, y listo para ser montado.

Me comenzó a contar y le sorprendió que antes de que mencionase el tipo de lesión del animal yo ya hubiese dicho su nombre.

—Pero bueno, ¿también sabes de caballos? —me preguntó sorprendido.

—Sí… Bueno, es que he montado toda la vida. Ya, que me ves así, con un uniforme de limpiadora y apenas das crédito a mis palabras, ¿no? —le pregunté.

—Yo lo único que veo es a una chica preciosa, eso es lo único. Y brillante, aparte de sorprendente, porque siempre me sorprendes. Tienes muchas cosas que contarme.

—¿Yo a ti? ¿Te interesa saber de mi vida?

—¿Y tú lo dudas? Claro que sí…

—Ay, Dios, perdona—le comenté mirando mi WhatsApp—. Que es Lucía, que me dice que Sonia ha visto mi carrito vacío y que me está buscando hecha una furia. Es que me la tiene jurada. Lo siento de corazón, me tengo que ir.

—Vale. Oye, ¿te gustaría venir mañana a las cuadras conmigo? Quiero ir a montar a Libre un rato. Así podrías conocerle.

—Claro, me encantaría.

—Pues me temo que necesitaré un teléfono en el que poder contactarte. Por mucho que haya buena onda entre los dos todavía no puedo meterme en tu cabeza—me dijo con mucha seguridad.

—Qué fastidio para un neurocirujano…

—Muy aguda. Ese teléfono, por favor.

—Vale, toma nota.

Estaba muy contenta por lo que me acababa de suceder, pero loca por salir corriendo y que Sonia no me la liara parda, lo cual era bastante improbable.

En el fondo, ya sabía el porqué de la amargura de esa mujer que me recordó a mi madre cuando mi padre se marchó con Olivia. Por cierto, que ella estaba mejor cada día y que a mí me intrigaba cantidad qué traía entre manos.

Llegué donde Sonia y tuve que aguantar el chaparrón porque no quise contarle que estaba en el despacho de Abel. No quería parecer una chismosa ni que ella me considerase una trepa. Mejor no darle ninguna confianza a quien había demostrado sobradamente que me detestaba.

Desde luego que no me equivoqué. Me la encontré dando gritos y haciendo aspavientos. No podía ser más antipática y bruja, aunque yo trataba de tomármelo ya con un poco de filosofía. Bastante tenía con las ampollas de mis manos, que me estaban matando, y con esas que todavía seguía sintiendo en el corazón, pues mi cambio de vida fue fulminante y en el que se suponía que iba a ser el gran verano de mi vida. Pues menos mal…

Capítulo 27



Todavía estaba en la cama cuando me llegó el mensaje de Abel. La noche anterior estuve con Roberto viendo una peli hasta tarde en el sofá. Juntos, pero no revueltos, y eso que mi compi me miró todo el tiempo con carita de mucho deseo.

Contenta, consulté el mensajito.

Él: "Hace un día precioso y Libre se pondrá muy contento al recibir la visita de una chica tan bonita"

Yo: "¡Hola! Pues tendremos que darle esa alegría"

Él: "Estoy de acuerdo. Paso por ti en una hora"

Ya estaba yo saltando de la cama y yendo hacia la cocina, en la que prepararme un café.

—¡Buenos días! —exclamé a un somnoliento Roberto.

—Con cuánta vitalidad se levantan algunas, ¿te apetecería que fuésemos a patinar? Puedo enseñarte…

—No me veo yo patinando mucho. Aparte de que no tengo patines.

—Eso se puede solucionar. Pasamos antes por una tienda donde me hacen precio, que somos amigos, y te regalo unos.

—No, no, qué va… No puedo aceptarlo, pero que muchas gracias.

—Mujer, que son unos patines… Tampoco me arruinaré por eso. Además, yo estoy seguro de que les vas a sacar partido. Te veo patinando…

—Y yo te lo agradezco cantidad, en serio. Es que—me aclaré la voz porque me daba un poco de pena—, resulta que me voy a ir con Abel a unas cuadras donde tiene a su caballo.

—Ah, vale, Abel… Entonces no he dicho nada.

—No te molestes, ¿vale? Solo es una invitación para pasar un rato. Además, que yo no tengo que darte explicaciones—me quejé.

—Por supuesto que no me las tienes que dar. Toma tu café—me lo preparó pese a todo y me lo tomé ya en mi dormitorio, eligiendo un modelito cómodo, pero a la vez elegante, que llevar.

Enseguida estuve como un pincel con mis pantalones beige y mi camisa blanca, entallada, ideal… Olisqueé desde la ventana del salón y le vi en su descapotable, súper atractivo, mirando hacia arriba y como si esperase ver cómo me asomaba.

Unos chicos en la puerta le decían cosas sobre su coche, flipando y hasta tratando en vano de que les dejara dar una vuelta en él mientras las chicas cantaban por Omar Montes:

"Ay quién te come
Tan rico como yo
Como yo
Y quién te moja
Tan rico como yo
Como yo"

—Pero bueno, si es la pija, ¿dónde vas, guapa? —me preguntaron al salir porque ya lo decían con cariño. Se ve que yo les hacía gracia, me miraban como si fuera un personaje.

—Vamos a ver al caballo de mi amigo…

—Tu amigo va sin coche. Vaya tela, ¿qué es? ¿Futbolista?

—No, no…

—Pues dile que nos lleve a nosotras también, guapa…

—Otro día, otro día.

Él me miraba extrañado, arqueó su ceja y emitió un…

—Vas perfecta, Jimena.

—Claro, ¿tú qué esperabas? Oye, que viva en este barrio no quiere decir nada. Yo no pertenezco a él.

—Eso ya lo veo, guapa. No hace falta que lo jures. Llevas más dinero invertido en esos pantalones que todas esas chicas juntas en sus *outfits* de chonis—me comentó al arrancar.

—Pero tienen su gracia. Les estoy cogiendo hasta cariño. Se pasan el día cantando y…

—Si me lo imagino. Debe ser una aventura vivir en un sitio así.

—Ya luego te lo cuento todo. Sí, es muy curioso. Hasta el otro día fui a cortarme las puntas del pelo a la peluquería de una chica de color en la que estaban otras poniéndose las trencitas esas tan típicas…

Comencé a contarle y él se reía. Igual que me pasaba a mí hasta hacía muy poco, como que Abel no conocía ese mundo en el que yo estaba inmersa por obligación.

Llegamos a las cuadras, de lo más pijas, y en ese ambiente ya me reconocí más. A él se le notaba muy a gusto conmigo al lado porque no desentonaba en lo más mínimo, algo que creo que ya intuía cuando me invitó porque supo ver que yo era una pija metida a la fuerza en el cuerpo de una mileurista.

—Mira, este es Libre, ¿qué te parece?

—Guauu, pero qué guapo eres tú, ¿no? —le pregunté al animal comenzando a acariciarle.

—Le caes bien, no lo dudes. Libre es un poco suyo y no se deja acariciar por cualquiera.

—Anda, pues como yo, que tampoco me dejo acariciar por cualquiera—le comenté entre risas.

—Es que tú, obviamente, no eres una chica para cualquiera, sino para alguien que sepa apreciarte.

—Eso digo yo, que estoy muy desaprovechada—bromeé.

Reconozco que me deslumbré un poco, aunque en el fondo debía ser de lo más normal. Por un rato, volví a mi mundo, a ese mundo en el que me desenvolvía como pez en el agua. Nadie diría, viéndome desde fuera, que vivía donde vivía y que andaba por el mundo sin una triste tarjeta y sin un euro en el bolsillo.

—Pues eso no se puede consentir—respondió de inmediato—. ¿Tú qué dices, amigo? —le preguntó a su caballo quien relinchó en ese momento. Fue muy simpático, como si le hubiese entendido—Yo opino que este grandullón quiere que lo monte. Hace demasiado tiempo que no cabalgamos juntos, ¿te importa? —me preguntó por la posibilidad de montarlo en las pistas.

—Claro que no, me encantará verte.

—Pues entonces no se diga más.

En nada estuvo arriba del animal. Su dominio era total, formaban un gran equipo. A mí me picaba mucho el gusanillo porque siempre monté con Gala, a quien seguía teniendo un poco abandonada en aquellas semanas que llevaba en Málaga.

En varios momentos le aplaudí y hasta le silbé. Finalmente, llegó hasta mí.

—¿Te apetecería montarlo ahora? —me comentó.

—¿No te importa? ¿Puedo? —le pregunté emocionada.

—Me importaría que no lo hicieras, ¡claro que puedes! ¡Venga!

Por un rato, sentí que volvía a ser yo, que regresaba a mi mundo. Da igual cuánto haga que no montas a caballo. Hay cosas que nunca se olvidan y me aplaudió mucho también.

—Me has dejado embelesado. Menudo estilo has derrochado sobre Libre—me comentó mientras me bajaba.

—Si es que ya te digo que yo el estilo lo tengo, aunque ahora parece que más bien lo tenga escondido—titubeé.

—No, el estilo no se esconde, preciosa.

Capítulo 28



Me invitó a almorzar. Tenía muchas ganas de hablar conmigo y era la ocasión ideal.

Me llevó a un restaurante muy exclusivo cerca de la playa, la cual hago un inciso para decir que no había pisado desde que estaba allí y ya era hora de que eso comenzase a cambiar.

Pedimos un vino blanco fresquito que entraba solo junto con un pescadito frito que alimentaba desde lejos. Junto a él, unos entrantes bastante más delicados y muy sabrosos, creando contraste en la mesa.

—Bueno, pues ya es hora de que me expliques todo, porque contigo voy a ciegas, me tienes de lo más intrigado. ¿Se puede saber qué hace una chica como tú en ese puesto de trabajo?

—Que es muy digno, ¿eh? Por otra parte—añadí porque estaba agradecida.

—Por supuesto que lo es, bonita, pero que no está hecho para ti. ¿Cómo es que no has terminado tu carrera?

—Cuestión de mala suerte. La cursaba en Madrid, en la privada… Iba un poco tranquila, tampoco te lo niego.

—Ya, mucha fiesta, ¿no?

—Tú te irías menos. Eres neurocirujano, no te imagina de fiesta en fiesta todos los findes.

—También me corrí las mías, no creas. Luego era muy centrado, eso también. Ahora lo pienso, rondando los 40, y da tiempo para todo.

—Ya, pues a mí me dio algo menos. Y a mi padre se le fue la paciencia. Más que nada porque se ha largado con una chica muy joven y nos ha dejado a mi madre y a mí a dos velas. Todavía no me lo creo. Si yo era la niña de sus ojos o eso pensaba—lo lamenté.

—Yo tampoco me lo explico, ¿y no pudiste encontrar algo menos duro? ¿Y más cerca de tu casa? Oye, que yo encantado de que estés aquí.

—Pude, pero lo desaproveché. Iba de sobrada, esa es la verdad. Se me ha estado bien empleado acabar con la fregona en la mano. Y encima, tengo que agradecer la oportunidad que me han dado. El padre de mi amiga habló con Claudio y me dijo que viniese a Málaga.

—Ya, pues ojalá hubiera podido darte un puesto más acorde con tu formación.

—Sí, porque también hice el grado de Técnico de Laboratorio, pero las cosas están fatal.

—Ojalá yo pueda ayudarte. Tengo confianza con Claudio, quizás…

—No, por favor, no te involucres. Claudio lo sabe todo ya y, si puede, supongo que hará lo que sea, pero no quiero señalarme más. Todo está bien.

—Vales mucho, Jimena, no todo el mundo sería capaz de adaptarse.

—Lo mío me está costando, aunque sé que saldré adelante.

—Dame las manos, por favor—me pidió.

Me daba mucho apuro y aun así lo hice. Él les dio la vuelta y acarició mis ampollas.

—Hay una crema muy buena para esto. Yo la llevo en el coche, luego te la daré.

—¿Tú tienes ampollas en las manos? Venga ya, ¿a quién quieres engañar?

—Reconozco que las mías son del gimnasio. No me gusta ponerme guantes. ¿Tú vas al gym?

—Ahora no voy a ninguna parte porque estoy tiesa, no te lo voy a negar. Pero me gustaría.

—Cualquier día te puedo llevar como invitada al mío, es el mejor de todo Málaga, te gustará.

—Vale, pues un día de estos…

Hablábamos el mismo idioma y me sentía muy cómoda. También cuando, terminado el almuerzo, bajamos a la misma playa, a un precioso chiringuito con música en directo, en el que sonaba bachata.

—Ay, por favor, si esta me encanta—le comenté.

—Pues, ¿qué hacemos que no bailamos?

"No sé qué tienen tus ojos, tus labios, tu piel
Que nunca se acaba esta luna de miel
Somos la copa y el vino
Tú yo vamos juntos desde que nos vimos
Subimos, bajamos, lloramos, reímos
Y es que contigo, mi amor, todo me sabe mejor…"

Abel me llevaba genial y yo me deslizaba por la pista, de lo más insinuante. Dado que era temprano, y que mucha gente seguía almorzando, no teníamos a nadie más alrededor, por lo que podíamos movernos sin ningún impedimento, haciendo cantidad de figuras.

Después de esa, bailamos varias más, tras lo que nos sentamos, un tanto acalorados, y pedimos una copa.

—¿Y qué hay de ti? Porque nos hemos llevado todo el almuerzo hablando de mí y haciéndole un traje nuevo a Olivia, pero apenas me has comentado nada de tu vida.

—Mis padres están juntos, pero mejor que no. Él es el típico tío infiel que ha hecho a mi madre una desgraciada toda la vida. Y ella es alguien a quien le gusta aparentar por encima de cualquier cosa, y por esa razón se ha aguantado sus cuernos. No tengo hermanos, así que yo me lo comí todo solito. Digamos que hay Navidades con mejores vibras que las que se celebran en mi casa.

—Y aun así lo dices con la sonrisa en la boca, eso es guay.

—A cada uno nos toca lo que nos toca. También sé que he tenido suerte porque los dos apostaron por mi educación, en eso no me puedo quejar.

—Si es lo lógico, yo no entiendo cómo mi padre... Ay, por favor, que no quiero ser acaparadora. Ahora estamos hablando de ti.

—Para nada, yo lo que quiero es que te desahogues. Y estoy seguro de que tu padre entrará en razón en algún momento.

—Yo ya no lo creo. Creo que tendré que salir adelante yo solita.

—Igual yo podría ayudarte de otras maneras—me comentó y me ruborizó.

—No, no digas eso. No quiero que sientas lástima por mí.

—No es lástima. Es solo que se ayuda a la gente que se aprecia, Jimena—me dijo acariciándome la mano por encima de la mesa.

Capítulo 29



Pasamos toda la tarde paseando, tomando un helado, charlando…

—Quizás te resulte un pesado, y en ese caso no tienes más que decírmelo, pero el día se me ha pasado en un suspiro y me gustaría cenar contigo—me confesó al final de la tarde.

—A mí también se me ha pasado volando. Estoy de acuerdo, aunque necesitaría pasar por mi casa a arreglarme.

—Claro, así yo también podría organizar el tema de la cena.

—Igual no te es fácil reservar: sábado, verano y Málaga no es buena combinación para eso.

—Algo se me ocurrirá.

—De eso estoy segura…

Quedamos en vernos un par de horas después. Entré en casa y allí estaba Roberto, duchándose.

—¿Vas a tardar mucho? —le pregunté aporreando su puerta.

—¿Te vienes quemando? Porque eso es lo que parece.

—No, pero tengo un poco de prisa, que he de arreglarme.

—¿Prisa? Pues entra y dúchate conmigo—me propuso con una vocecita de querer guerra.

—Nada de eso, que me están esperando.

—¿Abel? ¿Te espera Abel?

—Oye, Roberto, que yo a ti no te pido explicaciones de tu vida. Venga, date prisa…

—Así me gusta, que se respeten los tiempos—salió a los pocos minutos con el pelo chorreando, muy guapo y deseable. Solo que yo mis ojos los tenía puestos en otra parte.

Me decanté por un precioso vestido blanco sin tirantes, altos tacones y pequeño bolsito a juego. El pelo suelto, que ya bastante hacía con recogérmelo todos los días para ir a trabajar—que al final entendí que era la mejor opción—. Elegí hacerme unas onditas delante y me vi muy favorecida con un fresco y juvenil maquillaje de noche.

Cuando Roberto me vio salir así del baño negó con la cabeza.

—¡Qué cruz! ¿Por qué he tenido que verte así y para salir con otro? —se llevó las manos a la cabeza.

—Tú sí que eres mi cruz, no te me pongas trágico, que seguro que también tienes plan para esta noche.

—Porque tú me obligas. Has de saber que eres mi primera opción, pero como resulta que yo no soy la tuya…

—Hemos tenido nuestros momentos. Y lo hemos pasado genial, ¿no te vale?

—No me busques la lengua, por favor. Vas preciosa, nena.

—Muchas gracias.

Ya me esperaba Abel en la puerta, con camisa blanca y americana azul, guapísimo y oliendo a uno de sus carísimos perfumes.

—Para matarse con el coche, no podré mirar hacia el lado—me comentó al verme.

—Si te vas a matar con él, déjanos antes cogerlo, tío—le comentó uno de los chavales del barrio, con una litrona en la mano, y que miraba el coche como si fuese de ciencia ficción.

—Si estudias mucho, seguro que un día podrás comprarte uno igual—le comentó él.

—Si yo estudio… Estudio cómo mangar uno de estos, pero se me resisten—rio el otro.

Puso el motor en marcha y cara de entender poco.

—Yo es que no sé cómo se puede vivir así, preciosa, ¿no opinas que hay que tener aspiraciones?

—Claro que sí, aunque depende de la suerte que se haya tenido al nacer. Muchos de estos chicos han pasado más tiempo fuera del colegio que dentro. Y en la mayoría de las ocasiones sus padres ni se han enterado. Yo lo sé por Virginia, que me cuenta estas cosas, porque ni idea tenía.

—Ya, ya… Bueno, espero que te guste la reserva que he hecho. No lo tenía nada fácil, así que he optado por darte una sorpresa.

—Seguro que me va a encantar, eso ni lo dudes.

—Eso espero, porque lo he preparado todo con mucho cariño.

Pronto vi que no íbamos a ningún restaurante, sino a una zona muy exclusiva de viviendas cerca de la playa, parando delante de una de ellas.

—Hice un intento y no hubo forma, así que opté por pedir cena aquí en mi casa, ¿es demasiado atrevido?

—Claro que no… Me encantará conocer tu casa—le comenté emocionada.

—Me dejas mucho más tranquilo.

Abrió y se trataba de una casa preciosa, en cuyo interior metió el coche, pues contaba con garaje, por supuesto. Era una virguería de vivienda, aunque a mí no es que me llamase en especial la atención porque había crecido en una así, igual que todo mi entorno.

—Muy bonita, tienes una casa muy bonita.
—Me alegra mucho que te guste. Mira, he colocado la mesa aquí, al lado de la piscina.

—Si lo llego a saber, me traigo el bikini.

—Siempre podríamos buscar otras opciones, en el caso de que te apetezca bañarte, claro—me susurró en el oído, erizando mi piel.

Estaba realmente guapo. Se quitó la americana, que llevó dentro, y me tomó de la mano para enseñarme la casa.

—Parece que está a estrenar, qué bonito todo—le comentaba por el estilo minimalista que reinaba en ella, todo con mucho espacio y colores muy claros que creaban una atmósfera muy agradable.

—Solo llevo un año aquí. Esta casa era mi sueño y el día que la estrené lo hice realidad. Ahora ya solo me queda encontrar a alguien con quien compartirlo—me dijo mientras me sonreía.

—No creo que te falten mujeres para eso—murmuré.

—Faltar no me faltan, pero la adecuada no llegó, todavía—puntualizó—. ¿Te voy sirviendo una copa?

—Sí, por favor—le pedí porque comenzaba a notar mucho calor en el interior de esa casa donde me estaba sintiendo tan atraída por él.

Me la sirvió de vino y apenas volvimos a salir al jardín picaron la puerta. Él se acercó y un par de camareros, perfectamente ataviados, entraron con diversas bandejas que colocaron en la mesa, tras lo cual se despidieron, no sin antes pasar él la tarjeta por el datáfono y dejarles una generosa propina.

Una vez se hubieron ido, me miró.

—Me pareció escucharte al mediodía que te gusta el marisco.

—Sí, claro, me encanta—corroboré mientras destapaba la más grande de las bandejas y aparecía una suculenta mariscada salpicada por dos grandes langostas que venían en la parte superior.

—Pues entonces, solo queda degustarlo. Siéntate, por favor.

Hacía un tiempecito que ya no comía así. El marisco no solo me gustaba, es que me fascinaba de siempre.

—¿Una ostra? —me ofreció rozando su mano con la mía mientras me la daba—. Son de mis preferidas, aparte de que tienen fama de…

—De afrodisiacas, ya lo sé. Y también me encantan.

Entreabrí los labios para tirar de ella y noté como Abel tragaba saliva. La tentación estaba ahí y algo me decía que la haríamos realidad esa noche, que de su casa no me iría sin probar algo más que su cena.

Todo lo que tenía Abel de guapo, lo tenía también de seductor y de buen anfitrión, porque en todo momento me estaba sintiendo muy mimada.

Aparte, tenía una conversación muy divertida. Comenzó a contarme anécdotas sucedidas en la clínica y yo le escuchaba embobada.

Cada vez tenía más claro lo mal que hice al perder el tiempo. Como médico especialista, su vida había sido muy bonita, aparte de que su cuenta corriente siempre estuvo boyante. Casi igual que la mía, que andaba en números rojos.

Yo podía estar hablando de tú a tú con él, y no que me sentía en franca inferioridad. Y no lo digo porque nadie sea más que nadie por su posición económica, sino porque él contaba con una vida de experiencias, congresos y mucho más que difería por completo de la mía.

—Está delicioso, muchas gracias, pero yo ya no puedo más o reventaré—le dije cuando me puse ciega de marisco.

—Ah, no, pues eso no puede ser… Espero que hayas dejado sitio para el sorbete de mojito que nos han traído también.

—¿Sorbete de mojito? Suena fabuloso. No lo he probado nunca.

—¿Qué me dices? Pues lo tienes que probar. Si quieres, sirvo uno y lo compartimos, yo también he cenado bastante.

—Claro…

—Pues entonces, acércate un poco mientras lo sirvo, por favor.

—Eso está hecho…

Yo estaba deseando acercarme y él que me acercara, era evidente por las dos partes. Fue un momento dentro, a la cocina, y sacó una gran y elegante copa donde lo sirvió.

Con una textura muy suave y que invitaba a paladearla, tenía una pinta increíble, aunque lo que de verdad me llamaba la atención era que él estuviera dispuesto a dármelo, como hizo.

Sentada a su lado, entreabrí los labios e introdujo la cuchara con mimo. Coqueta, saboreé el dulce y helado manjar, mientras de mi boca salía un "MMMM…"

De nuevo le vi tragar saliva y de la misma cuchara se sirvió igualmente, metiéndola en su boca. Y así sucesivamente hasta que acabamos con el contenido de una copa que nos acercó mucho, que nos acercó demasiado… y que, a pesar de todo, en vez de refrescarnos, nos calentó una barbaridad.

—Se te ha quedado un poco de sorbete aquí, en la comisura de los labios—me comentó mientras me lo apartaba con la yema de sus dedos.

Sonrojada, esperé a que lo apartase, cosa que hizo con total delicadeza, aprovechando ya para pasar sus dedos por el resto de mis labios, recorriéndolos con lentitud mientras yo lo miraba con mayor deseo que a ese sorbete exquisito que nos acabábamos de tomar.

Creí que me besaría en ese momento, si bien no lo hizo. Yo utilicé una de las servilletas a modo de abanico y entonces él se levantó para ofrecerme otra copa.

El jardín era precioso, muy cuidado y con unos muebles que invitaban a tumbarse en ellos, dispuestos alrededor de la piscina, como la suntuosa cama balinesa en la que me imaginé explorándonos, tumbados ambos, entre risas bobas y mucho erotismo.

Cuando vino con las copas, ya también había puesto música y sonaba Camilo, "No se vale".

"Tiene una cara bonita
Y ni pa' que les cuento de su corazón
Que se fuera es culpa mía
Aunque le dije que era culpa de los dos
De mi fondo de pantalla nuestra foto juntos
Yo no la he borrado
Ella ya tiene un futuro
Y yo sigo atorado viviendo el pasado…"

Mi bonito vestido blanco se movía ya al compás de esa rítmica canción que comencé a bailar yo sola. Para qué hablar de su cara viéndome moverme así, haciendo todo tipo de gestitos de lo más simpáticos.

Cuando llegó a mí, me dio a beber de mi copa y luego la dejó encima de la mesa mientras me tomaba por la cintura y comenzaba a bailar conmigo, tan cerca que podía notar lo más salvaje de

su anatomía brotando de su entrepierna.

Se preveía que aquella iba a ser una noche tórrida, una noche en la que ambos teníamos ganas de darnos el uno al otro. El ambiente era ideal, con todas aquellas luces del jardín apuntando hacia nosotros como si fuésemos dos estrellas. No demasiado potentes, eso sí, creando un ambiente ideal que invitaba a hacer aquello que tantas ganas teníamos.

La primera de las canciones que bailamos aún no había terminado cuando él ya me estaba besando. Y yo me entregaba con énfasis a aquellos besos que tanto me gustaron desde el primero que recibí.

Mi cadera se movía al compás de la suya mientras nuestros labios se iban descubriendo el uno al otro. Aún sabíamos al dulce del sorbete de mojito, de un mojito que se coronó como el rey de esos adictivos besos que nos estábamos regalando a montones.

Cada canción terminaba conmigo echándome hacia atrás y él sujetándome, momento que Abel aprovechaba para besarme incluso con más fogosidad mientras yo me sentía de lo más sexy entre sus brazos.

Las ganas que nos teníamos iban a más y era evidente que nos quedaban muchas canciones por bailar, porque no sería fácil contener esas impresionantes ganas que nos hacían sentirnos dueños del otro.

Una nueva y más lenta canción nos llevó a que la fricción de nuestros cuerpos ya fuera total y entonces sentimos que saltaban chispas. Unas chispas que nos conducirían a encendernos el uno al otro.

Capítulo 30



Ya nos quemábamos el uno en brazos del otro cuando él miró de reojo a la piscina. Era evidente que el calor en Málaga aquella noche no daba tregua y que pocos lugares mejores para sofocar el nuestro que aquella piscina que Abel mantenía perfecta, con un agua limpia y transparente fantástica para zambullirse en ella.

Fue él quien me quitó, con lentitud, la cremallera del vestido para dejarme únicamente con mi tanga, puesto que el escote que yo llevaba no requería sujetador, dada además la tersura de mis senos.

Su mirada se fue directa a ellos, tomándolos con sus manos mientras yo abría los botones de su camisa. También su pecho llamó mi atención, por su anchura y su definición.

Él mismo terminó de desnudarse y también fue el encargado de despojarme de mi tanga. Para ello, y como si fuera a pedirme matrimonio allí mismo, hincó la rodilla en el césped y lo fue sacando por cada una de mis piernas. Antes de deshacerse igualmente de mis zapatos, subió y me dio un beso en mi depilado pubis, tras lo cual, ya sí, me tomó en brazos y saltó conmigo al interior de la piscina.

Entramos en ella besándonos y cuando emergimos seguíamos igual. Él acariciaba mi cuerpo al completo mientras yo le rodeaba la cintura con mis piernas.

Tenía ganas de mí y de todas las formas posibles, por lo que por unos minutos me sacó de la piscina, quedando él dentro, y comenzó a lamer mi pubis mientras me recostaba en la bonita piedra que la rodeaba. Yo me derretía, casi literalmente, y hasta creí desmayarme cuando combinó el movimiento de su lengua con el de sus dedos para internarse en mí.

Me revolví, me revolví mucho mientras los gemidos de placer salían uno detrás de otro de mi boca, mientras creía que el calor me llevaría a fundirme con él.

Muy afanado, siguió y siguió hasta notar que cada vez mis gemidos eran más intensos y más profundos, así como más bajos, pues yo guardaba energía para ese grito final que acompañaría al orgasmo.

Cuando lo logró, entonces sí que chillé y él tiró de mi cuerpo hacia dentro de la piscina,

comenzando a besarme y buscando con sus dedos ese canal que le llevaría dentro de mí, la entrada secreta a un universo lujurioso que en esa ocasión sería acuático, pues seguíamos zambullidos en las refrescantes aguas de una piscina que era probable que llevásemos a punto de ebullición.

Abel entró en mí diría que con ferocidad y eso me puso muchísimo. Mientras, mis senos eran los destinatarios de sus caricias bucales, con su candente lengua como protagonista, y con su miembro recorriéndome por dentro hasta el último recoveco.

Sus manos también hacían de las suyas y me pellizcaban por distintos lugares, incluidos esos senos que cada vez se me endurecían más, haciendo juego con su pene en mi interior, que bien podría asemejarse a una barra de hierro al rojo vivo que fundía mis entrañas.

Muy entregada a él, y en ese maravilloso entorno, mis gemidos no paraban de fluir unos detrás de otros. Yo dejé la mente en blanco y me entregué a un goce que ya se adivinaba que sería mucho. En diversas posturas, le recibí en el interior del agua para luego, con él dentro, comprobar que salía de ella en dirección a esa cama balinesa que tantas ganas tenía yo de probar.

No me decepcionó, ni mucho menos, ya fuera del agua… Abel era puro fuego y así me lo estaba demostrando dándome en todas las posturas, a las cuales yo me acoplaba.

A cuatro patas, sostenía mis muñecas mientras se iba introduciendo en mí y las palabras más libidinosas las depositaba en mi oído, en ese que deseaba escucharle tanto como sentirle. Sedienta de él, bebía de su boca una y otra vez, para lo cual en muchos momentos debía ladear mi rostro y entonces su sonrisa me recordaba que le ponía mucho lo que veía.

Abel me tomaba por la cintura y, en momentos como esos, aumentaba la potencia… Una potencia que iba a más y a más, gracias también a lo mucho que mis gritos le pedían que así lo hiciera.

Cuando me tumbó de cara a él y levantó tanto mis piernas, colocándolas en sus hombros, sentí que choreaba para él. En esos momentos me daba más a fondo todavía y yo creía levitar. Y entonces comenzó a simultanear sus embestidas con esos tocamientos en el clítoris que ya me sacaron de mi piel, casi literalmente.

Como si me estuvieran dando electricidad, y de modo directo, yo saltaba en aquella cama balinesa, tan blanca y suave, mientras mi clítoris amenazaba con abrirse de una vez, explotando.

Lo logró con ese juego entre su pene y sus dedos… Y ese segundo orgasmo fue más largo, caliente y brutal que el primero, llevándome directa a su cuello, el cual mordí.

No pareció importarle en lo más mínimo y siguió indagando en mi interior. Abel era travieso, juguetón y no se cansaba de darme juego mientras su pene se engrosaba en mi interior rozándose al máximo con mis paredes.

Si en algo estaba empeñado, era en hacérmelo pasar bien. Y cada uno de mis orgasmos, porque fueron varios, supusieron una especie de trofeo para él que sacaba la más sexy de sus sonrisas.

El alivio le llegó conmigo encima, saltando sobre él mientras mi lubricación le empapaba. Entonces me llevó hacia él y lamió mis senos, provocando que me corriera nuevamente y a la par que él.

Después nos quedamos allí, inmóviles y en el jardín, apenas pudiendo dar un trago a unas copas cuyo hielo ya se había derretido, lo mismo que él y yo.

—No tengo ganas de moverme, pero he de servir otras nuevas—me anunció.

Yo miraba ese culito respingón mientras iba a ello y sabía con certeza que la noche no había acabado. Esa nueva corpa que serviría nos llevaría también a otro acto sexual de duración indefinida. Eran muchas las ganas y sensacional la ocasión, al no tener que madrugar al día siguiente.

Capítulo 31



Cuando nos quisimos dar cuenta, abrimos los ojos y ya había amanecido en el jardín.

La noche anterior, tras volver a hacerlo durante horas, nos quedamos dormidos allí sin apenas darnos cuenta.

—Buenos días, ¿has visto dónde estamos? —le pregunté.

—Lo he visto, bonita, lo he visto. Es el sitio ideal para retomarlo donde lo dejamos—me comentó y así lo hizo, ese fue nuestro particular desayuno.

Una vez terminamos, yo entré a darme una ducha y él se quedó haciendo unas llamadas de teléfono, tras las que se duchó después.

Un desayuno servido por su parte en el jardín fue el colofón ideal para una noche que me tenía taquicárdica.

—Bueno, pues ya es hora de que vuelva a mi casa—le comenté tras degustarlo.

—Claro, ahora mismo te llevo. Ha estado sensacional, Jimena.

—Lo ha estado, lo ha estado—le guiñé el ojo.

Me llevó a casa y nos despedimos. Fue un poco lioso, porque yo no sabía si darle un par de besos o un pico al bajar del coche y, finalmente, la cosa se enmarañó y le di ambas cosas, tras lo que nos reímos.

—La pija viene de darse el gran revolcón—le dijo una chica llamada Saray a Jessy, que era otra de sus amigas y una de las que más cantaba flamenquito. Yo ya las iba conociendo.

—Y de los buenos, chicas—les comenté cuando él ya se hubo ido.

—Oye, no tendrás tú un cigarrito por ahí.

—Qué va, no fumo. Y vosotras tampoco deberíais, que es muy malo para la salud.

—Anda, mi madre, ni que fueras médica—dijo y me reí—. Oye, ¿y tú qué haces viviendo aquí?

—Pues es como un accidente—les comenté parándome un poquito con ellas.

—¿Un accidente cómo va a ser? Eso pasa cuando te caes del patinete y te partes los piños, pero lo de que tú vivas aquí es muy raro.

—Chicas, he caído aquí… Y al principio creí que me daría…

—Un jamacuco, ¿no? Es que tú aquí no pegas nada de nada.

—No, pero que ni tan mal—les dije, quizás porque venía muy contenta de estar con Abel.

—Ya, ni tan mal, pero ese novio tuyo no había pisado un barrio de estos en su vida. Se le nota en la manera de mirarnos.

—No es mi novio, no. Y bueno, no le culpo, yo tampoco había estado en uno de estos y ahora hasta canto por Kiko y Sara.

—Eso lo tenemos que ver nosotras. Venga, que te damos palmas…

"Que eres parte de mí
Que no puedo estar sin ti
Me susurra mi alma
Que no puede ser
Que te quiere ver
Vuelve a mí
Te amaré como si fuese hoy mi vez primera
Y sentiré tal vez, a mi manera,
Que todo es como ayer
Nada ha cambiado…."

Me metí a tope en mi papel y ellas dando palmas. Lo más divertido del caso fue que Roberto se asomó por la ventana de la cocina y Virginia lo hizo por la de su dormitorio, que también daba a la calle, y ambos empezaron a jalearme.

—Ole y ole—decían.

—Sí, ole la pija—asentían las chicas, encantadas.

—Bueno, pues ya me voy para arriba que al final estoy revolucionando a todo el barrio.

—Oye, tú no tendrás por ahí unos euritos, ¿no?

—Que no, de verdad que no, que no tengo nada. Y encima que sería para tabaco, venga ya por ahí las dos, chiquillas.

—¿Has dicho chiquillas? Madre mía que tú terminas hasta bailando por bulerías, pija.

Mucho me reí con ellas y más todavía cuando subí. Mis amigos me esperaban y me dieron un abrazo, aunque Roberto tenía el semblante un poco triste, eso no lo podía negar.

—Te he grabado, que sepas que te he grabado cantando—me decía Virginia.

—No, por favor, no te puedo creer, eso es chantaje puro.

—Sí, "Chantaje puro" como el de Shakira. ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas?

—¿Y tú? Si tienes el maquillaje corrido.

—Pues mira quién fue a hablar… Vaya dos. Yo vengo de estar con Leo, el chico que te conté, que he repetido con él.

—Pues yo… Si ya sabéis de dónde vengo, qué os voy a contar.

—Pues cuenta, que mira, hasta Gusiluz se ha sentado a escuchar.

—He estado en casa de Abel—les comenté. En ese momento, Roberto se volvió para servir café.

—O sea, que esta noche hemos mojado los tres. Y sin necesidad de traer churros ni nada—decía ella.

—¿Los tres? ¿Tú también, Roberto? —le pregunté.

—Pues claro que sí, ya te lo digo yo, que este ha vuelto también hace un rato.

—Anda, qué bien, ¡¡despiporre para todos!!

—Ah, oye, pero que aun así te tiene un regalito. Roberto es un cielo.

—¿Me tienes un regalo? —le pregunté algo más tranquila de conciencia, pues según decía Virginia él también se llevó lo suyo esa noche.

—Es más bocazas… Sí, está en mi dormitorio. Ahora te lo traigo.

Se fue para dentro y ella me miró.

—Le gustas, a este niño le gustas de verdad. Chica, si nada como ser un poquillo perra para que coman de la palma de tu mano. Por eso yo a Leo lo voy a aleccionar desde el primer momento, que luego se ponen muy tontos los tíos.

—¿Muy tontos? —nos preguntó él, que entraba en la cocina.

—Más tontos que Pichote, aunque no te daré más pistas.

—Bueno, si ya me imagino. Aquí tienes tu regalo, Jimena—me dio una gran caja.

—¡¡Que lo abra la pija!! ¡¡Que lo abra la pija!! —cantaba la otra.

—Dios, si pesa lo más grande…

—Igual es un cantazo por no haberte quedado con él anoche—reía la otra, que era un poco cizañera.

No lo esperaba, lo último que esperaba de Roberto esa mañana era un regalo y menos uno tan grande como aquel. Cuando lo abrí, me emocioné un poco al ver unos patines y de mi número.

—Si has acertado, ¡qué guay! —le cogí del cuello y le di un beso.

—No tenía mucho misterio, miré uno de tus zapatos y me acerqué al centro comercial. Te lo iba a dar anoche, pero como viniste con tantas prisas…

—Ay, cariño. Lo siento. Oye, esto lo tenemos que estrenar tú y yo. Y hoy mismo… Aunque sí te digo la verdad, me da un poco de miedo partirme algo y tener que decirle a Sonia que no puedo ir a trabajar.

—Tranquila, que está todo pensado. También te he comprado coderas, rodilleras, ¡y hasta un casco!

—¡No te puedo creer! ¿Todo eso?

—Claro que sí… Míralo, ¡y a conjunto!

Me lo comía por los pies porque era puro amor conmigo. Después de desayunar, salimos los tres. Él y yo con los patines. Y Virginia que decía que no se lo perdía, que ella tenía que grabarlo todo.

Las chicas que estaban en la puerta se desternillaron al verme.

—¿A dónde vas, pija? Ten cuidado, que los patines no llevan chófer, ahí te las tienes que apañar tú—me decían.

—Chicas, no me pongáis más nerviosa, que ya lo estoy bastante. Me tiemblan las canillas.

—¿Lo has escuchado, Roberto? Yo no sé si lograrás que patine o no, pero hemos hecho de ella una mujer de provecho. Ya dice que le tiemblan las canillas y todo—le comentó Virginia.

—Sí, estoy más orgulloso—se burló él.

—Oye, menos cachondeo, que estoy hecha un flan. Mira, ponme la mano aquí—le señalé a mi pecho y a él le faltó el tiempo.

—Es verdad, es verdad.

—Oye, pero quítala, que ya está bien.

—Si es que a quién se le ocurre, pija—negaba Virginia mientras lo grababa todo.

Más de una caída grabó también, porque la di. Pero Roberto lo tuvo todo previsto para que no me hiciera daño. Unas horitas más tarde, hasta comenzaba a patinar por mí misma y me lo estaba pasando genial, no parando de reír.

Lo malo de este tipo de cosas es cuando comienzas a confiarte. Y cuando yo lo hice terminé por caerme, ya a más velocidad, y sobre Roberto, al que tumbé de espaldas.

La escena fue de traca porque él no llevaba casco y yo le di con el mío en toda la frente. El pobre se levantó con su bonito rostro que era un poema, ya que en la frente le salió un chichón de la forma de un huevo de gallina, ¡y casi del mismo tamaño!

Para qué contar cuando el resto de las chicas, que mucho no tenían que hacer, vio aquello. Si hasta nos improvisaron un rap sobre la marcha, llamando a sus amigos.

Yo no podía parar de reír y Virginia tampoco.

—Te pasa todo por tener los ojos donde los tienes—le decía Virginia.

—¿Y dónde tengo yo los ojos? Si me ha arrollado ella como el tren…

—En el culo de la pija, ahí tienes tú los ojos todos los días—le comentaba ella sin poder parar de carcajear.

Capítulo 32



Tres semanas habían pasado desde ese día. Tres en las que me emparejé con Abel con toda regla, porque compartíamos muchos ratos, sobre todo en su casa, ¡y en la cama!

Yo estaba encantada porque tampoco es que tuviera mucha intención de alternar con su círculo, ya que dadas mis circunstancias me sentía un poco mal. Y a él tampoco es que pareciera que la vida social le atrajese demasiado, por lo que me dedicaba un buen montón de horas para mí solita y eso me llenaba cantidad.

Una sola vez en todo ese tiempo, la semana anterior, había ido yo a Sevilla porque tenía intención de recoger algunas de mis cosas y ver a mi madre. Él no me pudo acompañar porque me comentó que justo tenía un congreso. Me dio un poquillo de pena, aunque también entendí que se debía a su trabajo. Y en realidad fue estupendo porque mientras visité mi casa, él atendía lo suyo.

En lo que tuve mala pata fue en que Gala se encontraba de viaje con Jorge. Yo no lo pensé con demasiado tiempo y ya mi amiga tenía sacados los billetes. En cualquier caso, me prometió que nos veríamos pronto.

A quien sí vi, y bastante contenta, fue a mi madre, aunque no soltaba prenda del motivo que la tenía así de entusiasmada. Y eso que yo traté de sonsacarle toda la información que pude, pero no hubo manera humana.

—La señora está disfrutando de las mieles del amor y eso es lo más bonito—me decía Fernanda, quien también aprovechó para cobrarse su préstamo con intereses, como me prometió.

—Pero ¿de verdad vas a hacerlo? Que mira cómo tengo las manos de fregar, me cuesta mucho ganar el dinero, mujer…

—¿A mí me vas a contar tontunas? 14 años tenía yo cuando me metieron a trabajar por primera vez en una casa. Y me pusieron un uniforme con cofia y todo. Me vas a pagar hasta el último euro de intereses, con eso te lo digo todo. Y di tú que no calcule más y…

—No, no, ya te pago— le comenté porque estaba viendo que como no lo hiciera terminaría adquiriendo con ella una deuda astronómica.

Como ya digo, mi madre no soltaba prenda. Para mí que, al ser su primera relación tras tantos años de matrimonio con mi padre, como que la mujer quería ser cauta, aunque me hubiese encantado que se abriese más a mí.

—Mami, que tendrías que contarme—le decía yo.

—Que me da mucho corte hablar contigo de estas cosas, Jimena. El día que tenga que contarte algo, ya te lo contaré, ¿vale?

—Pero mírate, si estás feliz. Yo siempre te he contado mis cosas.

—¿Siempre vas a decir? Ay, cariño, no me tires de la lengua…

—Bueno, mami, casi siempre. Es que tengo derecho a saber a quién vas a convertir en mi padrastro…

—¡Que yo no voy a convertir a nadie en tu padrastro, hija! —se ponía a la defensiva.

—Oye, mami, que tendrías todo el derecho del mundo, no te lo tomes así. Papá ha hecho con su vida lo que le ha dado la real gana y tú debes hacerlo igual. Lo que no evita que yo tenga un montón de curiosidad.

—Pues la curiosidad mató al gato, Jimena.

—Pero yo no soy ningún gato, mami. Venga…

—Señora, la niña es más pesada que coger a una vaca en brazos. Dígale que se calle ya o me provocará jaqueca y no podré limpiar—le comentaba Fernanda, quien parecía haberme cogido una tremenda tirria.

—Hija, que dice Fernanda que…

—Mami, la estoy escuchando, que igual soy un poco pesada, pero no sorda.

—Se la podría llevar de aquí a hacer unas pocas de puñetas, señora, ¿cómo lo ve? —le preguntó Fernanda.

—Pues es verdad. Hija, te invito a un SPA, ¿te parece?

—Mamá, pero si estás canina, tú misma me lo dijiste, ¿ahora te llega para un SPA?

—Hombre, claro, porque una vez que la señora se te ha quitado de encima, que eres un parásito, ahora le llega para más cositas porque entre las dos nos organizamos, que somos como dos hormiguitas y ahorramos.

—Mamá, ¡que Fernanda me ha llamado parásito! —me quejé a boca llena.

—Hija, pero esas cositas te las dice ella desde el cariño, ¿es así o no es así, Fernanda?

—Claro que sí, señora—le contestó en tono malicioso.

—Mami, ¿y no será que te hayas echado un novio rico? Oye, que si es así por mí perfecto. Hasta quizás pudiera yo volver a casa, ¿cómo lo ves? Te prometo que ya he aprendido la lección. Lo único es que yo sí que me he echado novio allí en Málaga. Es más guapo… ¡y también está montado en el dólar! Mira la foto.

—Señora, la niña ya está buscando alguien que la mantenga. Ya me extrañaba a mí…

—Que no. Bueno, vamos a ver, que a nadie le amarga un dulce y que está forrado mi Abel, sí.

—Abel, ¿ese no fue el que mató a su hermano en la Biblia?

—Qué asco le tienes a todo lo mío, Fernanda. Pues no, so lista, que fue al revés. El malo era el otro, Caín, y Abel el santo.

—Ten cuidado con los santos…

—Y dale, mamá, que ya me hace rabiar otra vez. Y, además, que yo no busco que me mantenga, ahora tengo claro que voy a terminar mi carrera. Pero lo que sí es muy cierto es que Abel me pega. Nosotros hablamos el mismo idioma—les comenté entrecerrando los ojos.

—Claro que sí, idioma pijo, con más cuentos…—decía Fernanda porque no había nada que saliera por mi boca que ella no tratase de rebatir. Es que yo ya no podía verla y me mataba que mi madre la dejase campar a sus anchas, sin darle importancia a nada, porque esa mujer parecía estar en una nube. Sin duda se había enamorado y ya daría el campanazo.

Capítulo 33



Aquella noche, como muchas de ellas, llegué a casa de Abel. Era jueves y yo llevaba un monísimo conjunto de ropa interior de mis buenos tiempos, de cuando me gastaba unos cuantos cientos de euros en uno y me quedaba más ancha que larga.

Era negro y de encaje, con liguero y medias incluidos, por lo que me cambié en su cuarto de baño, ya que no tenía dónde disimular todo eso bajo la ropa en pleno verano y en Málaga, que hacía calor para parar el tren.

Salí y fui a buscarle a la cama… él me esperaba tumbado, con el máximo relax en el cuerpo. Yo disfrutaba cantidad de esos momentos íntimos en los que nadie nos molestaba, en el interior de su casa, donde a cada uno de nosotros nos asaltaban mogollón de ideas con las que despertar el morbo del otro en el sexo.

Cuando me vio lanzó un silbidito. Parecía encandilado con mi conjunto y con cómo me sentaba. Los ojos le brillaban y alargó un brazo.

—¿Puede ser que yo tenga más suerte que ningún otro tipo en el mundo? —me preguntó en ese momento en el que le sonreí con amplitud.

—La suerte también es mía, Abel—le respondí guiñándole un ojo.

A partir de ese momento, y dado que tenía puesta música sugerente de fondo, me contoneé delante de él hasta que el fuego de sus ojos ya no pudo más y entonces tiró de mí hacia él, comenzando a depositar uno tras otro, un millar de besos en mi boca.

Siempre me comentaba que le volvían loco mis labios, tan frescos y jugosos… Y luego hacía la broma diciendo que le ocurría igual con los de mi cara.

Abel no solo era atractivo hasta no poder más, sino que contaba con un sentido del humor muy ágil e interesante. Lo tenía todo para enamorar a una mujer. Y luego estaba lo de que todo le acompañaba, con esa casa y ese ambiente tan selecto en el que se desenvolvía. Una suerte.

Me llevó hacia él y me sentó sobre sus piernas, haciendo que comenzara a moverme, creando un roce que empezó a humedecerme mientras un jadeo salía de mi interior y él aprovechaba para

llevar su boca hacia mi cuello y comenzar a morderme de ahí hacia abajo, lamiéndome al mismo tiempo, como si pretendiese succionarme al completo, llevarme hacia él, meterme dentro de su cuerpo en lugar de introducirse en él en el mío.

Me llenaba mucho ese jugueteo en el que él imprimía el ritmo, conduciéndome de menos a más hasta lograr que ese roce pareciera desprender fuego mientras ambos nos entregábamos a un juego prohibido y ardiente en el que las horas se nos pasaban sin enterarnos.

Mi vulva ya estaba encendida cuando él me tumbó en la cama y la buscó, desprendiéndose con los dientes de mi tanga. Me dejó puesto el liguero y las medias, eso sí. Tampoco le molestaron mis zapatos de tacón. De hecho, verme con ellos en el sexo le ponía mucho porque era bastante fetichista.

A mí todas sus peticiones me parecían pocas y disfrutaba mucho pudiendo corresponderlas. Me pasaba el día ideando la próxima escenita sexual que viviríamos juntos y con él quería quemarme en el fuego que ambos avivábamos con solo acercarnos el uno al otro.

Yo notaba cuánto le ponía y eso me revolucionaba al máximo… Acodada sobre la cama, me levanté un poco para que pudiera desprenderse igualmente de mi sujetador y dedicase a mis senos esas atenciones que me hacían llegar a correrme en un tiempo extraordinariamente rápido, pues con Abel todo me resultaba muy fácil en la cama y el placer era total.

Virginia me decía, siempre que me escuchaba, que yo le tenía un poco idolatrado en ese sentido. Yo no compartía para nada su punto de vista y eso que me entregaba a él como quien lo hace a un dios del amor… Un dios que me regalaba las más lascivas de las caricias.

De mí sacaba unos suspiros tan hondos que creía derretirme en sus manos mientras me echaba hacia atrás y, cerrándome los ojos, me susurraba que no volviera a abrirlos hasta que él me lo indicase. Era una especie de orden, pero una orden que me hacía desparramarme desde mi interior con solo escucharla.

A partir de ahí, todo era pura invención por su parte. Esa noche cogió una pluma con la que se dedicó a estremecerme de una forma que mi cuerpo al completo se arqueó. Desde los labios de mi boca, hasta esos otros labios que en el sur de mi cuerpo le esperaban con auténtica ansia, me fue recorriendo mientras que mi cuerpo experimentaba unas sensaciones tan placenteras que el corazón se me desbocaba en el interior de un pecho que latía con toda la fuerza por él.

Sumisa, repetía su nombre mientras él llevaba esas caricias provocadas con su pluma hacia mis piernas, deteniéndose en la cara interna de mis muslos, para luego bajar por mis pantorrillas en busca de unos pies que también estimuló hasta el punto de que casi me hace correr así.

Luego dejó la pluma a un lado y me indicó que abriera los ojos. Le gustaba que yo viera cómo entraba en mí, cómo me poseía de una forma en la que yo parecía perder el sentido en líneas generales, aunque creo que en particular me estoy refiriendo al sentido común, pues me sentía enloquecer.

En él no solo encontraba la perfección de su cuerpo y el sexo que creaba en ese entorno que tanta

vida me daba, sino que también sentía esa erótica del poder que tanto tira, de un poder que él evidentemente manejaba a su antojo.

Entró en mí como solía hacerlo, de una forma casi salvaje que me hizo envolverle con mis piernas, como si temiera que no hacerlo le llevase a atravesarme casi literalmente, porque cuando se descontrolaba, el suyo podía ser un sexo muy fuerte… Un sexo muy fuerte que cada vez me tenía más adicta a él. A veces, mis gritos eran tales que se veía obligado a colocar su mano sobre mi boca para evitar que pareciese lo que no era.

En esa ocasión, le veía especialmente excitado por lo que, en un momento dado, me dio la vuelta y comenzó a azotar mi trasero con la palma de su mano. Eso ya lo había hecho otras veces y me ponía muchísimo. El calor subía en mí hasta parecer que el termostato se me hubiese averiado y mis gritos también subieron de nivel, por lo que me recomendó que me calmase un poco.

Pese a tener puesto el aire acondicionado a tope, que lo tenía, yo me sentía sudar a chorros. Su mano se deslizó hacia el interior de ese trasero mío y algunos de sus dedos se introdujeron en él. Nunca había practicado sexo anal y noté un cierto escozor que le hizo gracia.

—Tranquila, preciosa, tranquila—murmuró mientras me indicaba que siguiese tumbada y comenzando a hacerlo con algo más de tacto.

El corazón me latía con mucha fuerza y escucharle me tranquilizó. Solo era cuestión de que me relajase y comencé a hacerlo. Entonces, eso sí, sus dedos siguieron avanzando y de nuevo chorreé sudor.

Me encontraba muy nerviosa y le supliqué que no lo hiciera, que me estremecía solo de pensarlo.

—Ahora mismo lo dejo, cariño. Jamás haría nada que te hiciese daño, ¿lo sabes? —murmuró en mi oído y me sentí bien.

Sí que lo sabía. Con él me sentía cuidada, gracias a ese mundo que había creado y con el que yo tanto me identificaba. Pensé que, aunque su edad y su experiencia excedieran en mucho la mía, Abel y yo pertenecíamos al mismo mundo y eso ya lo llevábamos ganado.

Siguió por el mismo camino que había empezado, estimulando tanto mi vagina que muy pronto comencé a sentir ese calor nervioso que precede al orgasmo, el cual vino acompañado de una serie de contracciones que él aprovechó para entrar en mí, alargando esas placenteras sensaciones mientras apartaba mi flequillo de mi sudorosa frente.

Le sonreí, él parecía serio… Metido en su papel, su atractivo crecía y crecía mientras yo me sentía derretir por su lengua, por sus dedos, por su pene, por todo él.

Una noche más en la que no paró hasta que mis orgasmos me llevaran a doblarme, al borde de la convulsión. Con Abel todo se amplificaba y mi entrega era tan total que apenas podía acallar esos gritos míos que sonaban muy por encima de un hilo musical que, en su casa, siempre estaba listo para sonar de fondo durante nuestras maratonianas sesiones de sexo, tras las cuales yo me quedaba a dormir a su lado hasta la mañana siguiente.

Capítulo 34



Al día siguiente, Virginia estaba muy revolucionada con una idea…

—Yo tenía que hacérmelo este año sí o sí, Roberto. Es que moría por un traje de flamenca. Y bien sexy que es… Ya se lo he encargado a la costurera y…

—¿Alguien se va a vestir de flamenca? —le pregunté mientras le daba la vuelta a la tortilla de patatas que les estaba haciendo. Porque sí ¡yo ya comenzaba con mis pinitos en la cocina!

Ellos me habían ayudado cantidad, dándome muchos consejos, y yo me sentía genial y muy útil. He de decir que la primera me salió regular, pero desde entonces probé varias veces y ya me iban quedando bastante decentes.

—Claro que sí, niña, yo. ¿Y tú? ¿Qué harás tú? Falta nada y menos para la feria, ¡qué emoción!

—Nunca he venido a la de Málaga, fíjate. La de Sevilla no me la he perdido ni un año, hasta cuando estudiaba en Madrid me reservaba esa semana, pero a esta no he venido.

—¿Y tú qué tenías que hacer en agosto mejor que venir a la feria de Málaga?

—Chica, es que yo no paraba en todo el verano: Ibiza, Oporto, Calella, Santorini, Mykonos, Mónaco… Lo normal—suspiré.

—Claro que sí, lo normal… No he pisado ni uno de esos sitios en mi vida, pero lo normal. Pues chica, este año toca Málaga, ¿tú te puedes traer algún vestido de flamenca?

—Claro. Incluso le puedo decir a mi madre que me envíe alguno, porque tenía pensado ir a casa, pero la jodida se marcha de vacaciones. Y luego dice que no se ha echado un novio rico… A robar va a venir a la cárcel.

—Claro, Dios los cría y ellos se juntan, como tú con Abel—comentó Roberto.

—Abel no es rico, aunque hay que reconocer que tiene un nivelazo de vida.

—Ya, ya. Pues nada—murmuró resignado.

—Menos pamplinas y vamos a lo que vamos. Dile a tu madre que te envíe el vestido más bonito que tengas…

—Es complicado, tengo mogollón. Pero vale, o que me envíe unos cuantos…

—Madre mía. Si llego a saber que tenías una colección, andando encargo yo uno, con lo que me va a costar. Te mango uno fijo, aunque so asquerosa, no sé dónde metería yo mis caderas en un vestido de flamenca tuyo, ¿se puede tener más tipazo?

—Anda ya. Oye, ¿y Leo irá contigo a la feria?

—No, si te parece va a ir con otra. Pues claro. Supongo que tu Abel hará lo mismo, ¿no?

—Pues supongo, es que no es demasiado amante de las salidas.

—Ya, iba a hacer el chistecito de que es más amante de ti, pero vaya… Mujer, que a la feria va todo el mundo. Podríamos reunirnos en plan parejas, ¿tú con quién vas, Roberto?

—Pues ya veremos…

—Este es el más listo de todos. Para mí que engancha todo lo que se le pone por delante y sin compromiso, ¿es así o no es así, niño?

—Yo, punto en boca. Pero que en realidad a mí me gusta estar en pareja—dijo mirándome.

—Anda que te va a faltar a ti alguien con quien estar—añadí.

—Ya. Mira, el caso es que a mí me gusta una canción de un cantante que se llama Beret y que dice *"hay tantos con quien estar, pero no con quien ser"*.

—Niño, eso es muy bonito—le comentó Virginia.

—Sí que lo es—apostillé.

Seguimos hablando de nuestros vestidos y me alegré mucho de la cercanía de esa feria que serviría, quizás, para consolidar lo mío con Abel. Yo solía decir que éramos novios, pero era una manera de hablar porque nada habíamos pactado entre nosotros.

Esa noche, tras hacer el amor, lo hablé con Abel.

—Ay, preciosa. Verás, a mí es que esa fiesta no me gusta. El sábado de feria, todos los años, tengo el compromiso de ir a cenar con mis padres… Y poco más. No es una cita agradable, pero es de las pocas costumbres que mantenemos de siempre y a mi madre le disgustaría mucho que no fuera. Por lo demás, es que ni la piso.

—¿Y no podrías hacer una excepción este año? —le comenté.

—Es que de veras que no es mi ambiente. Me agobia, está demasiado masificada, viene mucha

gente de fuera. No me pongas esa carita, ¿vale? Te prometo que te compensaré—me aseguró.

—No, si no hace falta… Tú no me tienes que compensar por nada.

—Pero lo haré, te prometo que lo haré—insistió mientras me llevaba hacia su pecho para que descansásemos.

No podía negarle que él se desvivía porque nos lo pasáramos bien. Y si no era feriante, pues tampoco podía obligarle. Abel no se molestaba, ni mucho menos, porque yo fuera con mis amigos. Era una cuestión tan simple como respetar los gustos del otro y no obligarle a nada. No hace falta ni decir que esa no era mi intención, aunque me dio un poquillo de pena que no quisiera acudir, qué se le iba a hacer.

Ese sábado almorcé con Roberto y Virginia en casa, porque no solíamos pasar juntos todo el fin de semana Abel y yo, sino a ratos, lo que provocaba que yo ansiara la llegada de la noche para verle.

—Es que resulta que a Abel no le mola la feria, pero me ha prometido que me compensará—le conté a Virginia cuando me preguntó al respecto.

—Chica, pues qué soso. Porque él es malagueño de pura cepa, ¿no?

—Sí que lo es. Y para nada me resulta soso, que baila de lo más salado, pero todo no se puede tener—suspiré.

—¿Y no puede hacer una excepción por un día? Vamos, me pregunto yo—intervino Roberto.

—Es que yo tampoco quiero ponerle entre la espada y la pared. Bastante tiene con que debe cenar con sus padres allí el sábado de feria, por tradición familiar, y eso parece que le pudre la sangre. Es que no quiere contrariar a su madre.

—O sea, que para sus padres sí, pero para ti no—apuntó él.

—Roberto, por favor, no seas chinche. Yo respeto su postura, no te metas tú donde no te llaman. Yo sí que iré con vosotros, a él eso no le molesta.

—Es que solo faltaba—suspiró él.

—¿Quieres que vayamos hoy a patinar? —le pregunté porque le vi un tanto jodido y porque solíamos hacerlo de vez en cuando. Conmigo era masoquista y no le importó para nada lo del chichón aquel que le hice.

—No, gracias. Hoy se me han quitado las ganas.

Capítulo 35



Aún faltaban un par de semanas para la feria y en pocos días ya me había dado Abel la prometida sorpresa.

—Nos vamos a Ibiza, preciosa. No te vayas a creer que porque te hayan cambiado las circunstancias te vas a quedar sin pisarla este año.

—¿De verdad? ¿Nos vamos? Ay, por favor, qué ilusión… Si es que no me lo puedo ni creer, ¡me va a dar algo! —me llevé las manos a la cabeza.

—No sé qué te dará a ti, pero a mí quiero que me des un beso.

—¿Uno solo? Yo te como ¡¡es que te como!! ¿Dónde nos quedaremos?

—He alquilado una villa cerca de la playa con unas vistas increíbles, aunque me temo que las mejores vistas ya las llevo yo puestas—afirmó libidinoso.

—Pero eso te ha tenido que costar un riñón. Una villa así en esta época… El precio habrá sido prohibitivo.

—¿Y para qué sirve el dinero si no es para gastarlo con la chica de tus sueños?

—¿Con la chica de tus sueños? ¿Esa soy yo?

—Por supuesto que lo eres, preciosa, ¿Quién si no habría de serlo? Te prometí que te compensaría y lo haré. Quiero que seas muy feliz.

—Ya lo veo, ya. Eres un chico de palabra—le besé.

—Más bien un hombre de palabra, ¿no crees?

—Es verdad, bien corregido. Eres un hombre, todo un hombre—le besé.

A partir de ese momento me volví loca de alegría. Lo último que podía yo imaginar, tras el cariz que tomaron los acontecimientos, fue que pondría los pies en mi adorada Ibiza ese verano, ¡y lo

haría!

En casa lo anuncié a bombo y platillo.

—Madre mía, si es que las hay con estrella. Pues nada, preciosa, a brillar en las fiestas de Ibiza— me decía Virginia mientras nos comíamos unas deliciosas sardinas asadas que había preparado nuestro Roberto.

—Me alegro por ti—murmuró él, dejando de comer.

—¿No tienes apetito? Mira que yo soy como un gato. Sardina que dejes, sardina de la que me apropio—le hizo ver Virginia.

—Te las puedes comer todas. De veras que prefiero echarme un rato.

Se fue y nos quedamos a solas.

—No me mires así porque la realidad es que sí, que pienso que todo esto tiene que ver contigo, pija, pero tú no tienes la culpa de nada, ¿vale? —trató Virginia de convencerme mientras limpiaba las raspas de las sardinas como si fuera un gato.

—A mí me da cosita porque mejor niño no puede ser ni tampoco más mono, pero donde se me pone Abel…

—Ya, y todo lo que le rodea, ¿no? Porque Roberto no te puede dar nada de eso…

—Eso es verdad también. Ains, ¿y qué le hago? Yo quisiera que todos estuvieran contentos.

—Mi abuela te recordaría que nunca llueve a gusto de todos, esa frase siempre la tiene en la lengua.

—Tu abuela debe ser muy sabia, sí…

—Mi abuela es que tiene muchos años, cariño, pero no hace falta tenerlos para entender que tú debes seguir lo que te señale tu corazón.

—Y mi corazón me dice que está loco ¡¡por irse a Ibiza!!

Yo ya estaba morenita porque muchas tardes nos íbamos los tres a la playa, pero en Ibiza terminaría ya de coger un color perfecto que me recordase que era verano. Y que me trasladara, en parte, a ese verano de mi vida que yo pensaba vivir y que se truncó con la separación de mis padres.

Con Abel me estaban llegando muchas alegrías y cada una de ellas las celebraba yo como una fiesta. Me sentía muy contenta y, además, que tenía derecho a estarlo. Yo lo sentía por Roberto, pero nada podía hacerle. No le engañé en ningún momento, vivimos momentos chulos, lo cual no significa que llegara a prometerle nada.

Hasta se me ocurrió una idea: emparejarle con mi compañera Lucía. Ella era bonita y joven, muy joven también. Y Roberto contaba con un corazón que no le cabía en el pecho, por lo que me imaginé que no le importaría que ella fuera madre de dos hijos.

Yo es que deseaba vernos felices a todos y quizás se tratase de una buena idea.

En cuanto tuve la ocasión, traté de que nos sentásemos los tres juntos en la cafetería. Ellos se conocían de vista, pero nunca habían charlado ni nada parecido.

Roberto, tan simpático como era, le dio palique, aunque a pesar de ello yo notaba que me miraba mucho y que estaba en todo. Tampoco se le fue por alto que Abel llegó con un compañero, sentándose en otra mesa.

—Me vas a perdonar, pero yo eso no lo entiendo—me comentó más tarde, a la hora del almuerzo.

—Es que yo soy la primera que no pinto nada sentándome con él y con otro colega… Yo misma le digo que no hace falta—le defendí.

—¿Y tú cuándo vas a comprender que no eres menos que él por el simple hecho de que aún no tengas un título de Medicina?

—Si yo no lo veo así, lo que pasa…

—Lo que pasa es que tú mides a la gente por lo que tiene, Jimena, eso es lo que pasa—recalcó él.

—No digas eso, mira cómo os quiero a Virginia y a ti—me defendí con lágrimas en los ojos.

—¿A mí me querrías igual que a él siendo un simple celador? Me vas a perdonar, pero no me lo creo—negó.

Capítulo 36



El viernes por la mañana, yo estaba pletórica porque esa tarde volábamos a Ibiza. En cuanto saliéramos del trabajo, nos marchábamos directos para el aeropuerto.

Ya le iba cogiendo el tranquillo a mi trabajo y eso también me daba tranquilidad. La malaje de Sonia, como todos la definían allí, no es que simpatizara conmigo, pero al menos, y aunque nada dijera, tuvo que claudicar porque yo me dejaba la piel en que estuviera bien hecho.

Lucía llegó hasta mí a media mañana y la noté muy mal. No entendía qué le pasaba y enseguida le pregunté, porque hasta las lágrimas traía saltadas.

—No es nada, no me pasa nada, cariño—me respondió mientras se las limpiaba.

—No me digas que va a ser por el padre de tus hijos, ¿habéis discutido otra vez por la pensión de los niños? Hace falta ser criminal para desentenderse así de ellos, pero criminal de guerra, vaya…

—No, Arturo no me ha hecho nada.

—No te habrá hecho nada malo, pero tampoco bueno. Yo lo he estado pensando y de mi padre no quiero saber nada, pero Alberto, el padre de mi amiga Gala, fue quien me enchufó aquí al hablar con Claudio y es compañero de mi padre. Estoy segura de que si hablo con él te llevará el caso y sin cobrarte nada.

—No, cariño, por favor, estate quieta. Creo que voy a llegar a un acuerdo con Arturo, tú tranquila por eso.

—Anda, pues mira. Y entonces, ¿qué te pasa?

—Un imbécil que se ha tratado de propasar conmigo—me comentó.

—¿De propasarse? ¿Te ha hecho algo? ¿Quién ha sido?

—No me ha dicho nada y ni siquiera se ha acercado… Pero hay miradas que lo dicen todo, que te hacen ver que te tratan como si fueras un cacho de carne con piernas. Y me ha dado un asco…

—Dime ahora mismo de quién se trata y te juro que ese se va a acordar… Aunque fuera el mismísimo dueño de la clínica, vaya. Es que se la lío mortal al que sea, desembucha.

—Que no cariño, vamos a dejar las cosas como están. Yo también ando muy susceptible y lo mismo hasta he hecho una montaña de un granito de arena.

—No me lo creo. Tú vienes afectada de verdad y eso por algo. Las mujeres sabemos quiénes nos babosean. Oye, Roberto no ha sido, ¿verdad?

—¿Roberto cómo va a ser? Si es más bueno que el pan…

—¿Y entonces?

—No lo conozco, Jimena, no sé quién es… Igual un paciente o un visitador médico.

—¿Llevaba cartera? Porque visitadores no hay muchos y…

—Déjalo, cariño, de verdad. Hay muchos tíos que se creen con derecho a mirarte así solo por ser mujer. Y si eres pobre, como yo, mucho más.

—Lo dices como si a mí me salieran los billetes por la punta de las orejas.

—No, aunque tú no perteneces a este mundo y tarde o temprano volverás al tuyo—suspiró.

—Ay, nena, no me sufras tú por nada. Oye, ¿y qué hay de Roberto? ¿Salta la chispa o no salta la chispa?

—Por mí totalmente, es una monada de chico. Pero por él…

—Tú dale un poco de tiempo, que no está en su mejor momento. Pero en cuanto se le pase la tontuna…

—La tontuna es por ti, ¿verdad? Claro si no hay color—se miró.

—¿Qué estás diciendo, mi niña? Si vales tú más…

—Pero no soy como tú. Tú tienes estilo, tú tienes…

—Yo tenía dinero, y ya no lo tengo, punto. El estilo no te lo voy a negar, pero ese lo tienes tú también porque no está en el mercado. Eso no lo compras en Vinted…

—Ya, como los vaqueros de segunda mano—me sonrió.

—Eso es verdad, ¿sabes que me he comprado unos? Son unos Pepe Jeans ahí de tiro bajo de lo más monos. En la vida me había asomado yo a una App de esas, pero resulta que Virginia la estaba mirando y aluciné cuando vi los precios.

—¿A mí qué me vas a contar? Si no me compro nada nuevo desde que nacieron los niños.

—Pues lo mismo te da, porque lo luces todo a tope. Eres más bonita…

—Tú sí que eres bonita, ¿te hace mucha ilusión tu viaje a Ibiza?

—No te lo puedes imaginar y eso que será visto y no visto, el lunes tenemos que estar de vuelta aquí en el curro.

—¿Y qué? No sabes lo que daría yo por desconectar un par de días.

—Ya lo entiendo, cielo, ¿tú qué quieres que te traiga de allí?

—Anda ya, que para comprar regalos estás tú.

—Mujer, un detallito, venga, ¿qué te traigo?

—Tu mejor sonrisa, ese es mi regalo. Tráela de vuelta.

—De eso nada. Pídeme un bikini chulo o algo, allí los hay que son una verdadera virguería…

—Qué va, si yo tengo unos cuantos… Pasados de moda y descoloridos, pero me valen estupendamente.

—No, no, que tú tienes que ligar con Roberto. A ti te voy a traer uno de lo más chulo, ya lo verás.

—Que no hace falta, cariño—resopló.

—Que sí, ¿tú qué talla de pecho tienes?

—Yo tenía una 90, pero con los dos mamoncetes de mis hijos se me puso en una 100. Ahora ni lo sé, del tiempo que hace que no me compro un sujetador.

—Pues espera, que calculo—le puse las manos encima de los senos con la mala pata de que llegó Sonia, quien muy buenas pulgas seguía sin tener.

—Yo no me puedo meter en lo que no me puedo meter. Si queréis tener un lío, adelante, pero fuera de las horas de trabajo o…

—¡O nos pones en la puerta de la calle! —le repetimos las dos para su indignación y, cuando se marchó, lanzamos unas cuantas carcajadas.

Capítulo 37



Ya estábamos aterrizando en Ibiza y a mí la sonrisa no había quien me la quitara del rostro. Parecía que me la hubiesen fijado con laca.

Ese destino siempre me cargaba las pilas y poder ir ese año con Abel, pese al cambio total de circunstancias, era un sueño.

La villa que alquiló era magnífica, con increíbles vistas a la playa, como ya me había anunciado, y piscina infinita ubicada en una gran terraza.

Su interior, como no podía ser de otra manera, nos resultó totalmente acogedor, siendo muy amplio, todo decorado en estilo ibicenco con predominio del blanco y toques en azul, a juego con las vigas de madera del techo, también en ese tono.

Llegamos a media tarde con tiempo para arreglarnos y salir a cenar, aunque un primer polvo cayó en cuanto entramos a ducharnos juntos.

—Ya podemos correr o nos quedaremos sin cenar y tengo mucha hambre—le supliqué mientras me colocaba aquel vestidito ibicenco, en consonancia con la isla, que llevaba un cordón en la zona del pecho que lo hacía de lo más sexy, y hombros caídos sobre los brazos.

—No, aquí está todo cerrado con sus reservas y demás.

—Chico precavido—le dije tirándole de la camisa para besarle.

—Hombre precavido, si no te importa—me recordó causándome ese hormigueo que me llevaba a la taquicardia.

—Ok, ok.

Me dejé el pelo secar al aire libre, sacando de mí la versión más natural… Cuando lo hacía así, se me ondulaba ligeramente en su totalidad y adquiría mucho volumen. En resumidas cuentas, que también me quedaba ideal y él lo supo ver.

—Pareces una leona con el pelo así…

—¿Y eso te pone?

—No te puedes imaginar cómo me pone. Saca mi lado más salvaje…

Algo sí que me podía imaginar. Salimos en un coche que alquiló nada más llegar a la isla en dirección a un bonito restaurante de playa donde nos decantamos nuevamente por el marisco, ya que era muy del gusto de los dos.

Abel no reparaba en gastos y todo le parecía poco para que estuviera contenta. Una vez terminamos de cenar en el más idílico de los marcos, llegó la hora de la diversión.

—Oye, igual tú prefieres otro plan… Yo es que cuando vengo aquí con mis amigos nos vamos a las discos y eso. Pero si no, podemos ir a un sitio más tranquilo.

—¿Me estás llamando viejo o me lo está pareciendo a mí? —arqueó una ceja causando mi risa.

—No se me ocurriría tal cosa, ni que estuviese chalada… Tú estás muy bien, pero que muy bien. Y me pones…

—¿Cómo te pongo? —me preguntó mientras nos subíamos en el coche.

—Pues mira, ¿responde esto a tu pregunta? —le llevé su mano debajo de la falda de mi vestido y al acercarla a mi tanga comprendió que si estaba así de mojado tenía mucho que ver con él.

—Has abierto la veda y eso es muy peligroso. Te advierto que, si no llegamos a bailar, será tu culpa. No, es broma. Primero iremos a bailar y después… Después ya veremos lo que hacemos —pronunció con tanta lujuria que me mojé mucho más.

Llegamos a una de las principales discos de Ibiza donde el ambiente ya resultaba de locura. Si las llaman las catedrales de la fiesta es por algo, ya que su ambiente nocturno es único.

Su increíble recinto, al aire libre, animaba a las masas, y qué decir de esa piscina en la que más de una vez había terminado yo misma el despiporre nocturno.

La música electrónica ya sonada a tope, aunque de vez en cuando se entremezclaba con otros éxitos comerciales. Tampoco faltaban pop y música latina, siendo esta última la preferida de mi guapísimo acompañante, ese al que más de una le echó una miradita lujuriosa, aunque en honor a la verdad también vi a más de uno que me hubiera lanzado fichas de ir sola y no con él.

Su camisa blanca hacía juego con su preciosa dentadura.

—Una vez coincidí aquí con Shakira—le comenté hablándole en el oído porque la música sonaba a tope.

—Y desde entonces no habrá levantado la cabeza. Es que compararse contigo debe resultar muy duro.

—Eh, no te burles de mí…

—¿Crees que es una burla? Da igual que se llame Shakira o Pepita López, ninguna se puede comparar contigo—me comenzó a besar mientras la música sonaba a tope y comenzamos a bailar.

Fue una noche de locos, lo pasamos realmente bien y me reí muchísimo con las carillas que ponía cada vez que iba por bebidas y algún chico, o grupo de ellos, se me acercaba. También a él trataban de darle un buen repaso en la barra, que más de una se lo comió con la mirada.

—El morbo reside en que pueden mirarte y hasta tratar de ligar contigo, pero luego te vienes conmigo y tu cuerpo es mío—me decía en el oído y yo pensaba que con él me sucedía lo mismo.

Bailamos hasta que las puertas amenazaron con cerrarse. Yo bebí más copas que él, puesto que en su caso debía conducir y era un hombre que controlaba, lo controlaba todo.

El alcohol corría por mis venas cuando, al llegar a la villa, lo hicimos en la terraza mientras él me demostraba ese lado salvaje que allí supo sacar más que en ningún lado.

Si el sexo con él solía ser fuertecito, allí lo fue más, hasta el punto de que cuando me quise dar cuenta, tras currárselo un poco, ya le tenía dentro y por la parte trasera, algo que nunca hubiese imaginado que podía suceder con tanta facilidad.

—¿Lo ves? No era para tanto, muñeca—me decía mientras que yo, asombrada, contoneaba mi trasero de la forma más sexy posible.

Iba a ser que con él todo era fácil y que con él lo quería todo. Al terminar, caímos rendidos y entonces, según se me fue pasando el efecto del alcohol, noté un cierto escozor en la puerta trasera que él mitigó rodeándome con sus brazos y recordándome que era suya.

Capítulo 38



El día amaneció precioso y, pese a que no habíamos dormido demasiado, teníamos ganas de aprovecharlo en la playa.

—Buenos días, mi perezosa favorita, te invito a desayunar en un chiringuito—me comentó mientras me desperezaba.

—¿Ya? ¿Sin un café de por medio y sin nada? ¿Eso no puede considerarse tortura?

—Tortura es observar tu cuerpo desnudo y estar pensando en salir andando. Deja, que me lo pienso mejor.

—No… Después. Si no me vas a poner aquí ni un café, necesito que nos vayamos ya para que me lo inyecten en vena.

Bajamos a la playa y ya estaba de lo más concurrida. Entre que era una de las más conocidas y que en Ibiza en ciertas playas así se unen el ocio de la noche con el del día…

Yo llevaba un bonito bikini con motivos marineros y en rojo, muy alegre, a juego con un vestidito de red en croché, pamela y altas cuñas, que de chanclas no soy por mucho que se trate de ir a la playa.

Me resultaba curioso que allí, lejos de mi trabajo y del piso que compartía con los chicos, me parecía recuperar mi antigua vida. Eso siempre que no mirase el largo de mis uñas ni las palmas de mis manos, que a esas alturas ya estaban llenas de duros callos.

Con el alegre pensamiento de volver a disfrutar de Ibiza, nos pedimos el gran desayuno que nos haría recuperar fuerzas hasta la hora del almuerzo.

Entre lo uno y lo otro, aprovechamos para darnos los más refrescantes de los baños cada vez que los rayos solares nos calentaban lo suficiente para entender que necesitábamos refrescarnos. Aparte de que nosotros ya íbamos también calentitos de serie.

Las ganas de sexo eran totales y no podíamos renunciar a ellas, por lo que terminamos haciéndolo disimuladamente en el agua, mientras él fingía abrazarme de la forma más inocente y,

sin embargo, me penetraba gracias a la coartada que el agua del mar le ofrecía, cubriéndonos hasta la altura del pecho.

También pedimos algún que otro combinado fresquito con el que combatir el tórrido clima y hasta estuvimos ya bailando incluso antes de almorzar en uno de esos restaurantes tan alegres e informales que están tan cerca del mar que a veces no das ni crédito. En él, esa vez cambiando el tercio, nos decantamos por una carne a la brasa que nos resultó deliciosa. Junto a ella, una ensalada fresca y con predominio de aguacate para chuparse los dedos.

—¿Compartimos postre? —le comenté porque con él me daba tales panzadas de comer que rara vez me quedaban ganas de uno al completo.

—Yo contigo lo comparto todo, preciosa—fue su respuesta y eso era evidente, pues había organizado una escapada de ensueño para ambos.

Nos decidimos por un exquisito *coulant* de chocolate blanco con sirope de fresa que supuso el mejor colofón para un almuerzo inolvidable.

La sobremesa decidimos pasarla en la villa, ya que apenas habíamos disfrutado de su increíble piscina y eso nos pareció un pecado capital como cualquier otro.

En ella, nos deshicimos en besos nada más llegar, despojándonos de nuestros trajes de baño y, ya desnudos, le hicimos el estreno que se merecía.

Había algo en Abel que le llevaba a estar en todo momento dentro de mí, pero es que yo no quería que saliera de mi interior, por lo que en ocasiones cerraba las piernas como para tratar simbólicamente de atraparlo.

Juraría que él lo notaba y de ahí esa risilla suya tan pícara, pues si algo le sobraba era picaresca.

Esa tarde me haría de improvisado barman en una barra que había al lado de la piscina. Lo bien que me lo pude pasar mientras le veía preparando cócteles como si de un profesional se tratase.

—Y sin alcohol—me dijo poniendo uno en mis manos—. Que es muy temprano para beber y luego te pones muy tonta—rio.

—¿Yo me pongo muy tonta? —le pregunté abriendo tanto la boca que me llegué a figurar que pudiera caerme dentro.

—Sí, y te gusta abusar de mí.

—Claro que sí, ¡y de tu inocencia! No te digo… ¿Se puede tener más morro?

—No lo sé, pero no se pueden tener más bonitos—afirmó acariciando los míos mientras que la fiesta comenzaba de nuevo.

Tras hacerlo otra vez en las hamacas, nos quedamos dormidos irremediablemente. Cuando vine a

despertarme, estaba encima de él y noté un cierto ardor tanto en la espalda como en el culete, la parte posterior de las piernas y los pies… Dado que quedé bocabajo y frente al sol.

Fue un despiste total por parte de ambos, del que se percató en cuanto me quejé.

—La madre que trajo al demonio, cómo pica…

—Cielo, si es que te has puesto muy colorada.

—¿Yo? Si no has dicho nada para sacarme los colores, ¿qué me cuentas?

—Te cuento que me refiero a tu cuerpo y que vas a necesitar que te aplique *after sun* en cantidad. Ay, pobre….

Me di la vuelta, me miré, ¡y di un grito! Menos mal que enseguida vino con el botecito.

—Espera, aquí no, que te dará más el sol—me llevó dentro.

Sí, la villa podía competir conmigo en lo de ser pija, por lo que contaba con una camilla plegable que él enseguida abrió y me colocó encima de ella.

Yo me notaba arder y la forma en la que aplicó aquel spray con efecto refrescante sobre mí me alivió muchísimo. La sonrisa me salía sola y aprovechó para darme un masaje calmante que me dejó nuevamente dormida.

Cuando me desperté, un buen rato más tarde, ya casi era la hora de cenar.

—¿Por qué no me diste un toque antes? —le pregunté.

—Porque necesitabas descansar ¡para una nueva noche en Ibiza! —me anunció.

Me di la vuelta para mirarme y ese *after sun* o bien sus manos eran mágicos porque ya estaba mucho mejor. También cabía la posibilidad de que fuera la conjunción de ambos.

Con todo, me llevó hasta la ducha de la mano y allí me duchó él mismo, aplicando agua helada sobre toda la parte posterior de mi cuerpo y dejándome nueva.

No hubo ocasión de llegar a más en ese momento porque entonces nos habríamos quedado sin cenar y no era plan.

Como el resto de las veces, opté por un vestido ibicenco, porque allí era lo suyo y porque a mí me enloquecían. Si me los ponía en cualquier lugar, ¿cómo no hacerlo allí? En aquella ocasión se trataba de uno muy cortito con la espalda fuera.

—¿Se me ve muy roja? Que no quiero parecer un helado de nata y fresa—le comenté al salir de la ducha.

—Se te ve perfecta. Y ese helado es que me está despertando el apetito—me comentó viniendo

hacia mí y metiendo la mano por debajo de mi falda.

Los ojos le hicieron chiribitas al notar que yo no llevaba bragas.

—Es que he pensado que cuantos menos roces, mejor—le comenté.

—Me parece la mejor y la más morbosa de todas las ideas—me comentó.

Así nos fuimos a cenar, en esa ocasión en una terraza con preciosas vistas a la bulliciosa isla. En Ibiza no cabía un alfiler y las ganas de fiesta de la gente eran más que palpables.

Esa noche volvimos a echar mano del marisco, del que estábamos abusando un poco, si bien la ocasión lo pedía, con esas ostras de un tamaño considerable que él me daba a probar de su propia concha.

La chispa saltaba entre ambos en todo momento. Yo me sentía arder por dentro y no digamos ya cuando, en un momento dado de la cena, y teniéndome al lado, metió su mano por debajo de mi vestido y buscó aderezar su mano con otra esencia que no fuese culinaria.

Mientras, una ancianita muy simpática, extranjera, nos saludó con la mano. Entendimos que estaba allí cenando con su nieto, un muchacho muy apuesto, y nosotros le devolvimos el saludo como si tal cosa.

—Si la pobre supiera—le comenté y él se reía—. O si lo supiera su nieto…

—Y si tú supieras que no es su nieto. Ese es un chico de compañía, te apuesto lo que quieras.

—No puede ser, pero si parece una adorable ancianita.

—Te apuesto lo que quieras a que no lo es, ¿le preguntamos al metre, que lo conozco?

Lo hizo con cierto disimulo y el otro le dio la razón.

—Pero que si necesitan otro que se una a ustedes, se lo consigo en nada—nos ofreció.

—No, no, que nosotros no necesitamos a nadie más—negué flipada, dándome cuenta de que allí quien no corría volaba.

Y hablando de eso, tras la cena, volamos a otra de las discotecas emblemáticas de Ibiza donde un famoso DJ se metió al público en el bolsillo con su palpitante repertorio de música electrónica.

Los saltos que pude dar fueron pocos y luego comenzamos a bailar como si no hubiese un mañana, como si nunca más se fueran a repetir unas escenas que deseaba, sin embargo, que se dieran una y otra vez.

De ahí se pasó a la música latina, cambiando al personal, y un grupo en directo comenzó cantando “Déjame verte” de Diego Martín & Dama. Comenzamos a bailar agarrados, tan

pegados que bien podríamos habernos fundido el uno con el otro.

"No digas que lo nuestro no es verdad
O al menos nuestro
Dime después de ver
Que no me queda más por darte
Después de no quedar
En mi alma ya más sal
Dime cómo te sale…"

Sus negros ojos se colaban en los míos y me buscaban de un modo que nos hacían pensar que las horas hasta llegar a la villa para dar rienda suelta a lo que nuestras miradas pedían corrían el riesgo de hacerse largas.

No sucedería así, no cuando el tiempo, daba igual cómo lo utilizábamos, se nos iba de las manos, pasando tan rápido que a veces alucinábamos. Hablo por mí, pero lo hago en plural porque él me confesaba que le sucedía lo mismo.

De una salsa a otra, pasando por bachatas y por versiones pop de esas que también acarician el alma, no nos faltó nada por bailar en una noche en la que más de una vez y de forma disimulada, me llevó hasta un rincón en el cual meter su mano por debajo de mi vestido para cerciorarse de que eso que tanto deseaba continuaba allí, ardiente y vibrante, esperando que llegase la hora de que la música dejase de sonar para dar paso a otro concierto, el de mis gemidos.

No tardaría en celebrarse, ya a puerta cerrada y en esa villa en la que compartimos un fin de semana memorable. Solo nos quedaban unas horas allí, pues en la tarde del domingo debíamos volar de nuevo rumbo a Málaga.

La mañana la aprovechamos para bajar otro ratito a la playa y, tras el sabroso almuerzo, no nos quedó más remedio que recoger nuestras cosas y volver a casa, donde me esperaba una vida que no era la mía.

El vuelo me lo pasé durmiendo sobre su hombro. Era muy poco lo que habíamos descansado allí porque Ibiza está hecha para muchas cosas, salvo para ese descanso que no nos llegó a nosotros ni a la mayoría. Ibiza es fiesta y eso fue lo que vivimos en una isla a la que ya deseaba volver incluso antes de marcharme.

Eso sí, el verano no había terminado y así me lo recordó Virginia cuando llegué a casa y se estaba probando su precioso vestido de flamenca, ese que ya había recogido y que le sentaba de maravilla.

El mío estaba por llegar pues mi madre me prometió enviármelo. No quise abusar y entendí que con uno solo sería suficiente, puesto que los envíos había que pagarlos y demás. Por mucho que Fernanda quisiera decir, mi madre no nadaba en la abundancia y yo ya estaba aprendiendo a no pasarme de la raya. Yo ya comenzaba a ser otra.

Capítulo 39



A lo largo de la semana me fui poniendo un poco nerviosa porque mi vestido no llegaba. Poco intuía yo que, cuando lo hiciera, vendría con una sorpresa.

El viernes por la tarde, un día antes del comienzo de la feria y cuando ya iba a llamar a mi madre para ver qué había sucedido, me entró un WhatsApp de Gala.

Ella: "Dime ahora mismo dónde estás. He llegado a Málaga con Jorge y tengo tu vestido. Prepárate para la mejor feria de tu vida"

Yo: "Muero de la emoción"

No lo esperaba para nada y ver a Gala se convertiría en el mejor de los regalos. De inmediato la llamé por teléfono.

—Vamos a ver, personaje, que eres tú un personaje, ¿cuánto me ibas a contar que vendrías?

—¿Y entonces dónde quedaría el factor sorpresa? Venga, que te recogemos en la clínica para invitarte a almorzar.

—Quizás no vaya sola, cariño. No prometo nada.

—Ojalá que sea así. Estoy deseando conocer a quien te saca esa sonrisa.

—Si no me la estás viendo…

—Pero te la estoy escuchando, ¡que soy yo!

Gala y yo nos conocíamos la una a la otra como a las palmas de nuestras propias manos. Dejé allí a Roberto y a Virginia, entrando de nuevo en la clínica, pues Abel seguía dentro.

—Tienes que almorzar hoy conmigo y con mis amigos, por favor—le pedí.

—No va a poder ser, Jimena. Estoy muy liado todavía. Un día de estos os invito a comer a todos, no te preocupes.

—No, si no hace falta, mis amigos son médicos como tú. ¿Te acuerdas que te hablé de Gala? Ella está recién licenciada, aunque ya ejerce, y su novio, Jorge, es anestesista.

—Vale, veo que te hace mucha ilusión. Igual puedo hacer un huequito—cambió de opinión.

—Claro que sí, no te arrepentirás, ya lo verás. Con ellos tendrás tema de conversación para rato.

—Está bien, bonita. No puedo negarte nada y menos si me lo pides con esa sonrisa. En breve estaré listo.

—Tú listo ya naciste, por eso estás donde estás, ¡¡qué bonito eres!! —exclamé tomando su cara y dándole un pico.

En ese momento noté que me había dejado la puerta entreabierta y que él se incomodó. Era muy suyo, muy formal, por lo que me apresuré a cerrarla.

—Te espero abajo, ¿vale? Voy a hablar con mis amigos a ver dónde quieren almorzar.

Allí le esperé mientras volvía a hablar con Gala. Abel bajó al poco, guapísimo y desprendiendo ese olor fresco, pero glamuroso que siempre llevaba.

De lo único que me dio cosilla fue de que ese viernes me volvía a tocar cocinar a mí en el piso, aunque mis amigos bien entenderían que se trataba de una ocasión especial y que por eso escurriera el bulto. Siempre me comprendían.

Vi marcharse a Lucía mientras yo me montaba en el coche con Abel. Había algo de pena en su cara, esa chica no lo estaba pasando bien. Por eso le traje yo de Ibiza un bikini monísimo que le hizo gran ilusión.

Para ilusión también la mía cuando me reencontré con Gala después de tanto tiempo sin verla. Al principio, la rehuí bastante, pero estar con Abel me dio mucha seguridad en mí misma y estaba deseando verla.

—Galita, ¡¡ya estoy aquí!! —exclamé mientras ella daba saltos y yo más.

Mi amiga era la viva imagen de la felicidad y del estilo. Como siempre. En mi caso, había salido de trabajar con mi coleta cogida y un sencillo vestidito, aunque ella me quería igual.

—Jimena, ¡¡qué guapa estás!!

—Bueno, dejémoslo en que estoy.

Hicimos las respectivas presentaciones y ella me cogió del brazo.

—¿Por qué no me lo habías contado antes? Es un bombón—me decía mientras Jorge y Abel comenzaron a hablar.

—Y neurocirujano…

—¡Toma ya! ¿Estás contenta, cariño?

—Ahora más, porque la suerte me comienza a cambiar un poquito. Pero mira—le enseñé las palmas de mis manos.

—Aun así tienes las manos más bonitas del mundo—me abrazó.

—Los ojos con los que tú me miras, Gala, pero no…

—A ver. Ahora vamos a dejarnos de penurias porque he venido para que pasemos la mejor feria del mundo. Tu madre me ha dicho que te trajera el último vestido de flamenca, el que estrenaste hace unos meses.

—Si llego a saberlo te encargo más… Pero mejor que no, porque no sé dónde los metería en el piso. Mi dormitorio es como una cajita de cerillas.

—Yo también traigo uno solo. Lo importante es lo bien que nos lo pasaremos.

Jorge y Abel congeniaron muy bien, por lo que gran parte del almuerzo se lo pasaron charlando, lo cual me dio la posibilidad de hacer lo mismo con Gala.

Teníamos mucho de lo que ponernos al día y la noticia bomba llegó en los postres. No la esperaba y me emocioné muchísimo por ella.

—Es que Jorge y yo hemos pensado en irnos a vivir juntos a su casa en cuanto acabe el verano.

—¡¡No puedo creerte!! —me llevé las manos a la boca, emocionada.

Después, con la misma emoción, miré a Abel. Nosotros llevábamos menos tiempo y yo comprendía que era muy pronto, pero hubiera dado lo que no tenía por pensar en un futuro así con él.

—Lo tendrás y bien pronto—me comentó Gala tras el postre, yendo hacia el coche—. Estas cosas suceden cuando menos las esperas. Yo me estaba tomando una copa y Jorge me lo propuso. Me acordé de ti, de esa vez en Santorini cuando casi te ahogas con el tipo aquel, que te soltó un piropo y te salió el alcohol hasta por los ojos… Pues a mí lo mismo. Y mírame, estoy radiante. Hasta me ha dicho que cambie todo lo que quiera en su casa, como si fuera mía. Es muy bueno…

—Y guapísimo. Tienes una joya a tu lado, Gala, lo que te mereces.

—Y tú seguro que otra. Has hecho grandes progresos desde que estás aquí, se nota. Y que comienzas a ser otra, también.

—Bueno, pero en el fondo no he perdido mi esencia de pija—suspiré.

Capítulo 40



La feria la teníamos montada nosotros al día siguiente en el piso. Virginia estrenaba su vestido de flamenca y yo también estaba encantada de volver a lucir el mío, el último que me puse en la Feria de Abril de Sevilla, todavía en la época de las vacas gordas.

El mío era rojo, increíblemente vistoso. Y en su mantoncillo, que combiné en el mismo color, sobresalían unos tonos dorados y verdosos que eran pura elegancia, colores que me sirvieron también para armar el resto del look, como zapatos y pendientes. En cuanto a las flores de la cabeza, yo era muy osada y también me las puse rojas. Ese día sí que tocaba recogerse el pelo, pero por gusto, y yo no podía estar más contenta.

—Ole y ole las flamencas guapas—nos decía Roberto mientras íbamos terminando de arreglarnos. Ya no era solo la belleza, sino la felicidad que derrochábamos.

Lo único que me hubiese faltado habría sido que Abel me acompañase, pero cuando las cosas no deben forzarse, es mejor dejarlas así. Y eso que Jorge le insistió el día anterior, porque se cayeron fenomenal. Hasta llegué a creer que el novio de Gala lograría arrastrarlo con nosotros, pero tampoco podía dejar tirados a sus padres, a los que ya les había prometido esa cena. Por lo demás, a mi chico no le atraía la feria en absoluto y había que respetarlo.

Gala y Jorge pasaron a por Roberto y a por mí. Virginia iría con Leo en su coche.

—Os presento a Roberto, mi compañero de piso y mi salvador, que todo hay que decirlo. Es un tío fenomenal—les comenté.

—Un tío fenomenal al que ella no quiere nada de nada—se dejó caer en plancha.

—Sí que lo quiero, que es muy exageradillo él, eso es lo que pasa—le revolví el flequillo.

—¿Lo veis? Me trata como a una mascota, así es como me quiere—decía él haciendo como que sacaba la lengua y jadeando de lo más simpático.

—Que no, tontorrón…

Por el camino, íbamos viendo a la gente ataviada con trajes flamencos y de lo más animada. Mi

amiga Gala también llevaba el suyo, por supuesto, e iba guapísima. Jorge, al volante, no paraba de mirarla por el rabillo del ojo y yo me emocionaba porque se notaba lo muy enamorado que estaba de ella.

Imposible no acordarme de Abel, por lo que me hice un bonito selfi que le envié enseguida. Estaba de lo más favorecida y sonriente. Le entró, pero no lo vio. Él también se estaría preparando para ir a cenar con sus padres. Ya me diría algo en cuanto lo abriera, porque le gustaba mucho que me arreglase y ese día lo di todo con mi look para asistir al recinto ferial.

Nadie diría que mi vida se vio truncada unos meses atrás porque ese día vendía felicidad. Al estar Gala allí, era como si nada hubiese pasado, como si todo siguiera igual que siempre y fuéramos en busca de cualquiera de esos divertidos eventos que mi amiga y yo siempre disfrutamos juntas.

—No paro de mirarte porque me resultas conocido—le comentó Jorge en un momento dado a Roberto, quien salió de sus pensamientos.

—¿A mí? Pues no sé de qué. Ya te digo yo que anestesista como tú no soy, me encantaría, pero no—negó él.

—Ya, ya… Si nos ha dicho Jimena que eres celador y aun así tengo esa sensación.

—Ya ves… Debe ser que tengo una cara muy común, porque ni idea.

—Eso es, porque este niño es del montón—bromeé yo—. Del montón de los buenos, vale, no me pongas esa carita de cordero degollado, ¡que nos vamos a la feria!

Una vez logramos aparcar, que eso fue el caos, Roberto me ayudó a bajar del coche. No es fácil manejarse en traje de flamenca para esas maniobras. Toda la que lo haya utilizado alguna vez sabrá de qué estoy hablando.

—Gracias, no veas lo que cuesta bajarse—le comenté junto con una sonrisa mientras que él, que iba realmente guapísimo con una camisa verde agua, me prestaba atención.

—Si es que vas más apretada que los tornillos de un submarino, preciosa—me comentó mientras con su mano me daba una vuelta para poderme ver bien.

—Anda ya, que no es para tanto…

—No, qué va.

Sí que iba embutida en mi vestido y súper orgullosa, porque el de flamenca hace un tipazo increíble.

No, lo de que Roberto tenía una cara del montón no se lo creía nadie. Su belleza era de esas que hacen girarse los cuellos a su paso, aunque también más de uno casi se parte el suyo por mirarme.

Él me llevaba del brazo y muy orgulloso. Se notaba que lo estaba disfrutando mucho y no tuve corazón para pedirle que me soltase. Aparte de que no había ningún motivo para ello, porque Roberto lo hacía con toda la elegancia y sin el más mínimo ánimo de molestarme.

Nos reunimos con Virginia y con Leo, quienes también aparcaron su coche, y todos juntos entramos en esa feria en la que nos lo pasaríamos genial, de eso no tenía yo la más mínima duda.

Lo hicimos tocando las palmas porque al pasar por la primera caseta en la que estaban sonando sevillanas ya no pudimos resistirnos. Hasta Gala y yo nos arrancamos en la misma puerta, bailando, mientras Virginia se nos unía y le hacíamos hueco. Qué contentos íbamos todos y qué buena noche echaríamos.

Capítulo 41



Llegamos a la caseta de la clínica, que ponía una en la feria. Y allí nos sentimos súper bien acogidos. No hace falta decir que conocíamos a la mayoría de la gente. Allí eché de menos a Lucía, eso sí. Si bien un ratito después, cuando ya no contaba con verla, apareció con un vasito de Cartojal en la mano, el vino dulce malagueño que todo el mundo bebe en la feria.

—Pero bueno, cariño, qué alegría… Tú aquí y así de guapa, ya no te esperaba—le comenté cuando posó delante de mí con su vestido de flamenca en amarillo, preciosa.

—Pues mira que el vestido tiene años. Lo que sucede es que yo le he hecho unos arreglillos, como la gente de la realeza, y me lo he vuelto a poner, ¿a que parece nuevo?

—Nuevo del todo, es muy bonito y tú estás hecha una muñequita con él.

—Mira quién fue a hablar, tu vestido sí que es una maravilla. Yo no he tenido uno como ese en la vida, niña—tocó la tela del mío, que era de una gran calidad.

—Venga, vamos a bailar tú y yo—la tomé del brazo.

—Espera no seas loca, que se me cae el vino y estoy yo para derrochar. He tenido que pagar a una chica para que se quedara con mis niños esta noche.

—Y muy bien que has hecho. Venga, baila…

"Qué bonita la mañana
Cuando va rompiendo el alba,
Qué bonita, qué bonita
Cuando va rompiendo el alba,
Más bonitas son las niñas
Bailando por sevillanas…"

Lucía derrochaba arte bailando y yo no me quedaba atrás, por descontado que no.

Cuando terminamos de bailar, me encontré con Virginia y Gala, charlando, aunque a mi querida amiga le pasaba algo. Le notaba yo el rostro muy pálido.

—Cariño, ¿estás bien?

—Que dice que igual se le ha bajado un poquillo la tensión, han ido los chicos a traerle una Coca Cola, que eso siempre sube mucho—me comentó Virginia.

—Claro que sí. Oye, Galita, ¿tú no te habrás dejado embarazar a traición? Que mira que yo es verdad que te veo muy mala cara—le comentaba y ella se reía.

—Claro que no, tontorrona. No es nada, la tensión me está jugando una mala pasada, no hay más.

—¿Estás segura de eso? Porque a mí me encantará ser la tita de tus niños, pero es muy pronto para eso. Ahora tienes que disfrutar.

—Y disfrutaré, aunque para eso necesito que no me des más la chapa. Venga, aparta, que ya vienen los chicos…

Venían, venían con varias bebidas y ella echó mano corriendo a esa Coca Cola que la revitalizara un poco.

—Ya estoy mejor—afirmó enseguida—. Es que el vestido me resulta muy entallado y hay mucha gente aquí. Estoy un poco acalorada.

—Cierto que la caseta está de bote en bote—le comentó Jorge.

—Si quieres buscamos otra—propuse.

—El problema es que estamos en sábado de feria y todas las casetas andarán hasta la bandera—opinó Roberto.

—Si quieres, salimos un poco a que te dé el aire—le sugerí a mi amiga.

—Yo creo que es buena idea, pero quédate bailando con el resto, que yo la acompaño—se ofreció Jorge.

—No pasa nada, ¿eh? Yo puedo ir.

—Lo sé, pero insisto en hacerlo yo. De veras, es tu noche, aprovéchala.

—Oye, que no será la única. Vendremos más, ¿no?

—Sí, claro que sí. Ni por asomo creas que te librarás de mí con tanta facilidad—me comentó Gala cogiéndose a su brazo.

Ellos se fueron caminando despacito, charlando de sus cosas, y yo me quedé bailando. No solo Lucía bailaba sevillanas como si fuera un ángel, también Roberto tenía la gracia a montones y no me dejaba bailar solo con ella, metiéndose en todo momento.

Por su parte, la chiquitina hacía todo tipo de intentos para captar su atención. Intentos fallidos que él esquivaba con gracia, tratando de quedar siempre enfrente de mí y dirigiéndome unas miradas difíciles de ignorar de lo chispeantes que eran.

Estuvimos bailando bastante, hasta que reparé en que Gala y Jorge tardaban lo suyo. Finalmente, aparecieron por la puerta, aunque con cara de preocupación.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Sigues regular? Si no se te quita el mareo, nos vamos y listo, ¿vale?

—No, no, nos iríamos nosotros en ese caso, pero que yo ya estoy bien.

—Gala, no hace falta que disimules conmigo. Tienes cara de haber pedido una tapa de ensaladilla y que te la hubiesen puesto del año pasado. Mejor nos vamos. Venga, no seas cabezona y cógete a mi brazo.

—¡¡No lo seas tú, Jimena!! —me lanzó un grito.

—Chica, qué carácter… Ni que tuvieses las hormonas bailando por bulerías, ¿tú estás segura de que no hay bombo a la vista?

—Y dale…

—Y dale Juana con la palangana, dice mi abuela—se metió por medio Lucía y ella la miró.

—Llévatela a bailar un poco, porfi, que se pone muy pesadita y no quiero decirle lo que…—le pidió a Lucía.

—¿Qué no quieres decirme, Gala? ¿Es que pasa algo?

Su novio se acercó y por el color de su cara, al que parecían haberle robado la energía tirando de ella con una aspiradora, comprendí que sí que pasaba algo. Y que no era cualquier cosa.

—¿Qué le sucede a Gala, Jorge? ¿Se ha caído por ahí o algo? Aunque el vestido lo lleva impecable. Que, por otra parte, ella es capaz de caerse con toda la elegancia y sin marcharse, pero en la feria es más improbable porque te pones de albero hasta las cejas. Yo me caí una vez y no me quiero acordar…

—Ya, ya—decía él.

—Otro con la cara descompuesta… Me estáis poniendo un mal cuerpo… Suelta ya lo que sea, ¿al final sí que me hacéis tía y esta tontorrona no se atreve a decírmelo? Que vale, que es muy pronto, pero que yo voy a querer a esa criatura igual. Soy más cariñosa…

—Claro, los niños son una bendición. Muy trastos, pero una bendición—le comentó Lucía.

—Ella sabe lo que dice, Gala. Menuda campeona está hecha, así tan menudita como tú la ves…

—Que yo no voy a ser madre, Jimena. Al menos no por ahora. Chica, que me estás agobiando.

—Perdone, Su Majestad, ¿y entonces a qué vienen esas caras largas?

—A que hemos pasado por una caseta de mucho lujo y no te vas a creer lo que Jorge cree haber visto.

—¿Una caseta sin un solo borracho? Porque eso sería un milagro. A mí más de uno ha estado a punto de tirarme al suelo, haciendo eses como van. Ahora bien, que tú me conoces, Gala, como dé con mi vestido en el suelo me pongo a repartir guantazos.

—¿Las pijas también sabéis repartir? Qué saladas—comentó Lucía.

—Sí, cariño, repartimos a mano llena, eso ya te lo digo yo. Y como mi amiga no largue por el piquito, te voy a hacer una demostración en vivo y en directo. El cachete ardiendo le pondré—le advertí.

—Está bien, tú lo has querido, ¡que Jorge ha visto a Abel con una rubia! Con otra rubia que no eres tú, por supuesto. Así con el pelo a mechas.

—¿Con una rubia del bote? ¿A mi Abel? Será su madre, que no creo que a esa señora le falte el dinero para la peluquería. Ella debe peinar canas, pero seguro que le tocan las narices y…

—Las narices no me las toques tú a mí. Si hay que decirlo todo, se dice todo… Esa chica no era mayor que tú de manera que, salvo que sea una rareza de esas dignas de una revista de ciencia, su madre no puede ser—me comentó.

—Vaya telita, ¿y entonces quién puede ser? Que él no tiene hermanas. Ha venido a la feria solo para cenar con sus padres, que es muy buen hijo—le comenté y ella no parecía dar crédito.

—Para algo más creo que ha venido. Lo digo más que nada porque su actitud no era precisamente la de un familiar que se alegra de ver a otro.

—Pero ¿tú lo has visto con tus propios ojos o te lo estás inventando? —le pregunté muy cabreada, pero que mucho.

—Lo ha visto Jorge, que para el caso es lo mismo. Ayer estuvimos con él, su cara no se le ha despintado. Lo que se está destiñendo es su tinta de príncipe azul. Lo siento, pero le ha visto y muy acaramelado.

—Eso no puede ser… Si hoy venía con sus padres. Igual no era él, que mira lo que ha pasado con Roberto, que creía conocerle y no es posible. Si el chaval es de aquí, de Málaga.

—Bueno, un despiste lo tiene cualquiera… Pero esto es distinto, yo es que andaba distraída y no los vi. Cuando me avisó, tras quedárseles mirando, ya se había metido en la caseta. Y no pudimos entrar porque hacía falta invitación, ya te dije que era privada.

Jorge se acercó en ese momento para corroborar las palabras de su novia y yo me sentía muy molesta.

—Lo que te está contando Gala es verdad. Lo siento, pero yo sé lo que he visto.

—Tú no lo puedes saber porque puede tratarse de un error. Igual sí, Abel le mostraba mucho afecto a esa chica o lo que fuera. Puede ser una prima suya, por ejemplo.

—No, ya te digo yo que no—negó él con la cabeza.

—Porque tú lo digas. Mira, te pongo un ejemplo… Yo he entrado en la feria del brazo de Roberto y eso no quiere decir nada, porque no estoy con él.

—Mejor, mejor—opinó Lucía, quien le daba un trago a su copa de vino mientras escuchaba ese diálogo que tanto me molestó.

—Pues nada, hay que joderse—añadió él. Y por él me refiero a Roberto, a quien demasiada gracia no le hizo lo que yo tenía que contarle.

Lucía lo miraba con ojitos de deseo, aunque también he de decir que a mí me miraba como con pena y esa sensación no me gustaba nada de nada.

—Cariño, si todo te lo decimos por tu bien—me cogió Gala del brazo.

—Ya, ya… Seguro que no sabe ni lo que ha visto y me estáis dando la noche de sábado. Qué bien se palpa que tú sigues teniendo una vida idílica, pero yo ahora tengo que aprovechar los momentos, ¿te enteras? Cuando llega el lunes me quiero morir de ver la mierda en la que se ha convertido mi vida—proseguí—, que no es otra que en limpiar y limpiar.

—Qué bajonazo me está dando—a Lucía no debió hacerle mucha gracia mi comentario porque si la mía era mala, la de ella era peor.

—Si no fuera porque no nos dejarán entrar, te llevaba hasta allí a que lo vieras con tus propios ojos.

—Sí, qué emoción—palmeó Lucía en el aire.

—Chiqui, ¿qué dices de emoción? ¿Tú de qué parte estás?

—¿Yo? Pues mira… Ahora mismo te lo voy a decir: yo estoy del lado de la verdad. Y ya que lo quieres saber te diré que tu novio es un capullo. Y no uno de claveles como los que venden aquí en la feria, sino un capullo integral.

—¿De qué va esto, Lucía? Yo no te conozco, ¿estás con ellos o conmigo?

—¿Tú te has creído que hay dos bandos como en las guerras? —me preguntó Gala desafiante.

—Claro que sí. Me estáis dando un buen disgusto cuando yo solo quería pasar una bonita noche de feria.

—Claro y yo no… Yo he venido a clavarte alfileres debajo de las uñas—se quejó ella.

—Más o menos. Quizás hasta lo hubiera preferido.

—Te prometo que lo vas a ver con tus propios ojos. Ya me las ingeniaré para entrar en esa caseta. Ven conmigo—me cogió de la mano.

—Ve, ve, que todavía te llevarás una buena sorpresa—me animó Lucía a hacerlo.

—Tú no pares, ¿eh? ¿Qué tienes de repente contra Abel? —me revolví contra ella.

—¿Te acuerdas del día que te conté que un tipo me había mirado en la clínica como comiéndome con los ojos?

—Sí, era un baboso, ¿y?

—Que era tu baboso—me reveló.

—¿Abel te miró así? ¡¡Pero si me dijiste que no sabías quién fue!!

—Porque estabas en pleno estallido amoroso y no querrías verlo. No tenía ninguna prueba, pero también sé muy bien lo que vi. Cómo sería la cosa que cuando llegué a casa me froté a tope con la esponja. Me sentía como sucia. Y todo por su culpa.

Capítulo 42



Salimos pitando hacia la caseta donde, supuestamente, estaba Abel con esa otra rubia que, tal y como recalcó mi amiga, obviamente no era yo.

Ella me llevaba a todo gas gracias a unas zancadas impresionantes que daba. Jorge nos seguía con el rostro serio y yo negaba mirándole. En qué mala hora cayó en Málaga el novio de Gala.

—¿Te leo la buena ventura? —me preguntó una señora que se paró y que además iba vendiendo claveles como tantas otras en el recinto.

—No me hace falta, gracias. Yo tengo muy claro lo que va a pasarme: va a pasarme que estos dos le tendrán que pedir perdón a mi novio por calumniadores, que es lo que son—señalé a Gala y a Jorge.

—Pues mira, sin que me des la mano y sin nada te digo que tus amigos tienen razón en lo de ese hombre. Te veo algo alrededor de la cabeza—entrecerró ella los ojos.

—Te ha visto cuernos, cariño. Eso es lo que te ha visto—subrayó Gala.

—¿Quieres cerrar el pico de una buena vez? Que no me creo nada—me quejé ya bastante amargada. Vaya nochecita de feria que me estaban dando entre los unos y los otros.

—Sí, sí, yo me callo, pero que sepas que quien terminará pidiéndonos perdón eres tú. Mira, esa es la caseta.

Los tres llegamos hasta la puerta y yo me acerqué al seguridad con increíbles ganas de entrar y que tuvieran que dar su brazo a torcer.

—Necesito pasar, por favor—le pedí.

—¿Tiene usted invitación, señorita? Porque si no es así…

—¿Y usted? ¿Tiene corazón? —le preguntó Gala sin pensárselo demasiado—. Lo digo porque resulta que mi amiga está embarazada y necesita entrar en un baño. Soy médico y ella tiene riesgo de aborto de manera que, si no la deja pasar, le meto en un marrón que se caga la perra—

le aseguró y yo casi giro 180 grados el cuello para mirarla, porque esos no eran sus modales, para nada lo eran.

—Vale. El tiempo de entrar en el baño y nada más.

—Está bien, está bien— le dio un beso y se cogió a su cuello, yo pensaba que se había vuelto loquita del todo, de remate.

Los tres entramos y entonces mi mirada se dirigió a una mesa que me indicó Jorge, quien fue el primero que lo vio.

—¡¡No es él!! —exclamé animada—. ¡¡Menuda torta que tienes tú encima!! Mejor que no tengas niños con mi amiga porque le saldrán crudos—me quejé.

—No te digo ese, sino ese otro—me señaló con más precisión y allí me lo encontré.

Resultó que ese al que no le gustaba la feria, no dejaba los pies quietos al rumbo de unas sevillanas que estaban cantando en directo. En cuanto a las manos, esas las tenía encima de la susodicha rubia, que debía tener mi edad, y a la que yo no conocía.

—Vamos a pensar con la cabeza… Vale, que es él, pero que igual ella es una familiar o…

—Aleluya, se te acabaron las dudas—suspiró mi amiga al ver que, de pronto, le daba un beso de tornillo a la rubia en cuestión. Uno capaz de absorberla por completo, porque no se despegaba de ella.

Me sentí poseída de pronto. Y lógicamente no por él, sino por un espíritu vengativo que me hizo salir corriendo no hacia Abel, sino hacia el escenario. Por Dios que me las iba a pagar todas juntas. De eso me encargaba yo.

Nada más subirme se hizo el silencio. Toda la caseta fijó los ojos en mí y no digamos ya Abel, quien no daba crédito. De pronto, yo ya tenía otra profesión: era monologuista, porque a mí no me quitaría nadie la satisfacción de contarles a todos lo que allí estaba ocurriendo.

—Respetable público, buenas noches… Veréis, yo he entrado aquí esta noche, en esta distinguida caseta, con una mentira de esas capaces de hacer que me crezca tanto la nariz que tenga que operármela. Si lo veis bien, luego paso el sombrero y eso me lo facilitará. He afirmado estar embarazada para que me dieran paso y, aunque no tengo un niño en mi interior, sí que en él crece algo… Crece el asco de saber que yo no soy la más mentirosa del reino, sino que hay otro, uno que ahora mismo no sabe dónde meterse, que me ha arrebatado el título.

—Ya está bien, Jimena—se levantó Abel y su acompañante nos miraba a ambos sin saber quién demonios era yo, puesto que de mí no le había hablado. Eso fijo.

—Mirad, os lo voy a presentar… Este caradura que se ha levantado me comentó que no venía hoy a la feria conmigo, que soy su chica, porque tenía que cenar con sus padres, que era el único día que la pisaría debido a que no le gusta y que blablablá.

—¡¡Sinvergüenza!! —le chilló desde atrás una señora.

—Sí, sí… No sabe usted cuánto—le comenté yo de inmediato porque así lo sentía—. Déjeme continuar porque se me está ocurriendo que, para ser su madre, tiene la cara más estirada que el pellejo de un tambor, así que tendremos que pedirle que nos dé el número de su cirujano estético.

—¡¡Imbécil!! Yo no estoy operada, evidentemente—me soltó levantándose ella.

—Bueno, será de la cara… Porque en las tetas sí que te han metido material del bueno—le aclaré al ver su escote.

Sin más, salió de allí sin mirar atrás y él se quedó, observándome con cara de odio.

—Bueno, pues se ve que su madre no es. Solo se la está tirando, igual que a mí. Y no me duelen tanto los cuernos, os voy a contar la verdad, como el haberme enterado, por ejemplo, que va detrás de otra compañera mía del trabajo, acosándola con la mirada. Una niña más buena… Claro que él eso no lo identifica porque es un patán que no sabe nada de la bondad.

Gala se hacía cruces mientras a mí parecían haberme dado cuerda. Era imposible que dejase de parlotear, totalmente imposible.

—¡¡Pero sinvergüenza!! —chilló un hombre mayor que igual tenía hijas de la edad de Lucía y más asco sintió, igual que yo.

—¿Y usted quién es para juzgarme? —se encaró Abel con él.

—Yo un hombre que respeta a las mujeres, cosa que tú parece que no—le contestó el hombre, rojo de la ira.

—Ahí le ha dado, sí señor… Este no respeta nada. Y lo que manda huevos, porque los manda, es que yo haya estado tan ciega hasta ahora. Veréis, yo vengo de una familia acomodada pero, por circunstancias, él me ha conocido como limpiadora de la clínica en la que tiene un gran puesto. Pasamos un montón de noches juntos y hasta me ha llevado de viaje, sí… Un finde a Ibiza para cerrarme la boca porque la feria no la pisaría conmigo, ahora me doy cuenta de todo. ¿Y por qué? Porque se avergüenza de mí, por eso. Por lo mismo que no vino a conocer a mi madre a Sevilla, ya que él sabía muy bien que lo nuestro no llegaría a ninguna parte. Por ese mismo motivo, en la cafetería de la clínica me saluda de lejos y, si ha de tomarse un café conmigo, lo hace en su despacho. Tampoco le han interesado mis amigos de aquí, gente sencilla, y solo se dignó comer ayer con estos dos con los que vengo, porque ellos sí que tienen un estatus, al pertenecer a mi anterior vida. Él ahora lo negará todo, pero qué contenta estoy de que se me haya caído la venda. Yo no tengo que esconderme, Abel. Yo valgo mucho desempeñe el trabajo que desempeñe. Que te quede muy claro. Y que te zurzan, eso también. A partir de ahora, no tendrás que disimular ante tus compis de clínica porque seré yo quien no se acerque a ti… Para mí estás muerto y enterrado, así que corre detrás de tu rubia de turno porque a mí no me tocas más, te lo prometo.

—Y esto se hará viral, ¡que lo sepas, so idiota! —exclamó otra señora que le enfocaba en ese

momento con su cámara, después de haber grabado hasta la última de mis palabras.

Cuando hube acabado, todos me aplaudieron y él, rojo de ira, no tuvo más remedio que levantarse y marcharse. Ni siquiera dio la cara ni falta que me hacía. De pronto, lo entendí todo en un momento.

No hace falta ser un lince para comprender que Abel estuvo conmigo durante esas semanas porque le gustaba físicamente y el sexo entre ambos era para alucinar.

Por lo demás, me había vendido la moto, como se suele decir, porque yo no era una chica con la que él fuese a compartir nada más, dadas las circunstancias. Hasta me consolé pensando que igual no lo era ninguna, porque semejante egoísta no debía vivir más que para él.

Una vez todo se aclaró, volvimos a la caseta en la que seguían mis compañeros y amigos. Por el camino, Gala me iba dando ánimos.

—Le has cantado las cuarenta a ese idiota y delante de todos. Se le van a quitar las ganas de jugar así con las mujeres—me decía.

—Eso no lo creo. Ese tratará de aprovecharse de toda la que pueda. Qué ciega he estado, Gala, qué ciega ha estado. ¿Cómo llegué a figurarme que se fijaría en mí en estas condiciones? —le pregunté angustiada.

—Ni una tontería más de esas vas a soltar por la boca, ¿me oyes? Si ese no se fija en ti es porque no vale nada, así de sencillo. Tú sí que vales, cariño mío… El valor de las personas no se mide por el dinero.

—Ya, pero, ¿sabes lo que pasa? Que yo sí que lo he medido así y que me temo mucho que he perdido la oportunidad de estar con alguien que me quiere de verdad. Todo por seguir la estela de este farsante, que no tiene otro nombre. Maldigo el momento en el que se acercó a mí.

—De todo se aprende, nena. Y ese otro del que hablas es Roberto, ¿verdad?

—¿Tú cómo lo sabes, brujilla?

—Por la forma en la que te mira y por la ilusión con la que te cogió antes por el brazo, por esa razón.

—Pues sí. Y mira que es buen tío, aparte de que está impresionantemente bueno. Yo pude estar con él desde el principio y solo jugueteé. Cuando Abel, apareció, no tuve ojos más que para él.

—Solo ha ocupado unas semanas de tu vida. Seguro que todo tiene arreglo. Me refiero a lo de Roberto—me comentó guiñándome un ojo.

—No haces más que animarme. Mi problema es que la voy pifiando una y otra vez… En cada ocasión más que la anterior.

—Bastante bien estás llevando todo lo que te está sucediendo, cielo. La Jimena que llegó aquí no tiene nada que ver con esta otra en la que se ha convertido—me cogió por el brazo mientras que Jorge me sonreía, dándole la razón.

—No te digo que no. Y aun así, fíjate cómo la voy cagando. Es inaudito—le comenté porque estaba muy fastidiada, pero mucho… Me dolía cantidad la forma en la que Abel me había despreciado y, en cierta medida, también me jodía porque yo había hecho algo parecido con Roberto, a quien no le di una oportunidad por ser lo que era: un hombre sencillo.

Hasta esa caseta llegué pensando en que quizás lo nuestro todavía pudiera ser. De pronto, al caérseme la venda, vi las cosas claras. Y Roberto sí que merecía la pena.

El problema fue que, cuando entré en esa caseta en la que él estaba, me lo encontré besándose con Lucía. Y entonces sí, entonces el mundo se me cayó a los pies.

Capítulo 43



Me sentí tan mal, que me fui directa a casa. Gala y Jorge me llevaron y alucinaron bastante cuando vieron el barrio en el que vivía.

—No es que esté mal, Jimena, solo que es muy particular—me decía.

—Ya, ya, muy particular. Es lo único que puedo pagar, Gala. Y dando gracias. Compartiendo piso aquí, las habitaciones nos salen muy asequibles.

—Pues ole tú, cariño.

—Eso, ole, ole—me comentaron Saray y Jessy, las dos chicas que estaban como siempre en la puerta, tocando palmas.

—Hola, chicas—las saludé sin mucho ánimo.

—Pija, ¿qué te ha pasado a ti en la feria para que aparezcas tan mustia? ¿Es que has salido disparada de un cacharrito?

—¿De dónde? Ah, ya, de una atracción. No, qué va—negué.

—Pues si te hubieras caído de la noria no se te habría puesto peor cara, guapa. ¿Te quedas aquí cantando un poquito con nosotras? Estamos componiendo unas letrillas así muy flamenquitas para ronear…

—¿Qué es ronear?

—Para ligar, para pastelear… Ay, tú vas a tener que bajar más veces con nosotras, que no enteras ni de media—me decían entre risas.

—Será eso. Chicas, os dejo, que me voy a dormir. Necesito olvidarme del día de hoy.

—Vaya mal rollo que tienes en el cuerpo, ¿no? ¿Tú quieres un poquito de hierba? Que ahora mismo llamo yo a Jesuli y te la trae en su moto. Y con eso duermes tres días si quieres, depende de cuánta te fumes.

—No, no hace falta, gracias.

—Oye, pues algún gusto le tendrás que dar al cuerpo, bonita. Lo que no puede ser es que nos vayas con esa cara de acelga hervida. Venga, un bailecito.

Las dos se levantaron y, pese al disgusto que yo llevaba, lograron que me arrancase un poquito a bailar con ellas, pues de otro modo no me dejarían ir. Se lo agradecí porque eran muy buenas y sabía que lo hacían por mí, aunque malditas las ganas que yo tenía de bailar. No las tenía de nada, es que ni siquiera de mirarme, con eso os lo digo todo. Y cuando cogí la cama me tiré en ella en plancha.

Tampoco es que fuese a dormir mucho, eso ya lo tenía yo bastante claro, pero al menos descansar y no tener a nadie delante que me aconsejase que no llorase por ese miserable, que realmente era de lo que tenía ganas.

Sé que Abel no merecía mis lágrimas, aunque me había hecho sentir muy desgraciada y eso era lo que realmente provocaba que llorase.

Tan solo un rato después, llegó Roberto. Por lo visto, se había percatado de mi ausencia tras besarse con Lucía.

—Niña, que te he estado buscando por toda la caseta y al final me dijeron que te has venido, ¿se puede saber qué te pasa? —me preguntó a través de la puerta.

—Que mis amigos tenían razón y Abel se estaba besando con otra… Con una con la que no le importó que le vieran en la feria. Me tenía escondida, Roberto, escondida… Él no quería que nos vieran juntos, por eso hizo todo lo que hizo el muy canalla. Y por eso me llevó a Ibiza, para compensarme de su ausencia en una feria que luego pensaba vivir con otra.

—Ay, mi cabecita loca. Ese tío no me dio buena espina en ningún momento. Ábreme la puerta, que te achucho.

—No, no quiero, de verdad. No quiero que me veas así.

—Así, ¿cómo? ¿Desnuda? Por favor, si es así, abre…

—No digas tonterías, anda. Y no, no quiero hablar con nadie. Por favor, acuéstate.

—Pero ¿solo? ¿No es eso un crimen contra la humanidad? —bromeó.

—No, no lo es. Venga, acuéstate.

Yo no quería seguirle el rollo porque no me lo merecía. Por muchas tonterías que dijese, Roberto no era como Abel. Él no se liaba con una mujer si no le gustaba de verdad. Y a la que tuviera esa suerte, le daba su sitio.

Debía ser consecuente porque traté de emparejarlo con Lucía y, a base de intentarlo varias veces,

lo había conseguido. Ella no era un desastre como yo y seguro que podía hacerle feliz. Al fin y al cabo, yo le ninguneé por ser un celador, creyéndome merecedora de mucho más.

Me daba a mí que esa noche no dormía. Y no me equivoqué. Cuando Gala me llamó por la mañana, seguía despierta.

—Haz las maletas, anda, que nos vamos a casa—me comentó sin dilación.

—¿A qué casa, Gala? Si ya estoy en la mía.

—A la casa en la que te criaste. Ya está bien, cariño, ya has aprendido la lección. Y ahora te mereces volver con los tuyos—me comentó.

—Gala, nada ha cambiado, todo sigue igual por mucho que yo ahora esté hecha un guiñapo. No quiero que mi padre me eche en cara que aquí en Málaga no he aguantado ni el primer asalto.

—Los callos de tus manos acreditan que no solo lo has aguantado, sino que te has proclamado vencedora de la pelea. No te hagas de rogar, bonita. Recoge tus cosas, que nos vamos.

—No entiendo nada, Gala, ¿y qué hay de Claudio? ¿Qué va a pensar él después de haberme echado una mano?

—Mi padre acaba de hablar con él y está totalmente de acuerdo en rescindirte el contrato. Y una cosita más, esa jefa tuya tan siesa de la que me hablaste…

—Sí, Sonia, ¿qué le pasa? —le pregunté sorbiendo por la nariz.

—Que le comentó a Claudio que está muy sorprendida contigo y, aunque no te lo reconozca, cree que has hecho un gran trabajo.

—¿Eso lo ha dicho Sonia en algún momento?

—Eso mismo, sí…

—Pues entonces la estarían apuntando con una pistola.

—Que no, cariño, que no. Que tú la has hecho cambiar de opinión, te lo has ganado a pulso—me comentó muy orgullosa.

Capítulo 44



Hice las maletas, siguiendo el consejo de Gala y con total desconcierto. Me iba a casa, no entendía nada, pero me iba. Y se ve que mi madre estaba de acuerdo. Igual sí que se había echado un novio rico y le convenció para que me mantuviese. Qué sabía yo, me daba por pensar de todo.

En realidad, y esto os lo puedo prometer, yo eso no lo consentiría. Si algo había aprendido de mi estancia en Málaga era que las dos manitas que Dios me había dado eran para trabajar y no solo para llevar hecha en ellas la más fina de las manicuras.

Me sentía muy mal por todo y justo por ese motivo no quería ni pensar en la cara con la que entraría en mi casa. Se me veía muy infeliz y al que me costaría volver a encarar sería a mi padre, aunque a él no tendría ni que verle, que ese estaba bien distraído con su nuevo amor… El nuevo amor que llevó el caos a mi vida.

A la hora de salir por la puerta, Virginia tenía la lagrimilla en los ojos.

—Pija, has sido la mejor compañera de piso que hubiera podido imaginar nunca. Y eso que te reconozco que la primera vez que te pusiste delante de los fogones creí que nos envenenarías— me dijo ante la atenta mirada de Gala y de Jorge, que subieron para ayudarme a bajar mis cosas.

—Y yo también lo creí, cariño. Gracias por haberme dado la maravillosa oportunidad de compartir piso con vosotros—me fundí con ella en un abrazo.

—¿Y yo? ¿Qué te digo yo? —me preguntó Roberto mientras me miraba, también muy emocionado.

—Tú no me digas nada que calladito estás más guapo. Y, además, que eres muy capaz de hacerme llorar, petardo, que eres un petardo. Y otra cosa te voy a decir y espero que no se te olvide: cuídamela, ¿vale? Que ella se lo merece.

—¿A quién tiene que cuidar? ¿Qué me he perdido? —me preguntó Virginia con cara de asombro.

—Él lo sabe muy bien. Ya te lo contará—le comenté junto con un guiño de ojo.

—Para mí que os habéis propuesto volverme loca. Bueno, venga, que vas a perder el avión—me invitó a salir.

—¿Qué avión? ¿Te crees que al final me voy al Caribe? Que me marcho con mis amigos, en su coche y a Sevilla. Vamos a estar al ladito, ¡ya nos veremos!

—Mujer, si he dicho lo primero que me ha salido por la boca y para que te vayas, que no me gustan las despedidas.

Me fui, sí, y lo hice con una sonrisa envuelta en lágrimas, una mezcla muy extraña.

En cuestión de pocas horas, mi corazón se había dado la vuelta como un calcetín. Abel mostró su asquerosa cara y mientras yo, por primera vez, vi a Roberto… Él a mí me vio desde el primer momento, pero yo pasé de su culo, como diría él mismo. Le utilicé a mi antojo, como si fuera un juguete, y luego lo cambié por otro más caro y exclusivo que venía impregnado en veneno.

Si lo pensaba bien, eran muchas las cosas que había aprendido en Málaga. Y la primera de todas ellas fue que la diferencia de estatus económico no nos hace ser de diferentes especies: todos somos humanos y la valía de las personas no se mide por los ceros de su cuenta corriente.

Sorbiendo por la nariz, me monté en el coche. Desde la ventana, Virginia y Roberto me decían adiós con su mano. No fue demasiado tiempo el que pasé con ellos, aunque sí de una intensidad total, hasta el punto de creer que esa vida que viví allí había durado mucho más de lo que en realidad duró.

Por el camino, veía el amor que se profesaban Gala y Jorge, no pudiendo evitar el sentir una envidia que, por muy sana que fuese, no dejaba de ser envidia. De repente, yo también necesitaba un amor en mi vida… En esa vida que percibía más incompleta que nunca.

Los kilómetros pasaban sin que Gala dejase de hablar. Yo la conocía muy bien y mi amiga lo hacía para que no pensase, porque veía la tristeza en mis ojos y no quería que me rayase más de lo que estaba.

Todo lo sucedido hizo que incluso se volvieran de inmediato a Sevilla conmigo y no disfrutaran de unos días más de feria. Eso es amistad y lo demás son tonterías.

Los errores se pagan y hay ocasiones en los que se pagan caros. Esa era la sensación que yo tenía, la de que ojalá hubiera hecho las cosas la mitad de bien que mi querida amiga. A ella todo le iba sobre ruedas mientras que yo parecía caminar hacia atrás, como los cangrejos.

Cuando entramos en Sevilla, lancé un hondo suspiro. Volvía a casa y con mi madre. Entonces, ¿por qué me notaba tan vacía? ¿Por qué esa pérdida que tanto me dolía? ¿Por qué no volver a experimentar esa alegría que siempre tuve y que de golpe y porrazo me daba la sensación de haber perdido?

Muchas preguntas que el tiempo iría respondiendo en el verano más inusual de mi vida, pues en eso se convirtió aquel en el que recibí muchas lecciones en una sola.

El más hondo de mis suspiros me salió cuando ellos me dejaron en la puerta de casa. Me tocaba a mí entrar y enfrentarme de nuevo a mi vida, coger las riendas y enderezarla.

La Jimena que se marchó a Málaga con el alma en vilo no era la misma que volvía. Eso lo tenía yo bastante claro cuando saqué las llaves para meterlas en la puerta de mi casa.

Capítulo 45



—Señora, la holgazana de su hija ya ha vuelto. Ya sabía yo que no duraría demasiado tiempo en Málaga—le escuché decir a Fernanda y me sentí como si me hubieran dado tres patadas juntas en el estómago.

—Fernanda, ya está bien, no hace falta que hagas más el papel—le respondió mi madre y yo la miré extrañada. Ella llegó hacia mí y me comió a besos.

—Mamá, ¿de qué papel hablas?

—De uno con el que me he reído más que nunca en mi vida—me contestó Fernanda—. Lástima que todo lo bueno se acabe—se borraba las lágrimas de risa de su rostro.

—Mami, ¿qué dice ella? Es que no la entiendo.

—Pues yo bien que me expreso—anotó la otra, que tenía guasa.

—Lo que tu madre ha querido decir es que el papel que todos hemos representado ha llegado hasta hoy—le escuché decir a mi padre, quien salió de dentro y yo me quedé con las patas colgando.

—Papá, ¿has vuelto a casa? Esto no puede ser… Oye, mamá, que tú no eres el segundo plato de nadie, ¿eh? Si ha vuelto será porque la otra se habrá dado cuenta de que podía ser su padre y…

—Calla, hija, que es el tuyo—me habló mi madre—. Y es el mejor padre del mundo.

—Mamá, definitivamente tu nuevo novio te ha hecho algo raro, porque tienes un cortocircuito en el coco. ¿Le vas a dejar para volver de nuevo con quien ya te ha fallado? Desde pequeña me enseñaste que quien te joroba una vez lo hace otras muchas, ¿ya se te ha olvidado?

—Jimena, tu padre nunca me ha fallado—aseveró.

—¿Que nunca te ha fallado? Mamá, ¡que estás entortada! Lleva la tira de tiempo acostándose con otra… Y te dejó sin blanca cuando se fue con ella, que no tuvo el más mínimo miramiento.

—Tu padre no me ha fallado porque esa otra nunca existió, hija.

—Mamá, ¿a ti qué te ha entrado? Porque fiebre no tienes—le comenté poniéndole la mano en la frente.

—Todo lo que te dijimos lo pactamos tu padre y yo para darte una lección, Jimena. Una lección de la que nos consta que has aprendido mucho—suspiró ella.

—¿¿Cómo?? Eso es imposible… Yo os pillé discutiendo, tú le decías barbaridades y él pasaba de ti olímpicamente. Estos ojos lo vieron—se los señalé.

—Tu padre y yo tuvimos que ensayar esa bronca durante días antes de que llegases para que resultase creíble.

—Así es y yo hacía como de directora de la película diciendo "así, no, señora, tiene que hacer ver que le odia más. Venga, ponga cara de desquiciada" —decía Fernanda.

—Esto no puede estar pasando, ¿todos os habéis reído de mí? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—No lo hicimos para reírnos, hija. Ni mucho menos. Sabíamos desde el comienzo del curso que te iba fatal y que nos mentías. Tu vida era como un tren que estaba a punto de descarrilar y tu madre y yo solo quisimos evitarlo—añadió mi padre.

—Y entonces, ¿tú no te fuiste con Olivia en ningún momento?

—Olivia no existe, hija. Nos inventamos hasta el nombre.

—Yo me lo inventé, que me lo pasé pipa con todo esto—prosiguió Fernanda con los ojos brillantes—. No me mires así, Jimena, es que mi vida es un poco aburrida y todo esto le ha dado un saborcillo que no veas. Si hasta me he terminado apuntando en un grupo de teatro, de lo divertido que me ha resultado.

—Así que todos os habéis reído tela a mi costa.

—Nada más lejos de nuestra intención que reírnos, hija. A nosotros nada de esto nos ha hecho gracia.

—Hablen por ustedes, sí—intervino Fernanda.

—Ha sido muy cruel, muy cruel… Yo he sufrido mucho.

—Y nosotros también viendo cómo comenzabas a desperdiciar años de tu vida por las buenas. Eso no le gusta a ningún padre. Tú lo tenías todo, Jimena, y lo derrochabas a manos llenas—me recordó el mío.

—Mamá, así que tú tampoco tienes un nuevo novio, ¿no? Cada vez que te veía contenta o

estabas de viaje…

—Andaba con tu padre, claro está. Y de ahí mi felicidad. Era tanta, que ya no quería ni seguir maldiciéndole delante de ti, me sentía mal cuando en realidad le adoro.

—Y te montaste el cuento del yoga y la meditación. Ya me extrañaba a mí que le hubieses perdonado tan pronto. Pero como pensé que andabas con otro…

—Yo nunca podría andar con otro porque adoro a tu padre, Jimena. Y si hemos hecho lo que hemos hecho, ha sido por ti, pero en el fondo también por nosotros, porque nos merecemos vivir una vida sin sobresaltos, a bien que a ti te hemos criado entre algodones y para que no te falte de nada.

—Es muy injusto, muy injusto… Os habéis reído de mí.

—Lo injusto era que tú nos jorobases la vida a tu madre y a mí, hija. Yo andaba ya muy preocupado y no era el mismo. Al final, hasta hubiera repercutido en nuestro matrimonio. Tu madre se lo tomaba con más paciencia, pero yo me subía por las paredes y más pensando en que nos estabas mintiendo en toda nuestra cara, ¿o eso no lo reconoces también?

—Yo es que tenía la esperanza de aprobar al final del curso, papá—miré hacia el suelo, avergonzada.

—Claro que sí, por tu cara bonita, hija. Tú ibas hacia el precipicio y eso nosotros no pensábamos tolerarlo. Por eso todo lo que pensamos…

—Ya, y dime una cosa, ¿los padres de Gala también lo sabían? ¿Por eso Alberto me llevó hasta Claudio para que me diese trabajo?

—Así es, hija. Alberto y Magdalena estaban totalmente de acuerdo con nosotros. Y nos ayudaron.

—¿Y Gala? ¿Gala también lo sabía? Porque eso ya me dolería más.

—No, Gala no lo ha sabido hasta hace unos días. Se lo contamos cuando fue a verte a Málaga.

—Al menos una que no me ha engañado—dije acongojada.

—Nadie te ha engañado, Jimena. Todos deseamos lo mejor para ti y hemos actuado en consecuencia—trató de animarme mi padre, viniendo hacia mí y dándome un abrazo.

—Me siento muy mal. No sé ni qué pensar de todo esto, papá—le confesé mientras él me abrazaba.

—Pues piensa que todo lo hemos hecho por tu bien. Tú eres lo más importante para nosotros, Jimena. Y, en cuanto a tu madre, que sepas que yo jamás podría poner los ojos en otra cuando cuento con la suerte de tener la mejor mujer del mundo. Nuestro amor es verdadero y perdura

con los años. Ojalá tengas la suerte algún día de experimentar uno así, hija. Entonces entenderás que hay amores que están abocados a vivirse juntos durante toda una vida y quizás también después por toda la eternidad.

Capítulo 46



A partir de ese momento, los días comenzaron a pasar.

Mi vida, como la había conocido hasta el momento de marcharme a Málaga, ya no volvería. Había cambiado y quería hacer las cosas bien.

Mis padres me habían prometido que no habría ningún problema por seguir pagándome la universidad privada, siempre que ese curso ya lo sacara en condiciones.

Por supuesto que así lo haría. Aunque me escoció muchísimo todo lo que me hicieron, terminé entendiendo que fue por mí y que ellos también lo sufrieron.

En la otra cara de la moneda, descubrí que en mi casa todos contábamos con importantes dotes de interpretación, incluida Fernanda, quien se lo pasó bomba con aquello.

No esperé a que comenzara el curso para hincar codos. Desde el día siguiente a mi llegada, abrí los libros y aspiraba a sacarme todavía alguna asignatura en septiembre, algo que meses atrás no habría pasado ni por mi cabeza.

Aquel mediodía, como una semana después de mi vuelta, Fernanda tocó a mi puerta y me habló en tono jocoso, porque ese se le había quedado, pese a todo.

—Deja ya los libros, no sea que ahora colapses después de tanto tiempo sin abrirlos, y corre, que tienes una visita—me comentó.

—¿Es Gala? No, no creo, porque ella debe estar en la clínica.

—No, no es Gala. Es un muchacho que bien podía ser un galán de cine. Pregúntale si le gusta el teatro porque igual se podía venir a mi grupo. Nos lo rifaríamos, eso seguro.

Pensé en cualquiera de mis amigos sevillanos, aunque me mosqueó que Fernanda no lo reconociera porque llevaban toda la vida entrando en mi casa, igual que yo en la suya.

Enseguida, picada por la curiosidad, me levanté y fui a comprobar quién me hacía esa visita. Cuando lo vi, mis ojos se aguaron.

—¡¡Roberto!! —exclamé echándome en sus brazos.

—Pero si es mi pija favorita…

—Sí o tu pija preferida, como lo quieras decir. ¿Se puede saber qué estás haciendo tú en esta casa?

—Pues nada, mujer, que pasaba por aquí y me he dicho "voy a darle una alegría a la pija, que igual está hasta estudiando".

—Sí, es que tengo un montón de cosas que contarte… No sabes todo el enredo que había detrás de mi estancia en Málaga. Mis padres no estaban separados, solo hicieron el paripé delante de mí para hacerme ver que mi madre y yo no teníamos ni un euro.

—Y para que espabilases, claro…

—Pues sí. Primero me puse como una furia, pero luego entendí que no les dejé otra. Me puse muy tonta y no tenía ningún derecho.

—Y por medio aprendiste la lección, dame tus manos. Mira, ya las tienes mejor, se ve que estudiar no es tan duro al lado de otras cosas.

—Y que lo digas. Eso lo he aprendido a fuego para siempre. Me voy a sacar alguna asignatura en septiembre, todavía me da tiempo. Y el resto me lo sacaré en el menor tiempo posible: quiero ser médica pronto.

—Eso es fantástico. La de Medicina es la más bonita de las carreras para mí.

—¿No me digas? ¿Te gusta? Pues te animo a que te la saques… Y no porque ya yo le dé importancia a esas cosas, sino porque debes perseguir tus sueños. Y, aparte, que así Lucía y tú podréis tener una vida mejor. Ella se lo merece…

—¿Lucía y yo? ¿De qué me estás hablando?

—Roberto, no hace falta que disimules: vi cómo os besabais en la feria. Y estoy muy contenta por vosotros—le dije, aunque en tono penoso.

—¿De verdad estás muy contenta por eso? Porque tus ojos me dicen otra cosa, mentirosilla—me preguntó mientras levantaba mi mentón.

—Bueno, a ver, estoy contenta porque tú le gustas y esa niña se lo merece todo, aunque si te digo la verdad… No, no te la puedo decir.

—Pues yo he venido hasta aquí para decirte que no pienso renunciar a ti, así que si tienes algo que alegar en contra de eso, ¡ya puedes hacerlo!

—¿Que no vas a renunciar a mí? ¡Pero si estás con ella!

—Debiste llegar en el momento en el que Lucía, armada por el valor que da el alcohol, se lanzó sobre mí y me besó. Lo que no viste fue que yo la retiré enseguida y le dije que me caía fenomenal, pero que no…

—Ay, lo siento mucho por ella, ¡¡pero me alegro por mí!! —le chillé mientras me tiraba sobre él.

—Eso, ahora una revolcón en medio del salón y luego Fernanda a desenfundar los sofás. De eso nada, ¡¡al jardín a retozar!! —nos echó ella con una escoba.

Salimos corriendo y allí nos sentamos en el balancín, besándonos.

—Lo siento mucho, te lo digo de corazón. Tú me gustaste desde el primer momento, pero…

—Pero solo me veías como a un hombre sin un título, ¿verdad?

—Lo siento, sí. Para mí, lo de tener éxito en la vida era muy importante, y eso que yo no estaba haciendo mucho por tenerlo.

—Y ahora, ¿qué piensas?

—Que me importa un cuerno que no hayas pasado por una universidad o que tengas la cuenta pelada, ¡¡yo quiero estar contigo!! —me subí a horcajadas sobre él.

Capítulo 47



Mis padres no estaban en casa y, un ratito después de que él llegara y tras hacernos mil arrumacos, me comentó que me invitaba a comer.

—No hace falta, ya te puedo invitar yo a ti. Papá me ha vuelto a dar la tarjeta, ¡y a abrir el grifo!

—De todos modos, insisto. Yo también tengo mi propia tarjeta y quiero invitarte. Y tú mientras me llevas a dar una vueltecita por el centro de Sevilla.

—¡¡Eso está hecho!! Le cojo uno de sus coches a mi padre y nos vamos.

Lo hicimos y, un ratito más tarde, pasamos por la puerta de la clínica donde trabajaban Gala y Jorge.

—Mira, otra de las clínicas de Don Claudio de Senillosa. En esa es en la que trabajan mis amigos.

—¿No me digas? ¿Y si nos paramos y les hacemos una visita? Me cayeron fenomenal.

—Vale y así, si me encuentro con Don Claudio, le saludo, aunque no creo que esté ahí. A ver, es en la que suele estar la mayoría del tiempo, en esta de Sevilla, pero que es verano y que ese hombre estará dando la vuelta al mundo con su mujer, no creo que esté metido ahí. No le hace ninguna falta.

—O igual sí, porque yo he oído que le apasiona su trabajo.

—Bueno, pues si me lo encuentro, le doy un abrazo y las gracias. Nunca olvidaré lo que hizo por mí, aunque me diera el trabajo más duro. Perdona, también el tuyo lo es, que cargar con las camillas y mover a los enfermos no es moco de pavo.

—No pasa nada, preciosa. Venga, mete el coche en el parking y subamos.

Lo hicimos y yo con una ilusión tremenda. Quién sabía si, con el tiempo, terminaba trabajando para ese hombre, igual que Gala. Yo haría todo lo posible, eso lo tenía muy claro.

Subimos de la mano y pregunté por Gala. Enseguida me indicaron en qué planta estaba y, cuando nos metimos en el ascensor, creí que él se había equivocado al pulsar.

—Que esa no es, chaval. ¿A ti qué te pasa? ¿Es el amor que te ciega? —le pregunté mientras me lo comía a besos.

—Espero que no, me vendría fatal para… Enseguida lo entenderás.

Las puertas del ascensor se abrieron y entonces me llevó directa hasta un lujoso despacho.

—Es el de Don Claudio de Senillosa. No podemos entrar ahí por toda la cara—le comenté leyendo su nombre y viendo que él llamaba con los nudillos.

—O igual sí, ya lo veremos…

Abrió la puerta en cuanto recibió el permiso y, sin dudarlo, se fue hasta su mesa.

—¡¡Papá!! ¿Cómo estás? —le preguntó y si no me caí de espaldas fue de milagro.

—Genial, aunque no tan bien como tú. Veo que vienes maravillosamente acompañado.

—¿¿Papá?? ¿¿Usted es el padre de Roberto?? ¿¿Y no lo tiene reconocido?? —le pregunté sin dar crédito.

—¿Mi hijo sin reconocer? Me temo que no me conoces mucho si piensas eso. Y tampoco a él, que es un digno hijo de su padre. No puedo estar más orgulloso de él. Está mal que te lo diga yo, pero Roberto es uno de los mejores oculistas que hay ahora mismo en España, te lo garantizo. Todo un referente que llegará muy lejos.

—Por eso te dije que no me vendría bien que el amor me cegase. Siento haberte mentido yo también, Jimena, pero era fuerza mayor.

—No, no, esto no puede estar pasando, ¡¡por eso Jorge creía reconocerte!!

—Así es. El momento más complicado de todo esto fue cuando estuvo a punto de desenmascararme. Yo trabajo en la clínica de mi padre de Madrid, pero alguna vez vengo por aquí a visitarle, y me lo habré cruzado. Igual hasta nos han presentado.

—¿Tú trabajas en Madrid?

—Sí, así es…

—Pero si yo voy a seguir estudiando allí…

—Tanto mejor, ¿no? Porque yo en Madrid tengo para rato.

—Sobre todo porque le voy a nombrar director de la clínica, sobre todo por eso—añadió su orgulloso padre.

—Pero entonces…

—Entonces mi padre me pidió el favor. Verás, él le está muy agradecido al tuyo porque le sacó de un buen lío con una paciente que nos denunció a consecuencia de una supuesta negligencia que no era tal, pero que podría habernos buscado la ruina, más que nada a nivel de la repercusión de los medios y demás. Cuando supo de su desesperación, se ofreció a ayudarle con lo tuyo y me lo contó. A mí me apetecían unas vacaciones en Málaga, como aquel que dice… Comprobar el funcionamiento de una clínica desde dentro. Pronto voy a dirigir la mía propia y así mataba dos pájaros de un tiro, porque también vigilaba de cerca tus pasos.

—Como en el programa de "El jefe infiltrado", ¿no?

—Más o menos, aunque no contaba con que, al vigilarte, me enamoraría de ti.

—A mí me va a dar un síncope o algo, ¿y Virginia? Porque ella se acercó muy diligente a ofrecerme la habitación en su piso.

—También estaba pactado, igual que el acogerme a mí días antes…

—Será Pinocha, si me contó que llevabas tiempo viviendo allí.

—Pues no, yo también acababa de llegar. Quien vivirá ahora en su piso, ya que nosotros no estamos, es Lucía. Han llegado a un acuerdo económico que les beneficia y así también estará más acompañada.

—¡¡Dios mío!! Y los niños alucinarán con Gusiluz.

—Eso seguro.

—Nada, nada en esta historia es lo que parece… ¡Me voy a volver loca!

—Nada de volverte loca, ahora es cuando te estás volviendo cuerda. ¿Quieres que vayamos ya a buscar a tus amigos y se lo contamos todo?

—Vamos, claro…

—Pues andando, preciosa.

—Una cosa más antes de irme. Mil gracias, Claudio.

—Nada de dármelas. Termina tu carrera y puede que cierto director quiera contar contigo en su plantilla de Madrid—me comentó guiñándome un ojo.

Capítulo 48



Pasamos el resto del día paseando por Sevilla y yo que seguía sin poder creerme nada de lo que me habían contado.

Era imposible que saliera de mi asombro porque me la habían liado parda, ¡¡y entre todos!!

—Así que por eso te convertiste en mi salvador, porque habías ido hasta allí para vigilarme.

—Y porque no puedo soportar una injusticia. A Sonia ya le he dado un toque antes de volverme.

—¿No me digas? Porque parece ser, según me contó Gala, que hasta terminó valorándome.

—Es cierto, pero podría haberlo hecho con mejores modos. A partir de ahora, quizás se lo piense dos veces antes de tratar a patadas a la gente. O la patada en el trasero se la llevará ella y se verá en la calle.

—No quiero que pienses en el trasero de otras ni siquiera para patearlo, advertido quedas—le señalé.

—No podría pensar en el trasero de ninguna más teniendo tú esta maravilla que tienes aquí—me comentó mientras me lo pellizcaba.

—Será mejor que sueltes ese trasero antes de volver a mi casa, ¿te apetece que te presente a mis padres? Recuerda que yo ya conozco al tuyo.

—Claro que sí. Y, además, que también conocerás a mi madre en estos días. Me quedaré tres o cuatro antes de volver a Madrid. Eso sí: tendrás que estudiar pese a ello. Se siente o lo hubieras hecho antes.

—Me parece justo. Vámonos a mi casa—le pedí mientras tomaba su mano para coger de nuevo el coche e irnos hacia allí.

Por cierto, que él me contó que hasta mi casa llegó en el suyo, uno muy lujoso según vi después, y que Fernanda le dijo dónde tenía que esconderlo para no levantar mis sospechas. Era total esa mujer.

Aparecimos por allí un rato antes de la cena.

—Papá, mamá, os presento a Roberto de Senillosa. Igual en persona todavía no le conocéis, pero sí de su existencia y del papel que ha desempañado en esta historia. ¿Hay alguna sorpresa más que todavía deba descubrir o la cosa ha llegado hasta aquí? —les pregunté entre risas.

—No, creo que no. Ya está bueno lo bueno—me contestó mi padre mientras abrazaba a Roberto —. Chaval, no voy a olvidarme nunca de lo que has hecho por mi hija. Para mí ha sido una suerte saber que estabas en su misma clínica, en su piso y…

—Y ya, papá, porque la parte de que en algún momento llegó a estar también en mi cama, esa no te interesa. Aunque igual sí que lo esté a partir de ahora, porque nos hemos hecho novios.

—Es que yo lo sabía, yo lo sabía—murmuró mi madre.

—¿De verdad lo sabías? ¿Cómo puede ser?

—Tuve un pálpito, desde que me enteré que Roberto se había ofrecido, lo tuve.

—Y también influyó que yo le eché las cartas y salió, señora, no me quite mérito—apuntó Fernanda—. Y le recuerdo que no me ha pagado por eso, ya le pasaré la factura.

Fernanda no daba puntada sin hilo y sacaba dinero de hasta debajo de las piedras.

Se trató de una cena muy agradable en la que les contamos a mis padres muchas de las anécdotas que nos sucedieron en Málaga, desde el día de mi llegada.

—Lo de la maleta fue de traca, un poco más y mato a alguien cuando cayó.

—Y luego los niños robándote tus enseres de pija…

—Ya ves, al final los adoraba. Igual que a las chicas que cantaban flamenquito en la calle. Me vine sin despedirme de ellas, qué rabia.

—¿Hiciste amistad con esas chicas, Jimena?

—Sí, mamá. Si es que ya estaba muy integrada en el barrio. Casi siempre me hacían cantar o bailar antes de entrar en el bloque.

—Y no creo que por Frank Sinatra, ¿verdad? —me preguntó mi padre.

—No, papá, por grupos que en esta casa no conocíamos y que suenan la mar de bien. O cantantes como El Arrebato, ¿tú has escuchado su canción “La gente luminosa”? Es que me encanta…

—Yo no he tenido el placer, hija.

—Pues yo te la voy a cantar…

—Claro que sí, señor, ¿no la conoce? Yo tocaré las palmas. Va de la gente buena que aporta, de la gente que derrocha luz, como yo—le explicó Fernanda.

Menudo personaje más loco. Y sí que palmeó mientras yo canté. Roberto se lanzó en el estribillo a cantar conmigo y hasta mi madre también lo hizo en cuanto lo escuchó la primera vez, dado que la letra no podía ser más pegadiza.

Nos entretuvimos cantidad y a la hora de dormir Roberto hizo además de levantarse y marcharse.

—No hace falta que te vayas. Conociéndote, eres el hombre que quiero en la vida de mi hija, puedes quedarte a dormir—le comentó mi padre y yo maravillada, pues eso no lo esperaba de su parte.

—No quiero molestar, Ernesto, de veras que no.

—Me molestaría si no la quisieras más que para divertirte con ella, pero en este tiempo me has demostrado con creces que no es así. Quédate, te lo pido por favor.

—Venga, no le hagas el feo a mi padre, que a mí también me apetece mucho que te quedes—le animé.

—Pues no seré yo quien se vaya en ese caso. Magdalena, ¿tú estás de acuerdo en que me quede a dormir? —le preguntó a mi madre porque él era todo estilo y elegancia, esa que derrochaba no ya por su puesto, sino porque venía de serie con él.

—¿Y a ti qué te parece? No había visto a Jimena más contenta nunca y todo se lo debemos a tu generosidad. Como ha dicho mi marido, cuidas de ella como nadie, y eso es lo más importante para nosotros. Puedes quedarte en su dormitorio.

—¿En su dormitorio? Yo me parto. Han llegado vientos de modernidad a esta casa—se burló Fernanda—. ¿Señora le importa si yo también me traigo a mis ligues?

Capítulo 49



Una vez en mi dormitorio, hasta me sentí nerviosa.

—Tendremos que ser cautos, que no es plan de ponernos a dar aquí chillidos como si estuviéramos en medio de la selva—le comenté.

—Yo no soy quien chilla, es cierta chillona que conozco y que esta noche deberá portarse como una niña buena.

—Yo no soy buena ni debajo del agua, con eso te lo digo todo.

—Y yo no quiero que lo seas, mi amor. Si supieras las ganas que tengo de ti…

—Pues anda que yo de ti.

Si algo tenía claro era que con él no quería nada de prisas. Sí sexo de calidad y no exento de cierta fuerza, pero tampoco tan rudo como llegó a ser el que practiqué con Abel en ciertas ocasiones.

Cuando se me cayó la venda, me di cuenta de muchísimas cosas. Y una de ellas fue que en la cama, Abel cada vez iba más a lo suyo. A mí me ponía porque me ponía y punto, no hay nada más que hablar. Pero él hacía lo que fuera por conseguir sus propósitos y salirse siempre con la suya.

Con Roberto aprendí que la miel puede ser transparente. Yo nunca había reparado en ese concepto, pero con él lo hice. Me refiero a que la miel de sus ojos, pues ya he aludido en otras ocasiones a que los tenía de ese color, gozaba de una impresionante transparencia.

Roberto no solo me miraba con deseo, sino también con amor. Eso se notaba mucho y yo me entregué a él no solo con el cuerpo, sino también con el alma.

Partía con una ventaja: desde que él apareció no volví a pensar en Abel ni estaba en mi ánimo hacerlo. A menudo, les otorgamos a las personas más valor que ese que realmente tienen. Lo digo porque Abel había pasado por mi vida sin pena ni gloria, por mucho que le pesase, algo que no hubiera creído en las semanas que pasé con él.

Roberto, esa noche, convirtió mi cuerpo en un lienzo en blanco. Un lienzo en blanco que colorear a su antojo con las más delicadas de las caricias. Yo no lo había hecho así con él antes, con tanto mimo, y me demostró que el morbo y el erotismo no están reñidos con el amor.

Antes de pasar a mayores, me recorrió con sus dedos, acariciándome entera, desde la punta del pelo a la de los pies. Yo me derretía con esas caricias que, a continuación, me dedicó también con su lengua, la cual se recreó en mi vulva, entrando en ella, haciéndome estremecer mientras mi cuerpo se curvaba al completo.

El primer orgasmo me asaltó de esa manera, revolviéndome indómita mientras él se empeñaba en darme más y más placer. Su boca buscó la mía para ahogar el grito que podría haber dado. No había mejor lugar para esconderlo, para compartirlo, para saborearlo…

No solo sus ojos tenían el susodicho color de la miel, es que también su boca me sabía dulce, me sabía a caramelo. Y eso sin restarle un ápice de su aire varonil, porque cuando Roberto dejaba de lado el mimo y venía a decir eso de "aquí estoy yo" era tremenda la lujuria que podía derrochar.

Lo comprobé tras ese orgasmo, cuando colocó mis piernas en sus hombros y comenzó a hurgar en lo más íntimo de mí con la punta de su afilada flecha de guerra, esa de acero que me penetró.

Entonces, me llevó hacia él, como para tenerme más cerca, como para poseerme de un modo más íntimo, pese a que ya estaba metido en mis entrañas.

Yo no necesitaba más para llegar al delirio… Pero él sí que estaba dispuesto a dármelo, subiendo de revoluciones y haciéndome rugir de un modo que hube de ahogar en mi almohada igualmente por respeto a mis padres.

Ya podía saborear la libertad de un sexo con él lejos de aquellas cuatro paredes. En Madrid y solos, podríamos amarnos sin ningún tipo de condicionantes.

Postura a postura, pues nos dispusimos a darle un repaso completo esa noche al Kamasutra nos fuimos encontrando el uno al otro. En realidad, juraría que nos encontramos desde el primer momento y en Málaga, tan solo sucedió que yo le rehuí por necia.

Ese hombre era más de lo que aparentaba ser. Y no lo digo porque había descubierto en él a un médico de éxito. Hago un inciso porque me rio pensando en cuando le planteé que él también podría llegar a estudiar esa carrera, qué risa… Bueno, que me voy por las ramas, a lo que me refiero es a que su calidad humana se palpaba en cada uno de sus gestos y también en la cama.

El de aquella noche fue un sexo cañero, pero no tanto como lo sería en el futuro. Y no solo por temor a los posibles ruidos, sino porque él estaba decidido a demostrarme que no solo eran ganas de sexo las que tenía, sino de hacerme ver el mucho amor que me profesaba.

Hay veces en la vida que los ojos hablan. Y eso hacían los de Roberto. En esa cama, en la mía de siempre, sus ojos me recordaban que me querían, y que me querían de un modo que no dejaba lugar a ninguna duda.

Los ojos de Roberto, en esa noche, se quedarían para siempre grabados en los míos. Por muchos años que pasen, hay cosas que no se pueden olvidar y en esa madrugada yo fui consciente de lo mucho que me amaba. A la par, descubrí que no solo estaba enamorada de él, sino que también le amaba con locura.

Cuando terminamos, y con ese pensamiento, me quedé acurrucada sobre él, durmiendo en sus brazos. No quedaban demasiadas horas para que amaneciera y debía aprovecharlas. Me esperaban horas de estudio en los siguientes días, pero unas que afrontaba con enorme alegría.

Capítulo 50



A primeros de septiembre nos marchamos a Madrid. Yo debía examinarme y no tenía ningún sentido que continuase viviendo en la residencia universitaria, no cuando deseaba fervientemente seguir con él cada noche.

Esa fue la razón de que nos instalásemos en su casa, que estaba situada en una zona también muy exclusiva, en una urbanización de adosados con piscina comunitaria de lo más pija.

Roberto me decía a cada momento que, si no estudiaba, me devolvía en un paquete exprés a casa de mis madres. Bien me llegaba que lo decía de broma porque tenía tan pocas ganas de separarse de mí como yo de él.

Cada día, a un paso de examinarme, lo dedicaba completo al estudio mientras él acudía a su puesto de trabajo. Tampoco le faltaba distracción porque ya su padre le había nombrado director de la clínica y eso no era cualquier cosa.

El mejor momento llegaba por la noche cuando nos apartábamos ambos de las preocupaciones y vivíamos nuestro amor con total pasión. Así cargábamos pilas hasta el día siguiente, en el que volvíamos a empezar.

Me resultaba raro vivir en Madrid y lejos de Gala, pues llevábamos toda la vida juntas. De todas maneras, cada día hablábamos por teléfono y nos contábamos las novedades.

Quién me iba a decir, cuando me contó en Málaga que después del verano se iría a vivir con Jorge, que yo también comenzaría una convivencia así de bonita, ¡y que no sería con Abel, sino con Roberto!

La vida da muchas vueltas y la última que dio para mí fue preciosa. Por fin llegaron los exámenes y, con ellos, los buenos resultados. Me presenté a dos y logré sacarlos. No es que fuera un gran logro, pero para mí sí, teniendo en cuenta el poco tiempo en el que los preparé y que uno de ellos, además, lo aprobé con muy buena nota.

—Qué orgulloso estoy de ti, preciosa—me decía Roberto en cuanto llegó a casa y le comuniqué la noticia. Yo había preparado una cenita romántica que tomar con él a la luz de las velas, en nuestro jardincito, que no era grande, pero sí de lo más coqueto.

—Gracias. Me voy a poner las pilas a tope antes de que cierto director se quede sin sitio en su clínica para mí, porque me encantaría trabajar contigo, ¿crees que será posible?

—No lo sé, no lo sé, ya se verá—me hizo rabiar.

No soy de las que piensa que trabajar con la pareja pueda representar un hándicap. Y menos para nosotros, que tendríamos diferente especialidad y estar en la misma clínica no tendría que ver con no despegarnos en todo el día. Para nada sería eso.

A la hora de los postres, saqué un tiramisú casero que yo misma le había preparado.

—¡¡Toma ya!! Si es el que Virginia y yo te enseñamos a hacer en la casa.

—Sí, cuando yo era una pija y ahora mira…

—Ahora sigues siendo una pija con la única diferencia de que sabes cocinar.

—Tú eres igual de pijo y me enseñaste. Ahora que lo sé todo me llama más la atención todavía.

—Yo nunca quise ser un "hijo de papá", eso lo tuve claro.

—Y a la vista está que lo has conseguido.

—Sí, va a ser que al final consigo todo lo que quiero. Estoy muy contento—me besó.

—Yo también tengo en mi vida ahora mismo todo lo que quiero, amor—me senté en sus rodillas para servir el dulce postre.

—Pero apuesto a que puedo mejorar esa felicidad tuya.

—¿Con un buen polvo? —pregunté a modo de murmullo en su oído.

—Eso siempre, pero aparte con esto también—me dijo echando mano a su bolsillo y sacando el móvil.

—¿Me regalas tu móvil? Si yo tengo uno estupendo. No es necesario…

—No, te regalo lo que hay dentro—. Pulsó y aparecieron unos billetes de avión para las Seychelles, algo que no esperaba en absoluto y que convirtió mis ojos en dos piscinas.

—¡¡Gracias!!

—Es que sé que te quedaste con todas las ganas de ir con Gala y ahora sí que te lo has ganado.

—¿Ir con Gala? No, yo quiero ir contigo.

—Y yo contigo, no me pienso quedar aquí, amor. Este viaje es para los dos, para que disfrutemos del comienzo de nuestra vida en común y para que celebremos ese par de aprobados.

—Es la mejor sorpresa que podías darme, la mejor. Pero ¿tú puedes tomarte vacaciones ahora?

—Yo soy el director de la clínica. Digo yo que podré tomármelas cuando quiera, ¿no?

—Pues también es verdad. No te imaginas lo que esto supone para mí, ¡¡es un sueño!!

—No, más que un sueño es una realidad. La realidad de todo lo que vamos consiguiendo juntos. Nos marchamos en dos días. Tienes 48 horas para comprarte mil trapos bonitos que lucir allí.

—Por supuesto, que yo no soy influencer, pero pienso dejarte deslumbrado.

—A mí me deslumbras cada día, y más cada noche. Y si no eres influencer será porque no quieras, porque en mí influyes y mucho.

Un rato después, y en la cama, ya estábamos celebrando por adelantado ese viaje. Tras hacer el amor, no me podía dormir. No era solo su invitación, sino lo que representaba. Él supo las ganas con las que me quedé en su día de acompañar a Gala. Y quiso complacerme por eso con un viaje que sería aún mejor, pues en él estrenaríamos amor.

Aquellas 48 horas se me hicieron muy largas. Cuando por fin estuvimos sentados en el avión, en nuestros asientos, yo daba botes de alegría. No era para menos, la felicidad nos embargaba por momentos y eso era algo que saltaba a la vista.

Nos pasamos todo el vuelo cogidos de la mano. Yo le miraba embelesada y él lo mismo a mí. Éramos la viva imagen del amor, de un amor que me costó reconocer pero que, una vez que lo hice, nada ni nadie lograría derribar. Palabra de Jimena o palabra de pija, que para el caso es lo mismo.

Capítulo 51



¿Y qué decir de nuestra estancia en esas idílicas islas? Pues que si no me morí allí de gusto fue porque el universo no quiso. Y no solo me refiero al placer que Roberto me proporcionaba en la cama y que iba a más cada día.

De entrada, el resort era para caerse de espaldas. Roberto, ya que me invitó, lo hizo con todas las de la ley y en absoluto reparó en gastos.

Estar allí y con él era un sueño. Mirases donde mirases, todo era impecable, lujoso al máximo, con una arquitectura elegante al cien por cien y encima enmarcada en un entorno que no podía ser más frondoso y exuberante.

Cada imagen que mis ojos contemplaban era de postal y encima luego le veía a él, a Roberto, y entonces ya se convertía en una de las imágenes de mi vida.

Fotos nos hicimos por miles en aquel paraíso, también vídeos que mandar a los nuestros. Yo lo miraba todo dándole el valor que tenía, algo que en otro tiempo no hubiera hecho. Antes de conocerle pensaba que me lo merecía todo sin más y ese pensamiento me había cambiado radicalmente.

De aquel lugar, ante todo me quedo con su compañía, que me hizo feliz hasta decir basta, pero también con la cantidad de rincones que conocimos, viviéndolos en toda su intensidad.

No solo es lo que se suele ver, sino que en aquellas islas desiertas encuentras también multitud de senderos que te conducen a remotas playas de finas arenas y cristalinas aguas. En más de una hicimos Roberto y yo el amor, lejos de miradas indiscretas y entendiendo que era una ocasión única para llevarnos grabados en la mente los más románticos de los recuerdos.

Lo de “única” es una manera de hablar, porque si algo teníamos los dos claro era que coincidíamos en el amor por los viajes y que, por tanto, cada vez que tuviéramos la oportunidad, nos subiríamos en un avión a disfrutar de la vida.

Prometo que le daba mucho más valor a todo, como ya he contado. Y más después de conocer a amigas como Virginia y Lucía, con las que seguía en contacto, que tienen tanta valía. En concreto, la chiquitina se tomó muy bien que a Roberto y a mí nos saliera, diciéndome que no me

guardaba el más mínimo rencor, algo que me alegró mucho.

Justo un día antes de volar hacia allí me comentó que había un enfermero nuevo en la clínica que le ponía ojitos… Y lo mejor era que afirmaba no poder quitárselos tampoco de encima. Por lo que me contó, ahí sí había amor por ambas partes y la cosa iba viento en popa. No podía alegrarme más por esa guerrera anónima que estaba sacando adelante sola a sus hijos. Ojalá que le fuera muy bien y que la vida la recompensara también a ella.

A mí me estaba recompensando con muchas cosas, y aquel viaje era la viva prueba de ello. De la piscina del hotel y de las playas solíamos disfrutar más por las tardes, mientras que las mañanas las dedicábamos a recorrer las islas, por las que hicimos un verdadero tour.

Desde *Beau Vallon* hasta la Bahía de Ternay, pasando por *Anse Lazio* o la diminuta isla de *St. Pierre*, todo me maravilló en aquel magnífico lugar donde encontré con Roberto la total de las desconexiones.

Su fauna marina fue también otra de las cosas que se quedó grabada en mi mente, esa que tan sorprendida estaba. Practicar buceo con él fue toda una aventura y el color del coral me atrajo irremediablemente. No contenta con eso, me quedo con la cantidad de especies marinas que pudimos contemplar, tan de cerca que más de una vez las tocamos con las yemas de los dedos, como tortugas, langostas, meros o peces globo.

Tampoco quiero dejarme en el tintero el magnífico sendero que hicimos hasta llegar a *Anse Major* una de sus playas más llamativas a la que llegamos a través de un disfrutón sendero de montaña.

Cada una de las cosas que hicimos juntos allí podría elevarse a la categoría de tesoro mientras, día a día, nos íbamos conociendo. De nuevo la vida me había sentado la suerte al lado y en esa ocasión yo estaba dispuesta a valorarlo como nunca lo había hecho.

Todo lo mucho que las islas tenían por enseñarnos no evitó que disfrutáramos de la vida nocturna. Y no hablo solo de en la intimidad de nuestra villa, que eso se da por sentado, sino de ese gusanillo que nos recorría el cuerpo noche tras noche cuando, tras cenar, salíamos de marcha en unas veladas cuyas agradables temperaturas invitaban a prolongar la juerga durante horas.

Fueron muchas, muchísimas, las que nos corrimos allí, cada una de ellas imperdible. Conocimos a fondo cada uno de sus locales y hasta hicimos amistades, aunque a la hora de bailar nos valíamos solitos el uno con el otro, dándolo todo en una pista en la que el derroche de sensualidad estaba garantizado.

No se me ocurre una forma mejor de ponerle el colofón a un verano que, finalmente y contra todo pronóstico, sí que fue el de mi vida. Un verano que comenzó siendo caótico y que terminó siendo todo un regalo. Un regalo porque me trajo a Roberto y también algo no menos importante: la posibilidad de valorar cuanto tenía en mi vida.

El día que volvimos hacia Madrid, lo hice con cierta penilla por lo que allí dejábamos, por esos días inolvidables que pasamos, pero también con la enorme alegría de saber que una nueva vida

empezaba para nosotros, una nueva vida repleta de felicidad que nos dejaría el mejor sabor de boca.

Roberto me apretaba fuerte la mano, como siempre solía hacer, recordándome que no solo estaba ahí, sino que no se apartaría de mí. Estaba segura de que así sería porque había mucha verdad en sus ojos. Y es que la boca puede mentir, pero el brillo de los ojos conduce a la verdad.

Una vez en Madrid, encontramos mucha paz y alegría en nuestra rutina. Roberto trabajaba a destajo, aunque siempre encontraba tiempo para compartir conmigo. En cuanto a mí, me pasaba tres cuartos de lo mismo: me pasaba el día metida en los libros, pero cuando estábamos juntos comenzaba la fiesta y ahí desconectábamos.

Me adapté a la perfección a vivir en aquella exclusiva urbanización donde la mayoría de la gente era joven, por lo que hice muchas amistades nuevas, aparte de las que ya tenía en la universidad.

Nunca hubiera pensado que mis últimos años de carrera hubieran estado apartados de la residencia universitaria, conviviendo con un hombre. Todo era novedoso para mí y, a la vez, emocionante.

Roberto no era solo de los que mantienen la chispa, sino también de los que la avivan cada día, ¡y cada noche! De él siempre podía esperarme cualquier sorpresa y así seguiría siendo. Mi felicidad era total y tenía claro que con él podría sortear cualquier obstáculo que me encontrase en el camino de la vida. Seguía siendo mi salvador, el que actuó de ese modo desde el primer día, incluso antes de conocerme y cuando se ofreció voluntario a seguir mis pasos en Málaga.

Epílogo



Casi dos años después…

Hay días en la vida especiales. Y yo vivía el mío… Tras un par de cursos en los que lo di todo, el último ya algo más descargado de asignaturas por las dos que aprobé aquel septiembre que os conté, ¡¡me graduaba!!

Elegí un precioso modelo en un suave color amarillo que me favorecía, teniendo en cuenta que las últimas semanas de estudio las eché al borde de la piscina y que estaba morenita.

El modelo se me ajustaba al cuerpo y luego llevaba una bonita capa corta de gasa, que pendía de uno de los hombres donde lucía un elegante broche.

Me veía ideal ante el espejo, aunque el mejor de mis complementos era la sonrisa que me acompañaba desde casi dos años atrás, cuando comencé a vivir con Roberto.

El verano tocaba a nuestra puerta y la mejor forma de celebrarlo era acudiendo a esa ceremonia de graduación para la que él estrenó un elegante traje de chaqueta en azul cielo que lucía impecable.

—Lo has logrado, mi niña, lo has logrado—me dijo apareciendo por detrás mientras yo miraba el reflejo de ambos en el espejo.

Pocas cosas me gustaban tanto en el mundo como asomarme con él a un espejo. Estaba tan enamorada de Roberto que a veces pensaba que colapsaría, y no. Siempre me cabía más amor hacia él.

Se ve que la vida le da a cada uno lo que se merece. Con nosotros fue así y también os cuento el chisme de que con Abel ocurrió lo mismo. En su caso, resultó que Lucía terminó por denunciarle un día en el que sus miradas fueron a más y llegó a tocarle el trasero.

Claudio no dudó en despedirle y su mala fama hizo que acabara por tener que largarse al extranjero, ya que se corrió la voz y ninguna clínica quiso contratarle.

Todo eso me sonaba ya como si hubiese ocurrido en otra vida, muy lejana a esa que estaba

disfrutando con Roberto. Para mí era un día increíble, igual que para él.

—¿Tú crees que cierto director tendrá ahora un hueco para mí? —le pregunté mimosa.

—Cierto director tiene para ti todo lo que le pidas. Y si no fuera porque ahora nos tenemos que marchar, te lo demostraría…

—Resulta muy tentador, pero es verdad que todos nos esperan.

En los cuidados jardines de la universidad ya estaban sentados mis padres y los suyos, así como Gala con Jorge, quienes por cierto se habían casado unos meses antes, esa primavera, celebrando una boda muy romántica.

Roberto me soltó de la mano, orgulloso, para que fuera a reunirme con mis compañeros. Uno a uno, iríamos subiendo al escenario por orden alfabético. Cuando me tocó el turno a mí y me saltaron, le miré sorprendida y con una sonrisilla pícara. Tendría que hacerlo notar cuando acabasen y me quedaría para la última.

Así ocurrió y subí sola a ese escenario que habían preparado, engalanado al máximo. Yo esperaba que me impusieran la beca y una de mis profesoras más queridas lo hizo.

—Enhorabuena, Jimena. Y ahora hazme el favor y no te bajes todavía—me pidió guiñándome un ojo.

La piel se me erizó por completo cuando todos pusieron el foco en mí al ver a Roberto subir a ese escenario. Yo no daba crédito, ¿qué estaba haciendo allí?

Lo supe enseguida porque en eso actuó de un modo muy romántico y tradicional, hincando rodilla al llegar ante mí.

—Jimena, mi amor, ¿me harías el hombre más feliz del mundo casándote conmigo? —me preguntó sin más preámbulos.

A mí las palabras no me salían del cuerpo. Solo pude asentir con la cabeza una y otra vez, antes de comenzar a llorar, cogiéndome a su cuello.

Mis padres, mis suegros, Gala, Jorge… Los seis se pusieron de pie y comenzaron a aplaudir. Tras ellos, el resto de los asistentes al acto los imitaron, lo mismo que mis compañeros, que acudieron en masa a felicitarme. Gala también lo hizo, subiéndose al escenario.

Roberto se reía y, pese a que todos me abrazaban, no me soltaba de la mano. Esa era una constante en su vida, no hacerlo.

Solo faltaba fijar la fecha de la boda, algo que haríamos con suma alegría. Si una cosa teníamos totalmente clara era que siempre estaríamos alegres mientras el uno se mantuviera al lado del otro.

De nuevo se nos presentaba otro de los veranos de nuestra vida, porque con mi ya prometido cada uno era especial: uno con planes de boda que nos entusiasmaban, haciéndonos soñar despiertos con que llegase el día en el que nos diéramos el “sí, quiero”, oficializando un amor del que llevábamos ya mucho tiempo presumiendo y escuchando ese “¡Que vivan los novios!” que todos los nuestros exclamarían.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel